

Dolores y Cantares-Decimotercera Edición

Title	Dolores y Cantares-Decimotercera Edición
Authors	D. Ramón de Campoamor
Affiliation	Imp. de J. M. Pérez, Corredera Baja.
Issue Date	1875
Downloaded	27-Jun-2017 12:56:19
Link to item	http://hdl.handle.net/11285/573992

DOLORAS Y CANTARES.

Es propiedad del Autor, Queda
hecho el depósito que marca la ley.

DOLORAS

Y CANTARES

POR

D. RAMON DE CAMPOAMOR.

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA.)

DÉCIMATERCERA EDICIÓN, AUMENTADA.

MADRID:

IMP. DE J. M. PEREZ, CORREDERA BAJA, NÚM. 27.

1875.

PRÓLOGO DE LA PRIMERA EDICION.

CARTA-CONTESTACION
Á D. ALVARO ARMADA Y VALDÉS,

CONDE DE REVILLAGIGEDO.

Mucho agradezco las lisonjeras expresiones con que califica V. las últimas producciones que he tenido el honor de someter á su buen juicio, y con el mayor placer voy á dar á V. algunas explicaciones sobre la palabra *dolora*.

Dice V.—“que no le agrada el término *dolora*, porque como no le halla ninguna etimología, nada revela á su razon, y que, por consiguiente, no tiene para V. más mérito que el de cualquier otro sonido informe.”—

Antes de contestar á esta observacion, quiero enterar á V. del género de poesía al cual aplico yo la palabra en cuestion.

Hace tiempo que descaba ensayarme en una

clase de composiciones, en las cuales, así como en una semilla van contenidas todas las partes de un árbol, se reuniesen en ellas los principales atributos de la poesía lírica, uniendo la ligereza con el sentimiento y la concisión con la importancia filosófica. Como sucede generalmente, la ejecución no ha correspondido á la belleza del tipo que me habia forjado en la mente; pero esto importa poco, pues si yo no he hecho más que formular de un modo imperfecto el pensamiento que acabo de indicar, otro vendrá detrás que más dichosamente reduzca á práctica lo que yo he tenido la desgracia de dejar sólo expuesto en teoría.

Me dice V.—“que yo no he trazado ninguna senda *nueva*, pues ya ha habido escritores que en algunas de sus poesías reunieron las cualidades que yo creo indispensables para constituir la *dolora*.”—

Efectivamente, algunas de las poesías ya escritas pertenecen por su concepto y por su expresión á esta clase de composiciones; y sin pretender yo haber descubierto ninguna idea perdida en los abismos del pensamiento humano, lo único que me he propuesto al escribir las DOLORAS ha sido reducir á *sistema* un género de poesía, en el cual algunos autores sólo se han ensayado *inconexa é incidentalmente*. Creo que la poesía, por muy selecta que se ostente en sus formas exteriores, siempre

debe tender á agrandar el catálogo de verdades conocidas; y fundado en esta creencia, he escrito estas DOLORAS, que, aunque sean muy imperfectas, se pueda decir de ellas para que sirva de base para su definicion ulterior:—“Que deben ser unas composiciones ligeras en su forma, y en las cuales *indispensablemente* tiene siempre que presidir un pensamiento filosófico.”—

Esta es la historia del género de poesía.

Volvamos ahora á la historia de la palabra.

—“¿Qué significa *dolora*?”—me pregunta V. en el primer párrafo de su carta. Respuesta:—“Significa una composicion poética, en la cual *se debe hallar unida la ligereza con el sentimiento, y la concision con la importancia filosófica.*—“¿Y por qué significa eso?”—vuelve V. á preguntar, suponiendo con acierto mi contestacion. Respuesta:—“Porque yo *quiero* que lo signifique.”—

Hay un argumento que no tiene réplica, y se lo voy á presentar á V. porque resulta en mi abono.—Ó la *dolora* es un género *nuevo* de poesía, ó no lo es.—Si lo es, la palabra que signifique ese género tiene que ser *nueva* enteramente; y en este caso, poco le debe importar á nadie que la palabra pertenezca al reino animal, vegetal ó mineral, etc.; y si no lo es, tampoco hay nada perdido, pues cualquiera tiene derecho para dar á las *doloras* un segundo bautismo, aplicándolas el nom-

bre del género de poesía conocido, al cual crea que pertenecen.

Después de dicho lo que antecede, me parece supérfluo todo cuanto se pudiera añadir sobre este particular.

Á pesar de todo, no dejaré la pluma sin hacerme cargo del fundamento que V. cree que yo le tengo para introducir esta malaventurada palabra. (Y á propósito, el asunto no merecía que un ingenio como el de V. se ocupase tan detenidamente en una cuestión tan insignificante.)—“Yo bien comprendo, dice V., que á unas composiciones que, por muy ligeras que sean, por su tendencia filosófica siempre producen en el alma cierta clase de *dolor*, con un fundamento bastante plausible se las pueda llamar *doloras*.”—Ya sabe V. que todos los que hemos respirado en nuestra niñez el purísimo aire de nuestras montañas, en general no sabemos más que decir la verdad, y por lo mismo me perdonará V. que le exprese con franqueza que la razón no me parece demasiado concluyente, aunque, si á V. le gusta, me daré por muy servido con que esa explicación satisfaga en parte sus escrúpulos literarios.

Últimamente concluye V. diciendo:—“Es imposible que la historia de esa palabra, aun cuando V. no quiera darme noticia de su verdadera etimología, no tenga su origen en los *misterios de su*

corazon!—Protesto contra la tendencia de esa observacion insidiosa, y reclamo el derecho que indisputablemente me asiste para abroquelar mi alma tras el antemural del silencio, poniéndola al abrigo de las inoportunas observaciones que pretende V. hacer con su adorable suspicacia.

Sin embargo, á pesar de que los secretos de *cierta clase*, hasta procuro yo olvidarlos para no darme razon de ellos *ni á mí mismo*, la venialidad del sentimiento que V. procura sorprender en el fondo de mi corazon, me autoriza para que diga á V. cuatro palabras *al oído* sobre este asunto exclusivamente personal.

Por consiguiente, hasta la vista.

Sólo me resta suplicar á V. por el respeto que me inspira su talento, y por la amistad que sus inequívocas muestras de afecto han despertado en mi corazon, que jamás haga V. á nadie partícipe del secreto que piensa confiarle á V. su amantísimo paisano y verdadero amigo, que le quiere entrañablemente,

CANPOAMOR.

PROLOGO

DE LA OCTAVA EDICION.

Muchos son los críticos que se han ocupado en definir la palabra *dolora*, sin que hasta el presente hayan podido ponerse de acuerdo acerca de su verdadera significacion; y no, en mi concepto, por las dificultades que ofreciese aquella, sino por haber intentado comprender, bajo una misma definicion, el fondo y la forma, la sustancia y el accidente, lo principal y lo accesorio. Veamos cómo se expresa el autor: «La *dolora*—dice—significa una composicion poética, en la cual se deben hallar unidas *la ligereza con el sentimiento, y la concision con la importancia filosófica.*»—Y dice un crítico (D. Ricardo de Federico):—«Es una composicion intencional, *género mixto de anacreóntica y epigrama, un juguete, en su maliciosa ingenuidad inquietante para las conciencias tímidas;*»—y observa otro (el Marqués de Molins):—«Yo tengo para mí que tales poesías, *sencillas como la anacreóntica, ligeras como el madrigal,*

picantes como el epigrama, no están empapadas en el vino de los banquetes como la anacreónica, ni perfumadas de tomillo y mejorana como el madrigal, ni salpimentadas de mostaza como el epigrama; pero que conmueven como la oda, describen como el idilio y corrigen como la sátira."—De estas tres definiciones, las principales que hasta ahora se han dado, parece la más exacta la del autor, aunque no me satisface del todo.

No pueden considerarse como género mixto de anacreónica y epigrama, ni como sencillos juguetes de maliciosa ingenuidad, ciertas poesías de esta colección, nada concisas, y que á esta circunstancia, y á la de su expresión plástica, enteramente opuesta á la índole de la anacreónica, reúnen una profundidad de idea incompatible con la ligereza que eternizó las graciosas creaciones del lírico de Teos, cuya esencia es tan vaporosa, que, si se distingue, es por la diafanidad exquisita del vaso que la encierra.

¿Qué tiene de anacreónica, qué tiene de idilio, *La Comedia del saber*, que es la comedia de la humanidad, en la que el pueblo, reunido en el foro de Atenas, trata de resolver, nada ménos, el problema de si ha de dudar ó creer, de si ha de reír ó llorar? ¿Qué tiene de anacreónica, qué tiene de idilio, *La Metempsicosis*, en la que el poeta concluye afirmando que el variar de destino solo

es variar de dolor, puesto que desde la flor (ascendiendo por la escala de la vida) hasta el hombre, todos sufren y padecen? ¿Y *La Dicha es la muerte*, y *Las Dos tumbas*, y en particular, *Muertos que viven*, en la que un padre afligido, al ver pasar el féretro que conduce el cadáver de su hija, *muer-ta con la fé de la ilusion*, se consuela

Mirando el cortejo, y viendo
Tantos que, sin fé viviendo,
Llevan muerto el corazón?

Muchas más composiciones pudiera citar en apoyo de lo que digo.

Yo creo que, prescindiendo completamente de la forma (puesto que tanta variedad hay en ella), puede determinarse con bastante exactitud la significacion de la palabra *doloru*, fijándose únicamente en su espíritu. Yo diria que la *doloru* es una composicion poética, en la cual debe hallarse *constantemente* unida á un sentimiento meláncolico, más ó ménos acerbo, cierta importancia filosófica. En efecto, no recuerdo ni una sóla que no posea estas dos condiciones en mayor ó menor grado. Se me responderá que ni aun así constituye la *doloru* un género nuevo de poesía. ¿Por qué no? ¿Qué más razones, qué títulos más legítimos pueden alegar en abono del suyo, los géneros restantes que conocemos? Campoamor ha hecho lo que Linneo, Tournefort y otros célebres naturalistas

hicieron en botánica: vieron individuos vegetales diseminados en la inmensidad del globo, y observando en unos caracteres que los asimilaban á otros, los reunieron por clases, órdenes, familias, géneros, especies y variedades, formularon sus sistemas, y de aquí nació la ciencia, es decir, un conjunto de verdades que han aumentado considerablemente el tesoro de las que poseía la inteligencia humana.

Que antes de Campoamor ya se habian escrito *doloras*, ó lo que es lo mismo, que antes de que Campoamor formulára su sistema, ya existian en los amenos vergeles del Parnaso flores aisladas con todos los caracteres de la *dolora*, segun yo la concibo, cosa es tan sabida, que seria ocioso entretenerse en demostrarla. La famosa décima que empieza:

Cuentan de un sábio, que un día

es una *dolora* compuesta más de doscientos años antes que la bellissima titulada *Muertos que viven*, cuyo gusto calderoniano y gallardo córte la hacen digna del autor de *La Vida es sueño*; pero es innegable el mérito del poeta de nuestros días por haber dado en su libro la fórmula de este género, creando, con la agrupacion de seres espirituales y análogos, la interesante personalidad estética, á que, como dice muy bien uno de los críticos alu-

didos, la proscripción ha dado carta de naturaleza en el arte.

Y pasando ahora á consideraciones de un órden más elevado, examinemos las tendencias de la *dolora*. ¿La *dolora* es, ó ha querido su autor que sea, una obra didáctica, una obra docente? Yo creo que no; Campoamor tiene una idea más alta de la poesía. La poesía es, en su esencia, la expresion desinteresada y exclusiva de lo bello, independientemente de lo útil; lo bello posee en sí mismo la virtud y la eficacia suficientes para interesar. El poeta que, al cojer la pluma, dice para sí: "Voy á enseñar moral, voy á explicar filosofía, historia, religion, política, etc., etc.," de sacerdote de Apolo, se convierte en pedagogo ó en sacristan; en vez de lira, debe tomar la palmeta y las disciplinas, y calarse las gafas de dómine, ó despojándose de su alba túnica, ponerse una sotana, subir al púlpito, y con la elocuencia de un buen misionero ó con la estrafalaria y gárrula facundia de Fr. Gerundio de Campazas, realizar su intento laudable. No, y mil veces no; Campoamor es moralista, filósofo y teólogo, porque, aunque quisiera, no podría ménos de serlo; porque la naturaleza de su génio le impele irresistiblemente en esa direcciu; porque su temperamento, sus inclinaciones, y hasta los estudios en que se emplea, le conducen á ese terreno. Ó no es verdad aquello

de que el estilo es el hombre,—frase atribuida á Buffon, si mal no recuerdo, aunque pronunciada siglos antes por un español,—ó las *doloras* representan la individualidad psicológica de Campoamor. Son un reflejo de sus creencias sobre varias cuestiones trascendentales. Pero Campoamor no moraliza ni filosofa con homilias y discursos en variedad de metros: hijo hasta la médula de sus huesos de un siglo escéptico y materialista, cantor de un mundo que enseña, como otro Job—sin la santidad de Job—la podredumbre de su alma, sentado sobre el muladar de sus miserias, entona sus salmos, sus dolores crueles, unas veces con pavoroso acento, otras con una alegría que tiene algo de siniestra, ora embriagándose en las locuras de un sarao, ora aspirando el delicioso aroma del café, pero mostrando siempre con brazo inflexible la llaga inmensa de la sociedad. En sus cantos parece que palpitan sordamente, que se oyen los golpes de la zapa que va minando los cimientos de esta impura Babilonia.

Para dar á conocer el rostro de *su* hombre, no se entretiene en pintar una por una sus facciones ocultas bajo un antifaz hipócrita, sino que se lo arranca sin misericordia; así como para dar á conocer el alma del mismo, no se contenta con levantar una punta del manto de esta misteriosa tapada, sino que la despoja de él audazmente. Así

moralizan y así filosofan las *doloras*. No es en este libro el poeta de las esperanzas y los consuelos; por el contrario, en su portada pudiera escribir la tremenda inscripcion que puso el Dante en la del infierno: *Lasciate ogni speranza, voi ch'entrate*. En *Glorias de la vida*, celebra un *auto de fé* con el amor, á quien arroja al fuego por bereje contumaz; en *Ventajas de la inconstancia*, considera las relaciones de los enamorados como un comercio de mala fé, en el que entrambas partes se engañan recíprocamente; en *Vanidad de la hermosura*, dice que todo es viento é ilusion en la tierra. *La Comedia del saber*, *La Metempsicosis*, *La Dicha es la muerte*, *Las Dos tumbas*, *Muertos que viven*, ya citadas; y otras muchas, que dejo de citar por no ser difuso, tampoco alegran, por cierto, el cuadro del mundo contemporáneo. El autor es de sentir que el mal posee el dominio eminente del espíritu humano; el autor duda del bien aquí abajo, no porque deje de existir, sino—á mi juicio—porque él no lo ve; pero alguna vez la intensidad de su amargura le hace levantar los ojos al cielo, como en el final de *Las Creencias*, y prorrumpe así, por boca de uno de los interlocutores de este pequeño drama:

¡Inútilmente, traidora,
Dardos la impiedad te lanza,
Religion que el mundo adora,
Fuente de nuestra esperanza.

De esta virtud que no llora!
 ¡Nunca el alma racional
 Podrá creer que eres sueño,
 Bálsamo de todo mal,
 Luz á través de la cual
 Todo en el mundo es pequeño!

Y alguna vez, apartando los ojos de la ruina de las cosas perecederas, alienta nuestro espíritu, como en el *Porvenir de las almas*, con la dulce promesa de la inmortalidad. Así, pues, el *Porvenir de las almas*, y otras análogas, son como floridos y amenos oasis, donde se percibe la frescura de las arboledas del cielo, y el eterno y armonioso murmullo de sus fuentes.

Dice Lamartine que la poesía venidera será la razón cantada; no sé yo hasta qué punto llegará á realizarse este pronóstico; pero si, en efecto, la poesía hiciera la evolución que anuncia el autor de las *Meditaciones*, yo—con perdón sea dicho—temería por los futuros destinos de la poesía. Es evidente que esta se ha agitado en el vacío durante épocas enteras, y que ha existido poco ménos que como un entretenimiento del espíritu; es evidente que algunos escritores—aunque contados—proclaman y hasta bendicen la ignorancia, como cosa indispensable para que el poeta conserve el pelo de la dehesa, y no pierda el candor, la virginidad y la robustez de sus inspiraciones, olvidándose (al citar en apoyo de su extravagante

doctrina tal cual excepcion rarísima) de que los colosos del arte, en todas las naciones, pertenecieron tambien al número de los hombres más ilustrados de sus respectivas épocas. Homero, Virgilio, Dante, Cervantes, Camoens, Calderon, Lope de Vega, Fr. Luis de Leon, Quevedo, Shakspeare, Milton, Schiller, Goethe y Byron, no fueron, que yo sepa, unos motilonos. Pero nótese al propio tiempo que siempre que la ciencia traspasa las fronteras que tiene marcadas en el imperio del arte, vienen las grandes decadencias de éste.

Campoamor, que tanta importancia da á la razon en sus *doloras*, evita felizmente en ocasiones, como diestro piloto, los escollos que ofrece aquella al poeta; pero no todos son Campoamor. Sin embargo, yo prefiero *La Opinion*, poema de diez y seis versos, lleno de movimiento, de verdad y de ternura, ó la vaga y melancólica dolora *Músicas que pasan*, á *La Fé y la Razon*, certámen metafísico, al que todo el ingénio humano quizá no bastaria para despojarle de la aridez que el muy perspicuo y ameno de su autor no ha conseguido quitarle. Poesía que no se comprenda con el corazon, ó mejor dicho, que haya de comprenderse con la cabeza sólo, corre peligro de no ser poesía: la ciencia rimada es pájaro de vuelo bajo y torpe, y que nunca logrará escalar las altas cimas donde tienen su nido las águilas, y que

tanto ha frecuentado nuestro insigne vate. La reina de Suecia, disputando en verso con Descartes sobre materia filosófica, trae á mi memoria todas las argucias, nebulosidades, sutilezas, sofismas y alambicamientos del escolasticismo en su época decadente, el cual, si con razon fué echado poco ménos que á puntillones de las universidades y academias, con mayor lo fué de los dominios de la poesía, en donde, con los nombres de discreto, culteranismo, etc., etc., reinó tambien despóticamente largo tiempo en todas las literaturas europeas.

El estilo de las *doloras* no se confunde con el de ninguno de nuestros poetas. Hablando de ellas uno de sus prefacistas, dice con muchísimo acierto:—"El nuevo género se distingue por una originalidad picante; esta cualidad suele rayar en lo peligroso; pero en Campoamor tiene aplicacion al cánon del derecho marítimo; *el pabellon cubre siempre la mercancia*, y el pabellon es en nuestro autor el estilo."—Y es tan propio y peculiar, que, quien haya leído algunas *doloras* con el nombre de Campoamor al pié, leyendo despues otras del mismo, anónimas, puede asegurarse que no se las atribuiria á nadie más que á él. Si Campoamor se hubiese presentado con su libro como un filósofo ceñudo, hipocondriaco y gruñon, el lector más intrépido no hubiera podido pasar de las primeras páginas; tantas y tan grandes son las tesis que en

estas composiciones se plantean y descubren: pero es tan pérfidamente seductora su frase, su elegancia en el decir es, en general, de tan buen tono, sorprende de tal modo, ya con la desenfadada causticidad de sus profundos apotegmas, de sus epigramas, de sus agudezas humorísticas, de sus ironías y genialidades cruelmente amables, ya con rasgos de ternura casi siempre amarga, á la manera de Heine, que verdaderamente juega con el corazón del lector. El retruécano, el concepto y la antítesis—tres elementos exteriores de su *manera*—que en otro autor serian insoportables, yo los perdonaria en éste, por el modo que tiene de usarlos, si mi perdon sirviese para que en lo sucesivo no fuera tan pródigo de ellos.

Campoamor analiza poco; no es el anatómico que, como Balzac, tiende el alma humana sobre la mesa del anfiteatro, y se complace en disecar una por una todas sus fibras; Campoamor es más inclinado á la síntesis; á veces en una sola redondilla condensa la materia que á otros bastaria para escribir una obra de dimensiones tres veces mayores.

En suma, este libro, uno de los más originales que ha producido la moderna musa española, lleva el sello de la época, y refleja perfectamente su fisonomía moral é intelectual.

VENTURA RUIZ AGUILERA.

JUICIO CRÍTICO DE LAS DOLORAS.

DÉCIMA EDICIÓN.

La inspiración es tan necesaria al prosista como al poeta, al crítico como al artista. Tiempo há que deseábamos escribir sobre las DOLORAS de Campoamor, con el propósito, no sólo de examinarlas en concreto, poniendo de resalto los lunares que las deslustran y las singulares bellezas que las avaloran, así en su fondo como en su forma, así en su conjunto como en sus pormenores, sino también de fijar y definir, en cuanto nos fuese posible, las aún no bien determinadas naturaleza y calidades específicas de aquel linaje de composiciones; pero, faltos de inspiración, no acertábamos, por más empeño que en ello poníamos, á ver claro en el asunto, ni á coordinar nuestros pensamientos, ni á revestirlos de expresión adecuada, como si una fuerza invisible nos atajase los pasos, ó el camino que intentábamos recorrer estuviese asombrado por la oscuridad de la noche, en que apenas se distinguen los objetos. Así pasamos más

de dos años, pugnando en vano por cumplir nuestro anhelo, hasta que el excelente prólogo del Sr. Ruiz Aguilera, y las filosóficas notas del señor Menendez Rayon, han venido á inspirarnos, á iluminarnos, disipando como por encanto las tinieblas en que esta materia aparecía envuelta á nuestros ojos, y sacando de su vaguedad primera las ideas relativas á ella, que en nuestro espíritu germinaban y bullian confusamente. Ha llegado, pues, el momento propicio para que formulemos el concepto que las *DOLORAS* y su ilustre autor nos merecen.

Campoamor es indudablemente uno de los más originales y vigorosos ingenios del siglo XIX. La novedad y grandeza de sus concepciones, el atrevimiento y profundidad de sus ideas, la franqueza, energía y peculiaridad de su estilo—prendas en que pocos le igualan y nadie le aventaja—son universalmente reconocidas y de cuantos á las letras rinden culto estimadas, levantándole muy por cima de la mayor parte de los escritores contemporáneos. De eminente poeta le acreditan las *TERNEZAS Y FLORES*, en que emula á Góngora y excede á Melendez; los *AYES DEL ALMA*, que Calderon adoptaría por suyos; sus *FÁBULAS*, dignas de los mejores apoloquistas modernos; el magnífico poema *COLON*, único entre cuantos á cantar el descubrimiento de América se han consagrado,

y finalmente las DOLORAS, en que no tiene competidor, ni es probable que en mucho tiempo lo tenga. Proclámanle genial y *unilógico* filósofo todas sus producciones; pero muy particularmente las POLÉMICAS, donde se muestra hábil, discreto y valiente controversista; EL PERSONALISMO; el admirable discurso LA METAFÍSICA LIMPIA, FIJA Y DA EXPLENDOR AL LENGUAJE, que leyó al ingresar en la Real Academia Española, y sobre todo, LO ABSOLUTO, obra recientemente publicada, breve en el tamaño, pero tan vasta y magnífica en el plan, que parece concebida por la elevada inteligencia de un Balmes ó un Donoso Cortés. Tantos y tan notables son los libros que han granjeado á Campoamor el alto renombre de que goza en la república literaria.

Debe, empero, su gran popularidad, no inferior á la de ningun autor de la edad presente, más bien que á sus otros escritos, á las DOLORAS, de que van tiradas ya nueve ediciones, y que han llegado á formar escuela, siendo por muchos, y algunos muy sobresalientes, ingenios imitadas. Y esto se comprende bien si consideramos que las DOLORAS son el resúmen, la síntesis de toda la vida intelectual de Campoamor, el más completo y bello trasunto de su personalidad moral y literaria, á la vez que de nuestra civilización contemporánea. De ellas pudiera decirse, remedando á

Cervantes, que los niños las manosean, los mozos las leen, los poetas las imitan, los sábios las comentan y los viejos las celebran; y finalmente, son tan trilladas y tan leídas y tan sabidas de toda casta de gentes, que apenas han visto alguna composición poética, en que se hermanan y penetran lo filosófico de la idea, lo melancólico del sentimiento y lo desenfadado del estilo, cuando dicen:—«Hé ahí una *dolora*.»—No se ha de extrañar, por lo mismo, que una persona tan erudita y de tan graves estudios como el Sr. Menendez Rayon haya acometido la empresa de ilustrarlas y declararlas con sus sábias notas críticas, pagando así un justo y especial tributo de aprecio al mérito insigne del autor, á la manera que el Brocense, Fernando de Herrera, Faria y Sousa y Salcedo Coronel lo verificaron en su tiempo respecto de Juan de Mena, Garcilaso, Camoens y Góngora; pues no puede ménos de haber mucho que estudiar y desentrañar en creaciones poéticas, que, como las DOLORAS, forman, no obstante su escaso volúmen, las delicias de toda una generacion, sobre distraída por mil lecturas diversas, agitada por el vértigo de la política y de los adelantos materiales, tan poco favorable al desarrollo y progresos del arte.

Y ¿qué es *dolora*? ¿Es un género de poesía nuevo, propio exclusivamente de Campoamor?

No faltará tal vez quien juzgue ocioso y aun

pueril el dilucidar estas cuestiones, teniéndolas por nimiedades & que no debe descender el literato filósofo. Las clasificaciones menudas de la Poética, dirá, son de todo punto vanas é inútiles, como no sea para debilitar las alas del ingenio y convertir su espontaneidad en rutinario amaneramiento. La escuela no tiene derecho para obligarle á vaciar todos sus partos en determinados moldes preexistentes. Ciertos principios generales de lógica y de buen gusto bastan al poeta, el cual no necesita, al emprender su canto, curarse de que éste pertenezca al género A ó al género B, sino de que exprese de un modo bello los encendidos afectos de su corazón y las luminosas visiones de su fantasía. Así encontramos en las colecciones de los más renombrados vates muchas y excelentes poesías que en ninguna de las categorías establecidas por los preceptistas caben. ¿A qué, pues, entretenernos en clasificar las obras poéticas? ¿A qué perder el tiempo en definir sus géneros y especies?

Dios nos libre de poner, ni aun de pensamiento, la más ligera cortapisa á la inventiva de los poetas, cuando precisamente tratamos de defenderla defendiendo á la *dolora*. Realicen ellos la belleza, y realícenla como mejor les plazca. Mas ¿en qué contrarían su libertad de invencion las clasificaciones de la Preceptiva?

Tanto valdria decir que las clasificaciones de la Botánica, por ejemplo, se oponen á que hagan nuevos descubrimientos los exploradores de la naturaleza, siendo así que más bien les sirven de ayuda y guía que de estorbo, dado que para avanzar en cualquiera série de progresos conviene poseer un conocimiento claro y metódico de los adelantos ya conseguidos. Pues lo mismo sucede en literatura. Al clasificar las manifestaciones del número poético, no dice: —«Hé aquí los eternos troques del arte,» sino: «Hé aquí las formas que hasta el día ha creado el ingenio.»—De esta suerte facilita al crítico el estudio histórico de las letras; así, enseñándole lo pasado, allana al poeta el camino del porvenir. Las clasificaciones literarias siguen, no preceden, á los poetas; no son absolutas é inflexibles; se ensanchan y modifican progresivamente á medida que surgen nuevos tipos en la esfera del arte, bien como se modifican y ensanchan en las clasificaciones botánicas, segun que el número y variedad de plantas observadas crece. Compárense las Poéticas del siglo pasado con las que hoy salen á la luz pública, y se verá cuán cierto es lo que afirmamos. La *leyenda* y la *balada*, v. gr., completamente omitidas en las Poéticas antiguas, aparecen ya clasificadas y definidas en las modernas. Todavía existen, es cierto, poemas irreducibles á las clasificaciones estableci-

das, pero esto sólo prueba que los límites del arte, lo mismo que los de la naturaleza, exceden á la comprensión humana, y que tales clasificaciones son por lo mismo incompletas y susceptibles de perfeccionamiento, no que sean inútiles y vanas, como no lo son, á pesar de sus defectos, las de las ciencias naturales. Cabalmente á perfeccionarlas tiramos, haciéndolas ménos incompletas al intentar definir y caracterizar la *dolora*, la cual, del propio modo que la *fantasia*, tan cultivada por los poetas de la época actual, reclama un lugar en ellas, en nuestra opinion con justicia, atendidas su importancia y su esencial diferencia de las demás suertes de poesía que con nombres especiales se designan en los tratados de literatura.

¿Qué es *dolora*? volvemos á preguntar.—«Muchos son los críticos, dice el esclarecido cantor de los *Ecos nacionales*, que se han ocupado en definir la palabra *dolora*, sin que hasta el presente hayan podido ponerse de acuerdo acerca de su verdadera significacion; y no, en mi concepto, por las dificultades que ofreciese aquella, sino por haber intentado comprender bajo una misma definicion el fondo y la forma, la sustancia y el accidente, lo principal y lo accesorio.»—No podemos convenir en este punto con el Sr. Ruiz Aguilera, pues, á nuestro modo de ver, la forma, lejos de ser un *accidente*, lejos de ser un elemento *acceso-*

rio, es tan esencial como el fondo en las producciones artísticas.—«En la esfera de las bellas artes, dice Villemain, la forma pertenece al alma tanto como el mismo sugeto.» Si prescindimos de la forma, ¿qué diferencia notable hallaremos entre las *Geórgicas* y un *Tratado* cualquiera de *agricultura*, entre la *Conquista de Méjico*-poema, y la *Conquista de Méjico*-historia, entre la *Epístola á Fabio*, de Rioja, y sus *Odas morales*? Ninguna. Y ¿habrá nadie, sin embargo, que las considere pertenecientes á idénticas especies de obras literarias? De fijo que no.

Luego no van fuera de camino, antes bien proceden muy acertadamente, los que intentan comprender bajo la definicion de la *dolora* su fondo y su forma juntamente, con tanta mayor razon, cuanto que uno de sus caractéres principales procede de la índole recíprocamente antitética que dichos dos elementos presentan en ella. ¿Por ventura los naturalistas, al definir y clasificar los vegetales, atienden sólo á sus propiedades internas? ¿No tienen presentes tambien su estructura y calidades extrínsecas, y las relaciones de estas con aquellas? Verdad es que así se hace más difícil el dar buenas definiciones; pero no puede pasarse por otro camino, si han de ser completas, exactas y precisas. De ello nos suministra excelente prueba el mismo Sr. Ruiz Aguilera cuando define

la *dolora*, diciendo que «es una composición poética, en la cual debe hallarse *constantemente* unida á un sentimiento melancólico, más ó menos acerbo, cierta importancia filosófica.» Si esta definición fuese exacta, las citadas epístola y odas de Rioja, y varias de Melendez, de Lista, de Martínez de la Rosa, del Duque de Rivas y de otros muchos poetas antiguos y modernos, serian verdaderas *doloras*, puesto que en ellas se juntan la melancolía de los afectos y la importancia filosófica. De consiguiente, no son estas dos las únicas condiciones características de la *dolora*, por más que siempre las posea en mayor ó menor grado. Constituirán quizá su *género próximo*; pero ¿dónde está su *última diferencia*? Menester es buscarla en la *forma*; en esa forma de que, mirándola como cosa accidental y accesoría, prescinde el Sr. Ruiz Aguilera.

¿Tiene la *dolora* en su forma caracteres propios y determinados? Los tiene sin duda alguna. Si nos fijamos en su expresión general, observaremos que, por lo comun, el fin didáctico ó filosófico de las *doloras* se realiza constantemente, no de un modo directo, no disertando, como en las epístolas y en los discursos poéticos, sino indirecta, experimentalmente, mediante ejemplos, escenas dramáticas ó figuras simbólicas, como en la parábola, en el apólogo ó en la comedia. Notaremos en

segundo lugar que su estilo es siempre ligero y con frecuencia humorístico, aun cuando aspira á parecer grave, como si el poeta jugase con sus penas y sus filosofías, ó quisiese hacerlas resaltar más y más por medio de los contrastes, mezclando todos los tonos y todos los colores. Advertiremos, por último, que la elocucion de la *dolora* es naturalmente lacónica y concentrada, diciendo mucho en poco, tanto que una sola redondilla contiene á menudo la sustancia, la quintaesencia de un libro.

Sintetizando ahora los elementos que nos ha dado el anterior análisis de la *forma*, y los que con el señor Ruiz Aguilera descubrimos en el fondo de la *dolora*, tendremos que esta—es una composicion didáctico-simbólica en verso, en que armonizan el corte ligero y gracioso del epigrama, y el melancólico sentimiento de la endecha, la exposicion rápida y concisa de la balada y la intencion moral ó filosófica del apólogo ó de la parábola.—Esta definicion, abarcando todos los elementos integrantes de la *dolora*, impide confundirla con ninguna otra especie de poesia. Es casi la misma que hace tiempo dió Campoamor en su *Carta-contestacion al Conde de Revillagigedo*, que figura á la cabeza de anteriores ediciones.—«¿Qué significa *dolora*?...—Significa una composicion poética, responde, en la cual se debe hallar unida la ligereza con el sentimiento, y la concision con

la importancia filosófica.—Las demás definiciones que, mirando á corregir ésta, se han dado de la *dolora*, son aún más vagas y defectuosas que la del Sr. Ruiz Aguilera, no por la causa que él señala, sino por una diametralmente opuesta; por no abrazarse en ellas el fondo y la forma juntamente.

Pero ¿es la *dolora* un género de todo punto nuevo, parto exclusivo del ingenio de Campoamor, sin raíces ni antecedentes en la historia del arte? No. El mismo Campoamor lo confiesa en su mencionada *Carta*.—«Algunas de las poesías ya escritas, dice, pertenecen por su *concepto* y su *expresion* á esta clase de composiciones; y sin pretender yo haber descubierto ninguna idea perdida en los abismos del pensamiento humano, lo único que me he propuesto al escribir las DOLORAS ha sido reducir á *sistema* un género de poesía, en el cual algunos autores sólo se han ensayado *inconexa é incidentalmente*.»—Así es. En nuestros antiguos cancioneros y en nuestro teatro, particularmente en el de Calderon, se hallan no pocos fragmentos y composiciones que reúnen todos los caracteres propios de la *dolora*, que son, á no dudarlo, verdaderas *doloras*. Sirva de ejemplo aquella famosa décima de *La Vida es sueño*:

Cuentan de un sábio, que un dia
 Tan pobre y misero estaba,
 Que sólo se alimentaba
 De unas hierbas que cogia.

XXXVI

¡Habrá otro (entresí decía)
 Más pobre y triste que yo?
 Y cuando el rostro volvió
 Halló la respuesta, viendo
 Que iba otro sábio cogiendo
 Las hierbas que él arrojó.

Sabido es tambien que Campoamor ya habia escrito *doloras* mucho tiempo antes de que pensase en reducir las á sistema, cual las han escrito, y muy notables por cierto, ignoramos si antes ó despues, pero de seguro sin acordarse de la fórmula *campoamoriana*, poetas de tan subidos quilates como Carolina Coronado, el Marqués de Molins y Eulogio Florentino Sanz. ¿Quién, por ejemplo, negará la calidad de *dolora* á la siguiente bellísima composicion del segundo de estos escritores, que, con manifiesta impropiedad, la intitula *madrigal*?

EL 31 DE DICIEMBRE DE 1851.

Á MI AMIGO DON HERIBERTO GARCÍA DE QUEVEDO.

Se deshace nuestra vida
 Como esa blanca nevada,
 Á la mañana formada
 Y á la tarde derretida.
 Hoy la que en el monte cuaja
 Sirve á dos años rivales:
 Al que viene, de pañales;
 Al que se vá, de mortaja.
 Los dos con la misma priesa
 Van tras la propia fortuna:

El viejo hacía nuestra cuna,
 Y el niño hacía nuestra buesa.
 ¡Ay, alma, y os dan á vos,
 Como presente importuno,
 Memoria el cincuenta y uno,
 Anhelo el cincuenta y dos!
 Decidme, ¿qué os satisface,
 Si no hay presente, y se infiere
 Que es nada el año que muere,
 Y nada el año que nace?

En las literaturas extranjeras, Byron y Heine entre otros, han dejado asimismo muchas poesías en que brillan todas las propiedades de la *dolora*. No otro título merecen algunas de Goethe. ¿Qué es el *Fausto*, si bien se mira, más que una inmensa *dolora* dramática? No cabe, pues, negar lo que Campoamor declara: hubo *doloras* en España y fuera de España, antes que nadie intentase sistematizarlas y determinar sus leyes y condiciones genéricas. De todas las especies de poesía puede decirse lo mismo: la práctica ha precedido siempre á la teoría en el orden cronológico. Pero esto, más bien que en contra, redundo en pró del nuevo género, pues demuestra que la *dolora* no es un capricho ingenioso de Campoamor, ni un mero accidente de nuestra literatura contemporánea, sino una forma poética, natural, universal, y por ende legítima, que brota espontáneamente en tiempos y lugares diversos, como expresión propia y adecuada de ciertos momentos y estados de la vida de la humanidad. La *dolora*, en efecto, refleja y sim-

boliza admirablemente en su complejidad esas épocas críticas y reflexivas de la historia, en que la discordancia entre lo real y lo ideal es más perceptible y dolorosa, apareciendo más que nunca mezclados el escepticismo y la fé, la risa y el llanto, la profundidad en el sentir y el pensar, y la ligereza en el decir y obrar. Así la vemos despuntar en el siglo XV, tomar cuerpo en el XVII y desarrollarse y extenderse en el XIX, hasta que, por fin, recibe de Campoamor fórmula y nombre.

La fórmula queda ya establecida; ¿es admisible el nombre? Que era necesario uno salta á la vista, supuesto que no existia palabra equivalente. Campoamor, pues, estaba en su derecho al inventarle, é inventó el bien formado y sonoro de *dolora*, no sabemos si en honor de alguna Dolores que fuese á la sazón señora de sus pensamientos, ó si queriendo significar con él la índole un tanto elegiaca de sus versos, ó bien, lo que parece muy probable, por ambas razones á la vez. Sea de esto lo que quiera, fuese una ú otra la causa ocasional de semejante vocablo, lo cierto es que á su formación presidió ese superior instinto, propio de los grandes ingénios, de los ingénios metafísicos que saben estereotipar las ideas, vinculándolas á términos tan felices y apropiados que parecen consustanciales con ellos. Sólo así se explica que la voz de que tratamos haya llegado á arrai-

garse y generalizarse tanto en España, á despecho de coñudas críticas y de epigramáticas burlas. El uso, juez más sábio y filosófico en punto á lenguaje que los eruditos, como que se funda en el sentido comun y tiene mucho de providencial, la ha sancionado y naturalizado en nuestro idioma, viendo en ella, no un sonido arbitrario, sino un cuerpo vivo de una idea tambien viva, la expresion legítima de algo esencial y permanente. De lo contrario, hubiera llevado el mismo camino que tantas otras, hijas de la moda, que con la moda nacen y con la moda fenecen. La intuicion de los pueblos responde siempre á la del génio, y se compasa con ella y la confirma. ¿Qué mayor justificacion necesita dicho nombre? ¿Tienen otra, por ventura, muchas de las palabras que forman el caudal de los idiomas?

Pero no sólo la novedad del nombre; tambien ha sido censurada—y esta es cuestion más grave—la tendencia moral de la *dolora*, tachándola de escéptica, cuando no de materialista. No negaremos que entre los diferentes géneros literarios, hay unos más peligrosos que otros bajo este punto de vista. El epigrama es más resbaladizo que el soneto, la anacróntica más que la oda sublime, la novela más que la historia. ¿Podrá deducirse de aquí que la novela, la anacreóntica y el epigrama son esencialmente inmorales? No en verdad.

Así como hay historias, odas sublimes y sonetos llenos de impiedad ó de lascivia, así tambien existen epigramas, anacreónticas y novelas inocentes y aun laudables bajo el aspecto de la moral y la religion; por donde se patentiza que ninguno de estos géneros es en sí mismo reprehensible, sino que lo vituperable es el abuso que de ellos han hecho algunos escritores, convirtiéndolos al culto de ideas perniciosas y de pasiones impuras. Otro tanto decimos de la *dolora*. Préstase indudablemente á la expresion de pensamientos livianos y escépticos; mas de aquí no se sigue que le sean connaturales la liviandad y el escépticismo. Muchas veces no hay forma más á propósito para la manifestacion del sentimiento cristiano. De ello tenemos palpables ejemplos en las *DOLORAS* de Campamor.

Limitanse estas en ocasiones, cumpliendo el inferior entre los fines del arte, á pintar la superficie del mundo moral, los fenómenos fugitivos de la existencia, lo que hay de vano y deleznable en la vida de la humanidad. Suelen pecar entonces, efectivamente, de un tanto epicúreas, como reflejos de una filosofia puramente sensualista, siendo ligeras sus sentencias y poco intensa su melancolia, que, al decir de un eminente crítico, tiene más de la languidez que sucede al placer en una naturaleza sana y pagana, que de verdadera

y legítima melancolía. Tal vemos en las tituladas *Ventajas de la inconstancia*, *Quien vive olvida*, *Beneficios de la ausencia*, *Vaguedad del placer*, *Propósitos vanos*, etc., notables generalmente por la viveza, donaire y soltura del estilo. Otras veces, elevándose á miras verdaderamente trascendentales, revelan un pensamiento y sentido más profundos, exponiendo la vida y el universo en toda su diversidad, en sus aparentes contradicciones y presentando el hombre y su existencia como un enigma insoluble. Á esta clase pertenecen las *doloras*, *Nada de nada*, *¿Qué es amor? Todo es uno y lo mismo*, *Las Dos grandezas*, *Las Creencias*, *Amar al vuelo*, *Vivir es dudar*, *Las Dos linternas*, *La Trasmigración*, *El Concierto de las campanas*, *La Comedia del saber*, etc.; composiciones todas cuyo sentido más general, tácito ó expreso, se resume en máximas, sentencias y conclusiones del tenor siguiente:

Ama mucho, mas de modo
Que estés siempre onanorada
De un cierto todo que es nada,
De un cierto nada que es todo.

Todo es segun el color
Del cristal con que se mira.

Todo espejáculo está
Dentro del espectador.

*¡A y! que el variar de destino
Sólo es variar de dolor.*

Los sábios al escuchar,
Ignoia el pueblo qué hacer,
*Si ha de dudar ó creer,
Si ha de reir ó llorar.*

Si todas las *doloras* de Campoamor fuesen por el estilo de las que acabamos de citar ó de las que más arriba hemos mencionado, razon de sobra tendríamos para calificarle de liviano y escéptico, aunque no para inferir de aquí que la *dolora* lo sea. Pero el arte tiene todavía otro fin superior, que conviene preferentemente al poeta cristiano: no sólo debe exponer el enigma de la existencia, sí que también resolverle, haciendo brotar de las tinieblas la luz, de la duda la fé, de la muerte la vida, del dolor la gloria, de las contradicciones la armonía. Campoamor realiza perfectamente este más sublime ministerio del arte en *La Dicha es la muerte, Porvenir de las almas, La Opinión, La Fé y la razon*, y otras *doloras* que demuestran que el sentimiento creyente y el amor hermoso y la santa esperanza no están reñidas con este linaje de poesía. Díganlo, sino, los versos que á continuación trasladamos, y en que aparece compensado el espíritu que las anima y vivifica:

*¡No es mi verdad, la verdad,
No es mi razon, la razon!*

La virtud es inmortal;
 Si el mundo es un cenagal.
Buscádla siempre en la altura.

..... para las almas puras,
Morir es resucitar.....;

El poeta.—*¡va ánge! más!*—

Campoamor ha ido subiendo progresivamente del mundo de los sentidos al mundo psicológico, y de éste al de lo absoluto; y esos tres grados de elevación moral, que señalan indudablemente otros tantos períodos culminantes de la vida íntima de nuestro poeta, mostrándonosle epicúreo al principio, escéptico luego, y por fin creyente, Horacio antes, Byron despues, Calderon á la postre, no aparecen inconexos en las DOLORAS, sino que, por el contrario, derivados unos de otros sucesivamente, como de la semilla que se corrompe en la tierra, el árbol á quien combaten opuestos vientos é influencias, y del árbol el fruto con que el hombre se alimenta y regala, vienen á formar, en su relación filosófica, una verdadera trilogía, un sólo y completo y armónico organismo literario. No es difícil percibir su mútuo enlace en los gérmenes de escepticismo que, al través de las *doloras picarescas*, asoman, y en los principios de fé y esperanza que entre las sombras de las *escépticas*, de vez en cuando se descubren. Miradas, pues, en conjunto,—y así deben serlo para valorarlas

con acierto bajo el punto de vista moral y filosófico—las DOLORAS se ofrecen á la consideracion de la crítica, como cifra y compendio del complicado drama de la vida, con su *exposicion* en la esfera de los sentidos, su *nudo* en las profundidades del alma, y su *desenlace* en el cielo. Así expone y pinta Campoamor esta lucha perenne y universal entre la luz y las tinieblas, la verdad y el error, la vida y la muerte, que llena los tiempos y los espacios; así la resuelve, dando la victoria definitivamente al espíritu sobre la materia, sublimándole purificado por el dolor, y coronándole, en fin, con los eternos resplandores de la gloria en el seno del Infinito. Ahora bien; si el *desenlace* fija y determina el pensamiento trascendental de todo poema dramático; si allí es donde el carácter é intencion del poeta se manifiestan de lleno, ¿podremos con justicia tildar á Campoamor de sensualista y escéptico en las DOLORAS? No: antes bien deberemos calificarle de creyente y espiritualista en sumo grado. De lo contrario, también mereceria la nota de sensualista y escéptico Calderon, el gran poeta de la fé, puesto que, en sus más profundas y cristianas comedias, recorre frecuentemente los mismos senderos y presenta las mismas fases que Campoamor, antes de llegar á la glorificación final de *La Vida es sueño*, *El Príncipe constante* y *La devocion de la Cruz*.

No faltan críticos que, aun prescindiendo de si es buena ó mala la filosofía de Campoamor, le censuran por haber concedido excesiva importancia al elemento racional en sus DOLORAS, y mostrado asaz al descubierto propósitos doctrinales que juzgan impropios de la poesía. Tenemos por exagerada, cuando ménos, semejante opinion, que está en pugna con las más respetables tradiciones y con la naturaleza misma del arte. No existe literatura alguna, antigua ni moderna, asiática ni europea, en que, bajo una ú otra forma, no haya dado muestra de sí la poesía didáctica; lo cual efectuándose á la par en todas las naciones, prueba evidentemente que aquella no es un género artificial y meramente escolástico, sino fruto legítimo, manifestacion espontánea y natural del espíritu humano.

Por otra parte, toda obra artística, para ser bella, necesita encerrar cierto sentido didáctico, supuesto que, como dice Platon, y con diferentes palabras han repetido los más famosos estéticos, *lo bello es el resplandor de lo verdadero*. El arte no difiere de la ciencia por su fondo, sino por su forma. Ambos tienen por asunto la *verdad*; sólo que la ciencia nos la ofrece en fórmulas abstractas y generales, mientras que el arte la expone revestida de imágenes concretas y particulares; aquella habla á la razon, que es el sentido de lo universal

y de lo absoluto; éste á la imaginacion y á la sensibilidad, que viven de lo relativo; pero en su fin principal—la expresion de la *verdad*—coinciden necesariamente la ciencia y el arte. El arte, vacio de *verdad*, pareceríase á una série de fenómenos sin una sustancia que les sirviese de fundamento. No es, pues, censurable en sí la intencion filosófica que las DOLORAS revelan. ¿Lo será tal vez la manera que Campoamor ha tenido de realizarla? Seríalo ciertamente si él hubiese tratado de enseñar directamente con simples y descarnados racionios á guisa de filósofo especulativo, en vez de verificarlo, como verdadero poeta, mediante cuadros y figuras animados por el calor del sentimiento y visibles á los ojos de la fantasia. Nada de esto sucede en las DOLORAS. Su importancia filosófica en nada perjudica á su valor poético, antes bien le aumenta; así como éste, lejos de menoscabar aquella, la ilustra y corrobora, sensibilizándola. Exclarecen la mente del que como filósofo las considera; deleitan el gusto del mero aficionado á la poesía; pero aprende más y descubre mayores excelencias en ellas quien bajo ambos conceptos las abraza y estudia. Tan estrechamente ligados están en las DOLORAS el pensamiento y la imágen, el elemento filosófico y el elemento poético.

Para evidenciar la exactitud de estas observa-

ciones, pondremos por ejemplo *La Fé y la razon*, la más didáctica, la más árida de todas las *doloras*, tanto que al Sr. Ruiz Aguilera le recuerda las argucias y nebulosidades del escolasticismo en su época decadente. Separad en ella dichos dos elementos, ¿qué queda? Por un lado, lo que el señor Ruiz Aguilera dice, un intrincado certámen metafísico tan sólo; por el otro, una historieta frívola é insustancial únicamente. Pero unidos, ¿cuánto movimiento é interés, cuánto realce y claridad no recibe el primero, puesto en acción, dramatizado por el poeta! ¿Cuánto valor é importancia, el segundo, informado de sentido trascendental por el filósofo! ¿Cuán felizmente se acuerdan la dialéctica y la poesía para hacer brotar, aquella de sus raciocinios, ésta de su animado relato, idénticas conclusiones!

Y si tal se verifica en *La Fé y la razon*, donde el elemento didáctico predomina y se muestra sin velos, ¿qué no diremos de aquellas otras *doloras* cuyas tésis aparecen desenvueltas y demostradas por medios enteramente poéticos, y cuyo sentido filosófico se siente más bien que se comprende, emanando, como un aroma espiritual, del conjunto de los hechos, pasiones y figuras en ellas concertadamente expuestos? Dice el Sr. Menendez Rayon, en son de censura, al juzgar la que se intitula *Todo es uno y lo mismo*, que—“el arte

prueba de diverso modo que la ciencia.—Ciertamente; pero ¿qué hay de común entre el modo de probar usado en dicha *dolora* y otras por el estilo, y el de que un filósofo se valdria? ¿En qué se parecen la prueba que resulta de una cadena de argumentos lógicos y la que nace del contraste de los sentimientos y de las situaciones de la vida?— «Con estos ensayos, añade el Sr. Rayon, la filosofía no progresa y el arte padece.»—No progresará la filosofía; pero se popularizarán sus problemas y se despertará el deseo de resolverlos. Y, por lo que respecta al arte, si tal vez sale mal librado de semejantes tentativas, acháquese á falta de ingenio, no á que sean ajenas de su ministerio, ni tampoco á la índole especial de los asuntos. Por excelencia metafísicos son en el fondo los que Valera canta en *El Fuego divino* y en *Las aventuras de Ciasí Yahye*, composiciones notabilísimas, sin embargo, por la riqueza, elegancia y armonía de la elocucion, llena de humbres y matices poéticos.

Altamente metafísicos son tambien los que Campoamor desarrolla en *Todo es uno y lo mismo* y en *La Trasmigracion*; y, á pesar de esto, el mismo Sr. Rayon alaba en la primera—«la gracia y chiste de la exposicion, lo acertado y malicioso de las reflexiones y sentencias, y en general la facilidad y tersura de la rima,»—y en la segunda

—«el estro, la energía y variedad de tonos..... y la dición poética;»—es decir, cuanto constituye la legítima y sincera poesía; de donde se infiere que el arte en nada padece por hacerse eco de las elucubraciones de la filosofía, cuando un egregio vate lo maneja.

Pasando ya al exámen de la manera de sentir y de expresarse nuestro poeta en las DOLORAS, parécenos oportuno reproducir las felices observaciones de los Sres. Menendez Rayon y Ruiz Aguilera, pues difícilmente pudiéramos juzgarla con más discrecion, perspicuidad y acierto.

—«Es Campoamor, dice el Sr. Menendez Rayon, un poeta de mucha variedad, pero poco propenso por carácter á la morbidez y á la blandura, describe con exactitud y concision, narra con naturalidad y dialoga con mucho carácter; pocas veces peca por el argumento cuando no se inclina á la paradoja; en la invencion y composicion es sóbrio, y sus cuadros tienen una terminacion feliz y bien graduada, el estilo es á menudo más nervioso que fluido, severo y cortado más que dulce y rítmico, y sus períodos, concisos en demasía á veces, le quitan riqueza, abundancia y número; pero si los versos no alcanzan siempre todas estas cualidades, sobresalen en cambio por el brio y por la sentencia.»—

—«El estilo de las DOLORAS, segun Ruiz Agui-

lera, no se confunde con el de ninguno de nuestros poetas. Hablando de ellas uno de sus prefacistas, dice con muchísimo acierto: «El nuevo género se distingue por una originalidad picante; esta cualidad suele rayar en lo peligroso; pero en Campoamor tiene aplicacion el cánon del derecho marítimo: *el pabellon cubre siempre la mercancía*, y el pabellon es en nuestro autor el estilo.» Y es tan propio y peculiar, que quien haya leído algunas *doloras* con el nombre de Campoamor al pié, leyendo despues otras del mismo anónimas, puede asegurarse que no las atribuirá á nadie más que á él. Si Campoamor se hubiese presentado con su libro como un filósofo ceñudo, hipocondriaco y gruñon, el lector más intrépido no hubiera podido pasar de las primeras páginas; tantas y tan grandes son las tesis que en estas composiciones se plantean y desenvuelven; pero es tan pérfidamente seductora su frase, su elegancia en el decir, en general, de tan buen tono, sorprende de tal modo, ya con la desenfadada causticidad de sus profundos apotegmas, de sus epigramas, de sus agudezas humorísticas, de sus irónicas genialidades, cruelmente amables, ya con rasgos de ternura, casi siempre amarga, á la manera de Heine, que verdaderamente juega con el corazon del lector. El retruécano, el concepto y la antítesis—tres elementos exteriores de su *manera*—que en otro

autor serian insoportables, yo los perdonaria en éste, por el modo que tiene de usarlos, si mi perdón sirviese para que en lo sucesivo no fuera tan pródigo de ellos.»—

Por lo que á nosotros toca, no sólo le perdonamos sus paradojas, antítesis, conceptos y retruécanos, sino que, por regla general, se los aplaudimos, pues contribuyen notablemente á la energía y claridad de su estilo, sin menoscabo de la naturalidad ni aun de la sencillez, haciendo que las ideas hicran vivamente la imaginacion de los lectores y se graben de un modo indeleble en su memoria. Quizá no haya existido un poeta más feliz en el empleo de las mencionadas formas de expresion, lo cual proviene, sin duda, de la exacta correspondencia que las mismas guardan con la índole de su ingenio y con la naturaleza de los argumentos sobre que escribe, tanto que, despojado de ellas, nos parecería ménos propio y natural su estilo. Pero esto mismo indica con cuánta parsimonia deben usarlas los que de diferente constitucion mental se hallan dotados y en asuntos de otra especie se ejercitan. Así es que, alabándolas en Campoamor, distamos muchísimo de recomendarlas á los demás cultivadores de la poesía. La imitacion, casi siempre peligrosa para la sinceridad del estilo, sería en este punto peligrosísima.

Véanse ahora, en confirmacion de lo expues-

to, algunas muestras del de Campoamor. En *¡Quién supiera escribir!* dolora llena de fuego y de efusion, en medio de sus contrastes humorísticos, leemos, entre otros muchos conceptos igualmente delicados, los siguientes:

Escríbide, por Dios, que el alma mía
 Ya en mí no quiere estar,
 Que la pena no me ahoga cada día,
 Porque puedo llorar.

.....
 Que mis ojos, que él tiene por tan bellas,
 Cargados con mi afán,
 Como no tienen quien se mire en ellos,
 Cerrados siempre están.

.....
 Que, siendo por su causa, el alma mía
 ¡Osea tanto en sufrir!
 Dios mío, ¡cuántas cosas le diría
 Si supiera escribir!

Principalmente los versos que hemos puesto de cursiva son de una belleza insuperable, sobre todo la exclamacion contenida en los dos últimos, encantadora por su sencillez é ingenuidad.

Admirable es tambien la conclusion de *Nunca olvida quien bien ama*, por lo verdadero é intenso, á la vez que extraño, del sentimiento, por la novedad de la idea y por la enérgica concision de

la frase. Próximo á morir el poeta, dice á la mujer querida:

—Con toda el alma perdono
Hasta á los que siempre he odiado:
*¡A tí, que tanto te he amado,
Nunca te perdonaré!*

¡Qué extremada ternura no se descubre al través de éste, en la apariencia, rencor sin límites!

No son ménos dignas de encomio las quintillas de *La Trasmigración*, singularmente la que el poeta pone en boca del sábio:

Hombré, al fin, ciencia y verdad
Buscando en lid malograda,
Fué desde mi tierna edad,
*Mi objeto la inmensidad,
Y mi término la nada.*

Hé aquí un pensamiento profundo, vigorosamente concebido y formulado.

Las mismas bucnas prendas brillan, no obstante la diferencia de tonos, en *Los Dos espejos*:

En el cristal de un espejo
Á los cuarenta me ví,
Y hallándome feo y viejo,
De rabia el cristal rompí.
Del alma en la transparencia
Mi rostro entonces miré,
Y tal me ví en la conciencia,
Que el corazón me rasgué.
Y es que en perdiendo el mortal
La fé, juventud y amor,
¡Se mira al espejo, y mal!
¡Se ve en el alma, y peor!

Tendríamos que trascribir la mayor parte del libro de Campoamor si hubiésemos de citar todas las sentencias profundas, todos los pensamientos atrevidos y originales, todos los pasajes patéticos, todos los rasgos de vis cómica, todas las bellezas, en fin, de estilo, lenguaje y versificación que contiene; lo cual, sobre no caber en los términos de este artículo, nos parece excusado, siendo, como son, aquellos de tanto bulto, que el lector ménos perspicaz puede por sí mismo advertirlos y saborearlos, cuanto más que allí están para ayudarle á ello las discretas notas del Sr. Menendez Rayon.

Distínguese este ilustrado comentarista por su copiosa doctrina filosófica, por su sagacidad en desentrañar el sentido esotérico de las DOLORAS, y por su clara comprensión de las leyes estéticas á que las mismas deben ajustarse para la conveniente ponderación y armonía entre las partes y el todo, entre el espíritu y el cuerpo de ellas, condición necesaria de lo bello. Sus juicios, con frecuencia nuevos y casi siempre acertados, son por su profundidad notables en ocasiones, si bien más sintéticos que analíticos, más atentos al conjunto que á los pormenores, no siempre corre parejas su utilidad práctica para la juventud estudiosa con el interés que en todo entendimiento filosófico despiertan. El crítico no ha de mirar sólo á hacernos sentir la belleza general de las creaciones del arte,

sino tambien á dirigirnos por las sendas del buen gusto, poniendo á nuestra vista los elementos particulares que la constituyen, y las manchas que, en mayor ó menor grado, la destufran. Debe ser, por lo mismo, analítico-sintético su procedimiento. ¡Cuántas veces un giro prosáico, un verso poco cadencioso, una metáfora incongruente ó una cláusula mal construida destruyen el encanto de las más bellas poesías! ¡Cuántas veces no depende de éstas, al parecer pequeñeces, gran parte del placer ó desagrado que muchas composiciones nos causan!

Sentimos, sin embargo, que el Sr. Menendez Rayon no haya comentado todas las *doloras* de Campoamor, por más que en la eleccion anduviese, generalmente hablando, acertado. Todas encierran perfecciones dignas de estudio y alabanza; de todas ellas pueden sacarse muy útiles enseñanzas, así morales como literarias. Por otra parte, tiene especial atractivo para los amantes de las letras el ver reunidas todas las producciones de un autor, especialmente cuando, como las DÓLORAS, constituyen, no solo por su unidad genérica, sino tambien por la del espíritu que las anima, un organismo íntegro y completo, segun queda notado en lugar oportuno. Así, pues, rogamos al Sr. Menendez Rayon que no omita *dolora* alguna, ni deje ninguna sin ilustracion, cuando se reimprima su

trabajo. Desearíamos igualmente que reuniese, anotase y publicase una coleccion selecta de *doloras* de diversos autores, antiguos y modernos, cual medio el más eficaz de demostrar la realidad y consistencia de esta especie de poesía, de fijar sus límites y condiciones propias, y de asentarla definitivamente en la espaciosa esfera del arte de las artes.

GUMERSINDO LAVERDE RUIZ.

DOLORAS.

PRIMERA PARTE.

DE 1838 Á 1843.

DOLORAS.

I.

COSAS DE LA EDAD. (*Nota crítica 1.*)

I.

—«Sé que corriendo, Lucia,
Tras criminales anteojos,
Has escrito el otro día
Una carta que decía:
—Al espejo de mis ojos.—

«Y aunque mis gustos añejos
Marchiten tus ilusiones,
Te han de hacer ver mis consejos
Que contra tales espejos
Se rompen los corazones.

«¡Ay! ¡No rindiera, en verdad,
El corazón lastimado
Á dura cautividad,
Si yo volviera á tu edad,
Y lo pasado, pasado!

«Por tus locas vanidades,
¿Que son ¡oh niña! no miras
Más amargas las verdades,
Cuanto allá en las mocedades
Son más dulces las mentiras?

«¿Y que es la tez seductora
Con que el semblante se alinea,
Luz que la edad descolora?
Mas ¿no me escuchas, traidora?
(¡Pero, señor, *si es tu niña!*...).»—

II.

«Conozco, abuela, en lo helado
De vuestra estéril razón,
Que en el tiempo que ha pasado,
Ó habeis perdido ó gastado
Las llaves del corazón.

«Si amor con fuerzas extrañas
Á un tiempo mata y consuela,
Justo es detestar sus sañas;
Mas no amar, teniendo entrañas,
Eso es imposible, abuela.

«¿Nunca soleis maldecir
Con desesperado empeño
Al sol que empieza á lucir,
Cuando os viene á interrumpir
La felicidad de un sueño?

«¿Jamás en vuestros desvelos
Cerrais los ojos con calma
Para ver sólas, sin celos,
Imágenes de los cielos
Allá en el fondo del alma?

«¿Y nunca veis, en mal hora,
Miradas que la pasión
Lance tan desgarradora,
Que os hagan llevar, señora,
Las manos al corazón?

«¿Y no adorais las ficciones
Que, pasando, al alma deja

Cierta ilusion de ilusiones?...
Mas ¿no escuchais mis razones?
(¡Pero, señor, *si es tan vieja!*...)»—

III.

—No entiendo tu amor, Lucia.
—Ni yo vuestros desengaños.
—Y es porque la suerte impía
Puso entre tu alma y la mia
El yerto mar de los años.

Mas la vejez destructora
Pronto templará tu afán.
—Mas siempre entonces, señora,
Buenos recuerdos serán
Las buenas dichas de ahora.

—¡Triste es el placer gozado!
Más triste es el no sentido;
Pues yo decir he escuchado
Que siempre el gusto pasado
Suele deleitar perdido.

-
- Oye á quien bien te aconseja.
—Inútil es vuestra riña.
—Siento tu mal.—No me aqueja.
—(¡Pero, señor, *si es tu niña!*...)
—(¡Pero, señor, *si es tu vieja!*...).
-

II.

GLORIAS DE LA VIDA. (*Nota II.*)

¡Al fuego, cartas de adorados séres
 Por quien la sangre derramé viviendo!
 Arded á impulsos de esa luz, y ardiendo,
 Con vos se extingne *mi fatal pasion.*

¡Ved cuál la gloria de sus dulces rasgos
 Se lleva el aire en fútiles despojos!
 ¡No su partida lamenteis, mis ojos;
Que humo las glorias de la vida son!

¡Al fuego, signos que sin fé trazaron
 Falsas mujeres que adoraba ciego!
 ¡Nés, Nés, Nés... ¡al fuego! ¡al fuego!
 ¡Maldita sea *mi fatal pasion!*

—«¡Nadie en el mundo como yo te adora!»—
 ¡Arda á su vez la que tan bien mentia!
 ¡Ay! ¡quién, tal gloria al poseer, diria
Que humo las glorias de la vida son!

¡Al fuego, enigmas de infernal sentido!
¡Digno sepulcro el desengaño os presta!
¡Cuán bien mi madre me alejaba en ésta
Del torpe error de *mi fatal pasión!*
«¡Huye—dice—el amor, porque su gloria
Es pacto vil de la ilusión de un día,
Y al fin verás, alma del alma mía,
Que humo las glorias de la vida son!»

III.

VENTAJAS DE LA INCONSTANCIA. (*Nota III.*)

Despues de amarla, olvidala; que el cielo
La inconstancia al amor le dió en consuelo.

(PATRICIO M. DE RAYON.)

¡Ay! Anoche te escuché
(El que escucha oye su mal),
Cuando á otro hombre, por tu fé.
Le jurabas fé eternal.
¡Imprudente!
Nadie quiere eternamente;
Que pase un mes y otro mes,
Y me lo dirás despues.
Aunque nuestro amor fué extraño,
Ya no lloro
Ni mi engaño ni tu engaño;
Pues no ignoro,
Que la inconstancia es el cielo
Que el Señor
Abre al fin para consuelo
Á los mártires de amor.

Después, ¡ingrata! ¿qué hiciste?
 ¿Fué el ruido de un beso aquel?
 Bien te oí cuando digiste:
 —«No hice otro tanto con él.»—

¡Ay, Victoria,

Cuán frágil es tu memoria!
 Ruega á Dios que siempre calle
 Aquella fuente del valle...
 Si me engañas, ya antes, ducho,
 Te engañé;
 Porque aunque me amabas mucho,
 Yo bien sé,
Que la inconstancia es el cielo
Que el Señor
Abre al fin para consuelo
Á los mártires de amor.

Por último, ¡horrible paso!
 Digiste, al partir, de mí:
 —«Es un...»—¡Ah! Mas, por si acaso,
 Lo dije yo antes de tí.
 Sí, gacela;
 Aquí, el que no corre, vucla;
 Lo que tú hoy de mí, yo ayer
 Dije de tí á otra mujer.
 Que los séres en amores
 Adiestrados,

Todos son engañadores
Y engañados;
Pues la inconstancia es el cielo
Que el Señor
Abre al fin para consuelo
A los mártires de amor.

Adios. Te juro leal,
Por el que nació en Belen,
Que nunca te querré mal,
Si no te quise muy bien.
Conque, adios.
Navia y Julio á veintidos.
Hoy por mí, y por tí mañana.
¡Tal es la doblez humana!
Si te ama algun importuno,
Ó imprudente,
Llegases tú á amar alguno,
Ten presente
Que la inconstancia es el cielo
Que el Señor
Abre al fin para consuelo
A los mártires de amor.

IV.

LOS SOLLOZOS.

Si á mis sollozos les pregunto adónde
La dura causa está de su aficcion,
De un ¡ay! que ya pasó, la voz responde:
—«De mi antiguo dolor *recuerdos* son.»—

Y alguna vez, cual otras infelice,
Que sollozo postrado en la inaccion,
De otro ¡ay! qué aún no llegó, la voz me dice:
—«De mi dolor *presentimientos* son.»—

¡Ruda inquietud de la existencia impía!
¿Dónde calma ha de hallar el corazon,
Si hasta sollozos que la *inercia* eria,
Presentimientos ó memorias son?...

V.

QUIEN VIVE OLVIDA.

Que la dicha, si es colmada,
Si nada turba el contento,
Suele trocarse en tormento;
Porque cansa al corazón
Siempre una misma pasión,
Siempre un mismo sentimiento.
(ÉL CONDE DE REVILLAGIGEDO.)

ÉL.

¡Cuánto amor, Adela mía,
Aquí un día
Me juraste y te juré!

ADELA.

Por cierto que fué en Noviembre,
Y en Diciembre
Me olvidaste y te olvidé.

ÉL.

Allí grabé con pasión
La expresión
De que *vivir es amar.*

ADELA.

Bajo expresion tan traidora,
Graba ahora
Que *vivir es olvidar.*

ÉL.

Aún por tí mi amor se inflama,
Porque el que ama
Nunca olvida, si ama bien.

ADELA.

No hagas de tu amor alarde,
Que, aunque tarde,
Á gran amor gran desden.

ÉL.

Entre estas ramas, ¡ay triste!
Me digiste:
—«No te olvidaré jamás.»—

ADELA.

No acerté, en mi error profundo,
Que en el mundo,
Quien más vive, olvida más.

ÉL.

¡Cuándo con locos extremos
Volveremos
Á amar con tan ciego ardor?

ADELA.

Nunca, pues ya hemos sabido
Que el olvido
Sigue, cual sombra, al amor.

ÉL.

¡Tiempos felices aquellos
En que, bellos,
Vivir era idolatrar!

ADELA.

¡Quién entonces (¡pena fiera!)
Nos dijera
Que vivir es olvidar!

VI.

LAS DOS ALMAS. (*Nota iv.*)

—Adónde vas, alma mía,
Hacia ese mundo perdido?
—Á ser alma de un nacido
La Omnipotencia me envía.

—Y tú, alma mía, ¿qué vuelo
Sigues, ganando la altura?
—Dejo á uno en la sepultura,
Y voy caminando al cielo.

—Puesto que subes, hermana,
Y te hallo al bajar al mundo,
Dime si es...—Un caos profundo,
Que llaman cárcel humana.

Prosigue, y no tan altiva,
Hermana, bajas ahora;
Porque vas, siendo señora,
Á ser del hombre cautiva.

Que en él, con rumbo perdido,
Sigue en loco devaneo,
Cada potencia un desco,
Y un gusto cada sentido.

Pues de ánsia de goces lleno,
Busca el oído armonía,
El paladar ambrosía,
É impúdico el tacto, cieno.

Así sus gustos sin calma
Van los sentidos gozando,
Mientras que á merced, flotando,
Vá de los suyos el alma

Y en rumbos tan desiguales,
Y tan contrarios vaivenes,
Si el alma delira bienes,
Acosan al cuerpo males.

Y amando el cuerpo la tierra,
Y el alma adorando al cielo,
Siempre están, en su desvelo,
Carne y espíritu en guerra.

—Pues si ya, el cielo ganando,
Dejaste cárcel tan fiera,
¿Por qué al aire, compañera,
Vas esas lágrimas dando?

—Porque hay, hermana, en el suelo
Séres que también se adoran,
Y que, al dejarlos, se lloran,
Como al dejar los del cielo.

—Si el cielo que dejo escalas,
Y al mundo voy que tú dejas,
Llevemos, pues, tú mis quejas
Y yo tu llanto, en las alas.

Y al mundo adonde me alejo,
Cuando le muestre tu llanto,
Muestra mis ayes en tanto
Al cielo hermoso que dejo.

Y ya que fatídico arde
De mi cautiverio el día,
Queda adios, hermana mía.
—Hermana mía, Él te guarde.—

VII.

NO HAY DICHA EN LA TIERRA. (Nota v.)

De niño, en el vano aliño
De la juventud-soñando,
Pasé la niñez llorando
Con todo el pesar de un niño.
Si empieza el hombre penando
Cuando ni un mal le desvela:

¡Ah!

*La dicha que el hombre anhela,
¿Dónde está?*

Ya jóven, falto de calma,
Busco el placer de la vida,
Y cada ilusion perdida
Me arranca, al partir, el alma.
Si en la estacion más florida
No hay mal que al alma no duela:

¡Ah!

*La dicha que el hombre anhela,
¿Dónde está?*

La paz con ánsia importuna,
Busco en la vejez inerte,
Y buscaré en mal tan fuerte
Junto al sepulcro la cuna.

Temo á la muerte, y la muerte
Todos los males consuela.

¡Ah!

*La dicha que el hombre anhela,
¿Dónde está?...*

VIII.

LA VIRTUD DEL EGOISMO.

Si anoche no estuve, Flora,
Á adorar tu talle hermoso,
Es porque soy *virtuoso*,
Y me dá el sueño á deshora.
 ¡Pecadora!
Ya le contaré á tu madre
Que, porque amo mi quietud
 Y salud,
Digiste hoy á mi compadre:
—«*Qué egoista es la virtud!*»—

 ¡Cómo he de ir con fé no escasa
Á ver tus ojos serenos,
Si hay cien pasos por lo ménos
Desde mi casa á tu casa?
 Y ¿qué pasa
Al hallarnos frente á frente?...

¿Qué?... tú mientes sin guarismo:

Yo lo mismo.

¿El no ir, por consiguiente,

Es virtud ó es egoismo?

Verbi gracia, el otro día,
Al verte de mi amor harta,
Puse un bostezo de á cuarta
Entre un «paloma» y un «mia».

Es falsía

La de bostezar amando;

Mas si hoy, con más pulcritud

Y quietud,

No he ido á amar bostezando,

¿Fue egoismo ó fue virtud?

Desde hoy, no vuelvo á tu eden

Á tomar, Flora, el sereno:

Si es por *egoismo*—bueno,

Y si es por *virtud*—tambien.

Sí, mi bien,

Esto haré por mi salud,

Aunque diga tu cinismo

Que es lo mismo

La gloria de la virtud

Que el triunfo del egoismo.

IX.

PROPÓSITOS VANOS.

Nunca te tengas por seguro en
esta vida.

(*Kempis, libro 1.º, capítulo XX.*)

—Padre, pequé, y perdonad
Si en mi amorosa contienda,
Se lleva el viento, á mi edad,
Propósitos de la enmienda.

EL CONFESOR.

—¡Siempre es viento
Á esa edad un juramento!
¿Qué pecado es, hija mia?

LA PENITENTA.

—El *mismo* del otro dia.
Y aunque es el *mismo*, id templando
Vuestro gesto,

Pues dijo ayer, predicando,
Fray Modesto,
*Que es inútil la más pura
Contrición,
Si abona nuestra ternura
Flaquezas del corazón.*

Ayer, padre, por ejemplo,
Tocó á misa el sacristan,
Y en vez de correr al templo,
Corrí á la huerta con Juan.

EL CONFESOR.

—¡Triste dón,
Correr tras su perdición!...

LA PENITENTA.

—Sí señor, mas dón tan vil,
De mil, lo tenemos mil.
No hay niña que á amor no acuda
Más que á misa;
Que el diantre, á todas sin duda,
Nos avisa
*Que es inútil la más pura
Contrición,
Si abona nuestra ternura
Flaquezas del corazón.*

La verdad, tan poco ingrata
 Con Juan estuve en la huerta,
 Que, como él mirando mata,
 Huí de él como una muerta.

EL CONFESOR.

—Dulcemente
 Fascina así la serpiente!

LA PENITENTA.

—¡No lo extrañéis, siendo el pecho
 De masa tan frágil hecho!
 Si voy, cuando muera, al cielo
 (Que lo dudo),
 Ya contaré que en el suelo
 Nunca pudo
Sermos útil la más pura
Contrición,
Si abona nuestra ternura
Flaquezas del corazón.

Y mañana, ¿qué he de hacer,
 Padre, al sonar la campana,
 Si él me dice hoy, como ayer,
 «Vuelve á la huerta mañana?»

EL CONFESOR.

—¡Ay de vos!
¡Antes Dios y siempre Dios!

LA PENITENTA.

—Es cierto, mas entre amantes,
No siempre suele ser ántes.
Y, en fin, si de ser cautiva
Me arrepiento,
Ó me absolveis mientras viva,
Ó presiento
*Que es inútil la más pura
Contrición,
Si abona nuestra ternura
Flaquezas del corazón.—*

X.

LA CIENCIA DE LA VIDA.

Amargando tu existencia,
De tu corazón en daño,
Ya te enseñaré esta ciencia
El libro de la experiencia,
Página del desengaño.

(J. FLORENTINO SANZ.)

—Seguid; veremos á qué luz impura
Del porvenir el caos se ilumina.

EL AGORERO.

—Mas ¡quién, desengañado, no adivina
De la vida el horóscopo fatal?
Siempre en mi ciencia se predicen bienes.
¡Dios los dá al hombre con amor profundo!
Después se augura un mal, porque en el mundo
Tarde ó temprano, es infalible el mal.

—Seguid.

EL AGORERO.

—Si á un triste le augurais su estrella,
Algún placer le augurareis mintiendo;
Que, aunque nuestro hado es *esperar sufriendo*,
La esperanza, aun sufriendo, es celestial.

Y si su suerte predecís acaso
Á los que mira compasivo el cielo,
Hacedles ver que en la orfandad del suelo,
Tarde ó temprano, es infalible el mal.

—Seguid.

EL AGORERO.

—Sabreis mi dolorosa ciencia
Si grabais en la mente con empeño,
Que es el bien, por ser bien, *sueño de un sueño*,
Que el mal, sólo por serlo, es *inmortal*.

Que nunca falta una ilusion gloriosa
Que alegre una existencia maldecida,
Y que en la paz de la más dulce vida,
Tarde ó temprano, es infalible el mal.—

XI.

VANIDAD DE LA HERMOSURA. (*Nota VI.*)

Á OCTAVIA.

—Ni amor canto, ni hermosura,
Porque ésta es un vano aliño,
Y además,
Aquel una sombra oscura.

OCTAVIA.

—¿No es más que sombra el cariño?
—*Nada más.*

Esas flores con que ufana
Tu frente se diviniza,
Ya verás
Cuál son ceniza mañana.

OCTAVIA.

—¿Nada más son que ceniza?

—*Nada más.*

Y en tu contento no escaso,
¿Qué dirás que es un contento,
Qué dirás?

OCTAVIA.

—¿Nada más que viento acaso?

—¡Nada más, niña, que viento,

Nada más!

En la edad de las pasiones,
A vueltas de mil enojos,
Hallarás
Aire, sombras é ilusiones:
¡Nada más, luz de mis ojos,
Nada más!...—

XII.

VIVIR ES DUDAR.

Si vivir no es dudar, prenda querida,
Decidme, en mal tan fuerte,
*¿Es el fin de esta vida nuestra muerte,
Ó es la muerte el principio de otra vida?*

Porque es nuestra existencia
Túrbio fanal de inexcrutable esencia;
Pues cual luz mortecina,
Sólo bordes de sombras ilumina.

Siguiendo la esperanza,
Quien la alcanza una vez, frágil la alcanza;
Si el aire sombra hiciera,
Como la sombra de los aires fuera.

Lloramos la partida
De esta que vuela inconsolable vida,
Y es en la humana suerte
La vida el pensamiento de la muerte.

Nuestros p^{er}fid^{os} cantos
Preludios son de venideros llantos;
Que es del dolor la puerta
La que el gozo al pasar n^{os} deja abierta.

El mayor bien gozado
Jamás es grande hasta que ya es pasado;
Pues sólo en la memoria
Es grande, al parecer, la humana gloria.

Y en tan vil confusion, prenda querida,
Nadie sabe inquirir, en mal tan fuerte,
Si es el fin de esta vida nuestra muerte,
Ó es la muerte el principio de otra vida...

XIII.

PODER DE LA BELLEZA.

¡Me caso! Yo, que odio eterno
Siempre profesé á este paso,
Como á un paso del infierno,
Ya cándidamente tierno...
¡Podreis creerlo? ¡me caso!

Y pues ya amo á una mujer
(Siento decir que no miento),
Justo es que cante, y lo siento,
De la belleza el poder.

Yo, que anduve transitorio
Toda España en derredor,
De un jolgorio á otro jolgorio,
Haciendo el don Juan Tenorio
Con doncellas de labor,

Hoy mi indómita cabeza
Á un yugo al fin se somete:
Aquí dió fin el sainete...
¡Oh poder de la belleza!

Yo, que canté á cualquier hora:
«No me dá pena maldita
Si tu pecho no me adora;
Que la mancha de una *mora*
Con otra *blanca* se quita»,

Peno por una mujer,
Y (aparte), rábio de celos.
*¡Á tanto se extiende, cielos,
De la belleza el poder!*

Yo, que amó en la edad florida
Cada *cien* dias á *ciento*,
¡Ya hace un mes que mi querida
Es aliento de mi vida,
Es la esencia de mi aliento!

Un mes en mí de terneza
Es de treinta años emblema;
Es la vida... es el poema
Del poder de la belleza.

Con mi triste casamiento
(Mis ex-amadas, mi ex-gloria),
Ya nos arrebató el viento
Tanto amor que ha sido historia,
Tanta historia que fué cuento!

Mas todo es sueño, á mi ver,
En esta vida traidora;
Sólo es real, á cuartos de hora,
De la belleza el poder.

¡Ya no os daré cantilenas,
Jugando al toma y al daca,
Pelo, anillos ni cadenas,
Ni tantas cosas, tan buenas
Para hacer nidos de urraca!

Y á fé que os nécia flaqueza
Que, ganando mil ventajas,
Sólo estribe en zarandajas
El poder de la belleza.

Pues me caso, Satanás
Haga á mi esposa, ó Dios la haga,
No pedir cuentas de atrás;
Pues *sí el que la hace la paga...*
¡Santo Cristo de Candás!

Si expiacion llega á haber,
Siendo, cual la muerte, fuerte,
Es horrible, cual la muerte,
De la belleza el poder.

¡Dios! á quien ofendo impío,
Dad á tanto error disculpa;
Perdonad mi desvarío:
*¡Por mi culpa, padre mio;
Por mi grandísima culpa!*

No os vengueis de quien si empieza
Cantando la palinodia,
Loa en tono de salmodia
El poder de la belleza.

Desde hoy mis glorias de amante
Se concretarán, Dios mio,
Á tener en adelante
Una mujer que me espante
Las moscas en el estío.

No extrañeis que cual placer
El no *ver moscas* os nombre,
Que á tal punto humilla al hombre
De la belleza el poder.

Hoy mi pecho, en conclusion,
Pide perdon y perdona
À cuantas fueron y son...
Desde Lisboa á Pamplona,
Desde Sevilla á Gijon.

Y hoy, en fin, mi bien empieza,
Ó empieza mi mal acaso:
De cualquier modo, ¡me caso!
¡VICTORIA POR LA BELLEZA!

XIV.

TODO SE PIERDE.

Rosa, ¿con que, perdiste
La flor encantadora
Que la noche te di de tu partida?
Aunque la cosa es triste...
La flor vaya en buen hora,
Si fué sólo la flor, Rosa, perdida;
Mas esto me convida
(Perdona) á que recuerde
Que en el mundo, mi bien, *todo se pierde.*

Todo se pierde, ¡ay triste!
De tu frente, antes pura,
¡Baja, y verás con lágrimas tus ojos!
Ya indócil se resiste
Al corsé tu cintura;
Sube al cuello despues, y... ¡ay, qué despojos!
El ver seco dá enojos,
Árbol que fué tan verde.
¡Todo se pierde, sí, todo se pierde!

De este pecho, tuyo antes,
Perdí un día la llave,
Y cuánto en él guardé, perdí con ella;
Ilusiones amantes,
Toda la villa sabe
Que para tí guardaba, Rosa bella.
Mas, ¡cuán tarde mi estrella
Hizo que al fin recuerde
Que *todo* (¿no es verdad?), *todo se pierde!*

¿Qué fué de tu hermosura?
¿Qué fué de mi terneza?
De la flor que te dí, dime ¿qué ha sido?
Perdióse la flor pura,
Lo mismo que (¡oh tristeza!)
Mi amor y tu hermosura se han perdido.
En el mundo es sabido
Que sin que uno se acuerde,
¡Todo se pierde! ¡oh Dios! *¡todo se pierde!*

XV.

LA COMPASION. (Nota VII.)

—Niña, ¿por qué, desvelada,
Suspiras con tal empeño?
—El por qué, madre, no es nada;
Solo me siento hostigada
Por las quimeras de un sueño.

—El rostro, niña, sepulta
En la Holanda, que el espanto,
Viendo las sombras, se abulta.
—Así derramaré, oculta
Entre sus pliegues, mi llanto.

—Pronto, la noche ahuyentando,
Llamaré el alba á la puerta.
—Pues vendrá en vano llamando;
Que si ahora duermo soñando,
Despues soñaré despierta.

—¡Ay, que si el mundo ve ya
De una niña el mal profundo,
Que es amor en decir dá!
—Pues sus razones el mundo
Para decirlo tendrá.

—¿Y en qué livianas razones
Estriba el mal que te aqueja?
—En unas tristes canciones
Que, de una lira á los sonos,
Alzaba un hombre á mi reja.

Entré afligida en el lecho,
Quedé traspuesta, y entonces
Sonó un ruido á poco trecho,
Que ¡cuál llagaría el pecho,
Cuando ablandaba los bronce!

Desperté á oírle, y la lira
No alegró la soledad;
Y ahora mi pecho suspira,
No sé si porque es mentira,
Ó porque no fué verdad.

—Mas ¡quién alzó las querellas?
—Soñé que era un peregrino.

¡Ay de las tristes doncellas,
Si al proseguir su camino
Puso los ojos en ellas!

—¿Un peregrino, alma mía,
Cantaba en llanto deshecho?
—Y soñé que era el que un día
Buscó albergue en nuestro techo
Por la tormenta que hacia.

Nieves y cierzo arrostrando,
Húmedos ya sus despojos,
Vino á la puerta llamando;
Y yo se la abrí, mostrando
La compasion en los ojos.

—¿De cuándo acá te se alcanza
Recordar tal desacuerdo?
—Dejadme en mi bienandanza:
¡Bella será una esperanza,
Pero es muy dulce un recuerdo!

Aún me ocupa la memoria,
Cuando la lumbre cercando,
Entre ilusiones de gloria,
Una historia y otra historia
Me fué, amorosas, contando.

Siempre en ellas se moria
Uno que á su ingrato bien
Como á sus ojos queria;
Mas no me contó que habia
Hombres ingratos tambien.

Dióme, con chistes discretos,
Conchas, cruces y regalos,
Y mágicos amuletos,
Que por instintos secretos
Daban pavor á los malos.

Y los gustos de la vida
Me ponderaba halagüeño,
En plática tan sentida,
Que, cual si fuese beleño,
Me iba dejando adormida.

Y mi amante pesadumbre
Prosiguió astuto aumentando,
Hasta que el postrer vislumbre
Débil lanzando la lumbre,
Se fué la sombra espesando...

—¿Por qué entonces de su fuego
Bérnora no fué tu calma?

—Creí sus perfidias luego,
Porque acompañó su ruego
Con un suspiro del alma.

—¿Y fuiste, al rayar el día,
Su ruta, niña, á inquirir?
—En vano fuí, madre mia;
Ya el sol derretido habia
La nieve que holló al partir.

Corriendo desalentada
Fuí de lugar en lugar...
—¿Y qué hallaste, desgraciada?
—Al cabo de la jornada
Hallé el placer de llorar.

—¿Cuál génio, en tan triste día,
Á escuchar su frenesí,
Más ciega que él te impelia?
—La *compasion*, madre mia...
—Y... ¿quién la tendrá de tí?

XVI.

CORTA ES LA VIDA.

Paróse, una voz sentida
Cierta viajero escuchando,
Y vió un ave que, rendida
Al pié de un árbol, piando
Triste exhalaba la vida.

Y al ver que, al árbol querido
Mirando desde la grama,
Alzaba el postrer gemido
Hácia la flexible rama,
Que era el sosten de su nido,

—«Hé aquí—dijo en su sorpresa—
La imágen de la fortuna:
Vagando sin ley alguna,
Al fin hallamos la huesa
Al mismo pié de la cuna.»—

Y alejándose al momento,
Por templar su mal no escaso,
Añadió en su pensamiento:

—«¿Cuánto las separa?—*¡Un paso!*

—*¿Y qué media entre ambas?—¡Viento!*»

XVII.

VIRTUD DE LA HIPOCRÉSÍA.

No eres más santo porque te alaban,
ni más vil porque te desprecian.
Lo que eres, eso eres.

(Kempis, libro II, capítulo VI.)

Ya he visto con harta pena
Que ayer, alma de mi alma,
Mandaste colgar, Elena,
De tu balcon una palma.

Y, ó la palma no es el título
De una candidez notoria,
Ó no es cierto aquel capítulo
En que habla de tí la historia.

Pues dicen que hoy imprudente,
Despues que la palma vió,
Riéndose maldiciente
Cierta galan exclamó:

—«Mal nuestra honradez se abona,
Si nuestras virtudes son
Cual la virtud que pregona
La palma de ese balcon.»—

Bien te hará entender, Elena,
Esta indirecta cruel,
Que ya es pública la escena
Que pasó entre Dios, tú y él.

Pues, al mirarte, embebido,
Dice entre sí el vulgo ruin:
—«Ya hay alientos que han inecido
Las flores de ese jardin.»—

Mas tú niega el hecho, Elena,
Porque en materias de honor,
Antes, el Código ordena,
Ser mártir que confesor.

Aunque á hablar de tí se atrevan,
Siempre será nécio intento
Dudar de honras que se llevan
Palabras que lleva el viento.

Dá al misterio la verdad,
Que la virtud, en su esencia,

Es *opinion* la mitad,
Y otra mitad *apariencia*.

Palma ostenta, pues es uso;
Que, aunque mentir no es prudente,
Por algo Dios no nos puso
El corazon en la frente.

Nada á confesar te venza,
Que engañar por el honor,
Es en los hombres *vergüenza*,
Y en las mujeres *pudor*.

Y si tu honor duda implica,
No dudes que hay mil que son
Cual la virtud que publica
La palma de tu balcon.

XVIII.

EL CONCIERTO DE LAS CAMPANAS. (Nota VIII.)

(PARA MÚSICA.)

Por un *nacido* allí imploran,
Y aquí por un *muerto* lloran:
Cuando allí tocando están

¡*Din don, din dan!*

Tocan aquí en bronco són:

¡*Din dan, din don!*

Allí un *vivo*, y aquí un *muerto*.
A tan monstruoso concierto,
Labrando mi goces van,

¡*Din don, din dan!*

Su tumba en mi corazón:

¡*Din dan, din don!*

¡Ay, cuán falsamente unida
Vá con la muerte la vida!
¡Qué inútil es nuestro afán!

¡*Din don, din dan!*

¡Qué breves las dichas son!

¡*Din dan, din don!*

XIX.

GLORIAS PÓSTUMAS.

Á DON NICOMEDES PASTOR DIAZ, CON MOTIVO DE LA FALSA MUERTE
DE UNA AMIGA.

Aún el pesar me asesina
De cuando aquí por muy cierto
Se dijo de CAROLINA
Que (¡Dios nos libre!) había muerto.
El que ménos,
Con ojos de espanto llenos,
"¡Cuánto lo siento!", exclamaba...
Pero ninguno lloraba.
El que se muere, PASTOR,
Ó se ausenta,
Es *cero* que olvida amor
En su cuenta.
Los que esperan fé en muriendo,
¡Cuánto yerran!
Bueno ó malo, á lo que entiendo,
Al que se muere lo entierran.

No hay sér que, al «¡Dios le perdone!»
Con que hace al muerto un regalo,
Si es su enemigo, no entone
El *Libera nos á malo*.

Cantan esto

Los que no aman, por supuesto;
Porque los que aman muy bien,
Dicen: *Requiescat... Amen*.
Al que ama y no ama, igual pena

Le acomete,

Exceptuando alguna escena

De sainete.

Premio igual dan y reciben

Los que quieren,

Ya olvidando á los que viven,

Ya enterrando á los que mueren.

Cuando más, los muy leales
Nos recomiendan á Dios
Con dos misas de á seis reales;
Total, *cuartos* ciento dos.

Y aun dos misas

No son del todo precisas,

Pues con una solamente

Cubre un hombre el *expediente*...

¡Para qué, ansiando, vivimos

Entre lloro,

Y adquirimos y adquirimos
 Oro y oro...
 Si al fin un deudo allegado,
 Sin gemir,
 Entre un mal lienzo hilvanado
Nos enterrará al morir?

«Con tu ausencia y veinte reales,
 Un duro mi pecho gana.»
 Así calcula sus males
 Nuestra condición humana.
 ¡Maldición
 Sobre tan vil condición!
 ¡No hay más deudos ni parientes
 Que las muelas y los dientes?
 ¡Ay! dí á tu amiga, PASTOR,
 Que, si muere,
 De nadie gloria ni amor
 Nunca espere;
 Pues llenando el ataúd
 Do le encierran,
 Con amor, gloria y virtud,
¡Al que se muere lo entierran!

XX.

VIVIR MURIENDO.

Vivit, et est vitæ nescius ipse suæ.

(OVIDIO.)

Al nacer me recibieron
La vida y la muerte en brazos;
Y al ver tan opuestos lazos,
Con torva faz prorumpieron:

—«¿Qué buscas aquí, perdida?»
Dijo á la vida la muerte.

—«¿Nació para tí, por suerte?»
Dijo á la muerte la vida.

—«Dios, á mi eterna morada»,
Responde aquella, «le envía.»

—«Soy, para entrarle en la mia»,
Dice ésta, «de Dios enviada.»

—«Pues vuelva al seno de Dios,
Y su justicia decida
Si es de la muerte ó la vida»,--
Claman á un tiempo las dos.

Y haciendo, audaz cada una,
Preso en el mísero infante,
Lleno de llanto el semblante,
Me levanté de la cuna.

Entre ambas camino incierto,
Dudando mi fantasía
Si antes de nacer, vivía,
Ó si es que, al nacer, he muerto.

Los que en la vida fuí dando
Desde mis pasos primeros,
Cual dados en sus linderos
Los fué la muerte contando.

Camino, y en mal tan fuerte,
La mente desvanecida,
Nombra desvelo á la vida,
Y llama sueño á la muerte.

Ponen, con locos empeños,
Mis sufrimientos á prueba,

Desvelos, si el sol se eleva,
Si se alzan las sombras, sueños.

Y así van el alma mia
Sueño y desvelo asediando,
Uno tras otro pasando,
Como la noche y el día.

Si de la vida, por suerte,
El breve término dejo,
Conmigo doy sin consejo
En el confin de la muerte.

Y á veces tan dulces lazos
Forman la muerte y la vida,
Que una en otra confundida,
Van una de otra en los brazos.

¿Si en mi ataud, por fortuna,
Daré mi primer vagido,
Ó por fortuna habrá sido
Lecho de muerte mi cuna?

Si he muerto al nacer, por suerte,
¿Á qué me asedia la vida?
Y si ésta aún no está cumplida,
¿Por qué me sigue la muerte?

¡A dónde, en tan ciego abismo,
Voy tras de ensueños que adoro,
Tanto, que entre ellos ignoro
Si sombra soy de mí mismo?

¡Sacadme ya, Dios clemente,
De un abismo tan horrendo,
Ó eternamente muriendo,
Ó viviendo eternamente!

XXI.

NADA DE NADA.—NADA POR NADA.

Por cosas de este mundo
 Nunca te apures,
 Que no hay mal que no acabe,
 Ni bien que dure.

(CANTAR.)

—*Nada me importa.*—Al sentimiento extraño,
 Ni en el bien gozo, ni en los males peno;
 Si ahogo en el—*no importa*—el propio daño,
 Sepulto en un—*¡paciencia!*—el daño ajeno.
 Esperando mi mal, mi bien engaño;
 Paso lo malo en aguardar lo bueno;
 Y así, el alma en sí misma sepultada,
 Da á habido y por haber—*nada de nada.*

—*Me es todo igual.*—Nada el placer me importa,
 Ni al hoso aspecto del dolor me irrito.
 Si el mal la senda de mi vida acorta,
 Prorumpo sin rencor:—*Estaba escrito.*

Cuando sus iras mi destino aborta,
—*Buen semblante á mal tiempo*,—me repito;
Y así, cerrando á la pasión la entrada,
Grabé en mi corazón:—*Nada por nada*.

—*Nada me importa*.—Que daré no ignoro,
Sepulcro al bien y al mal en mi indolencia.
Sé que mi amor han de curar, si adoro,
El tiempo, el gusto, otro placer, la ausencia.
La presunta ilusión templa mi lloro;
Amarga mis delirios la experiencia;
Y de afectos en lid tan encontrada,
Es lema de mi fé:—*Nada de nada*.

—*Me es todo igual*.—Como insaciable hiena
Me hiere el desengaño carnicero,
Pero en mi herida, sin placer ni pena,
Sepulcro doy al universo entero.
¡Oh vida inútil, de pesares llena!
¡Oh estéril mundo, donde el bien no espero!
Pues os debo esta fé desesperada,
—*Nada de nada*—os doy;—*nada por nada*.—

XXII.

VAGUEDAD DEL PLACER. (*Nota IX.*)

I.

—“Al que antes cumpla su anhelo,
Logrando la dicha extrema
De dar á su sien diadema
Hecha de luces del cielo.”—

Así una turba ligera
De niños baja diciendo,
Tocadas del Iris viendo
Las aguas de una pradera.

Siguen el monte esquivando,
Y crece su empeño loco,
En tanto que, poco á poco,
Vá el Iris su luz menguando.

Y cuando de su ornamento
Creían la sien orlada,

Vieron su luz disipada
Como fantasma en el viento.

—*¿Cómo es?*—desde el monte erguido
Preguntan cuantos los miran;
Y alzan los ojos, suspiran,
Y les responden:—*¡Ya es idol!*—

—*¡Mentira!*—bajan diciendo
Los que ven clara su lumbre,
Y en tanto ganan la cumbre,
Mustios los otros subiendo.

II.

Porque sus lindos reflejos
Son, al tocarlos, ficciones,
Cual son de cerca ilusiones
Las que venturas de lejos,

El Iris, siempre inconstante,
Se va mostrando inseguro,
A los que bajan, oscuro,
Y á los que suben, brillante.

—*¿Como es?*—en ronco alarido
Gritan los antes burlados.

Y los de ahora, extasiados,
Tristes responden:—*¡Ya es ido!*—

—*¡Mentira!*—dicen bajando
Los que poco antes mintieron;
Y á los de abajo se unieron
Prestos el monte esquivando.

III.

Juntos con pueril anhelo
Se agitan con ánsia ardiente,
Corriendo de fuente en fuente,
Tras los matices del cielo.

Y todos, dando á cuál más
Gusto á su pecho anhelante,
Unos gritan:—*¡Adelante!*
Y los de adelante:—*¡Atrás!*—

Y así, sin orden ni guía,
Aquí y allí discurrieron,
Y ni allí ni aquí le vieron,
Y en todas partes lucia.

Y al verle desvanecido,
Con más vergüenza que enojos,
Vueltos al cielo los ojos,
Exclaman todos:—*¡Ya es ido!!!*—

IV.

Así en eterno cuidado,
Aquí y allí nuestro intento
Corre fugaz por el viento
Tras un placer nunca hallado,

Que el hombre, en su desacuerdo,
Llama, al verle en lontananza,
Si es delante, una esperanza,
Si es detrás, un recuerdo.

Y aun no marcó en su sentido
El gusto una vana huella,
Cuando, imprecando su estrella,
Suspira y dice: *¡YA ES IDO!*

XXIII.

ÚLTIMAS ABJURACIONES.

¡Voy á morir! Prenda del alma mía,
Este el centon de mis quimeras es;
Leed, leed, y de la gloria impía
De tanto error abjuraré despues.

EL HIJO. (*Leyendo.*)

—«Cuna de rosas, al nacer, hallamos.»

EL PADRE.

—*¡Mentira! Abrojos al nacer nos dan.*

EL HIJO.

—«Rosas, la vida al comenzar, hallamos.»

EL PADRE.

—*¡Falso! Los piés por entre abrojos van.*

¡Voy á morir! Las bárbaras memorias
Que el fin amargan de mis horas ved:
¡Cúmulo abyecto de entrañables glorias!
Leed, por Dios, y escarmentad; leed.

EL HIJO.

—«Su vida el hombre de ilusiones puebla.»

EL PADRE.

—¡Ay! *Nécio error á la ilusion llamaul.*

EL HIJO.

—«Huye la edad de la razon cual niebla.»

EL PADRE.

—¡Horror! *¡Pasad, horas sin fin, pasad!*

¡Voy á morir! De nuestra vida escasa,
Pasa en engaños la primer mitad;
La otra mitad en desengaños pasa:
¡Nunca olvideis esta cruel verdad!—

EL HIJO.

—«¡Tristo es dejar del mundo la presencia!»

EL PADRE.

—*¡Mundo, os doy ledo mi postrer adios!*

EL HIJO.

—*«Perece el bienestar con la existencia.»*

EL PADRE.

—*¡Muerte, del hombre el bienestar sois vos!*

XXIV.

QUIEN MAS PONE, PIERDE MÁS.

*Es la constancia una estrella,
Que á otra luz más densa muere,
Pues quien más con ella quiere,
Ménos le quieren con ella.*

Este refran que te canto,
Tiene, amor mio, tal arte,
Que su verdad á probarte
Con una *conseja* voy.

Fué una niña de quince años
El duende de esta *conseja*,
Y aunque la niña ya es vieja,
Aún dice entre angustias hoy:

*Que es la constancia una estrella,
Que á otra luz más densa muere,
Pues quien más con ella quiere,
Ménos le quieren con ella.*

Tuvo la niña un amante
Á quien, idólatra, un día,

—Te he de querer—le decía,—
Hasta despues de morir.

Y si con Dios avenida,
Corta mi aliento la muerte,
Dejaré el cielo por verte.—
Tal dijo, sin advertir

*Que es la constancia una estrella,
Que á otra luz más densa muere,
Pues quien más con ella quiere,
Ménos le quieren con ella.*

Murió la niña, y cumpliendo
De su antiguo amor los gustos,
Dejó el país de los justos,
Y al mundo el vuelo tendió;

Y cuando alegre á su amante
Con alas de ángel cubria,
—¿Ves cuál dejé,—le decía,—
El cielo por tí?—Mas, ¡oh!

*Que es la constancia una estrella,
Que á otra luz más densa muere,
Pues quien más con ella quiere,
Ménos le quieren con ella.*

Durmió el ángel á su lado;
Y, de otra esfera anhelante,
Sus alas cortó el amante

Y en ellas al cielo huyó.

Y al encontrarse la niña
Víctima de un falso trato,
Llorando vió que el ingrato,
Subiendo al cielo, cantó:

*Es la constancia una estrella,
Que á otra luz más densa muere,
Pues quien más con ella quiere,
Ménos le quieren con ella.*

XXV.

ADIOS PARA SIEMPRE. (Nota x.)

A CAROLINA.

Porque no infiel juzgueis á mi memoria,
Aunque os digo *por siempre* al huir de vos,
La eternamente lamentable historia
Vais á escuchar de mi primer *adios*.

«Era una niña, como vos, afable,
Lozana, y pura y celestial cual vos.»
¡Quién, al dejar á un sér tan adorable,
Podrá decirle: ¡*Para siempre adios!*

«Partí... y la fama me contó su muerte.»
¡Guárdeos el cielo de su suerte á vos!
Y al recordar su abominable suerte,
Dejad que os diga: ¡*Para siempre adios!*

Pues siempre, herido de dolor tan fiero,
Desde aquel día, como ahora á vos,
A cuantos séres con el alma quiero,
¡*Adios*, les digo, *para siempre adios!*

XXVI.

BENEFICIOS DE LA AUSENCIA.

Agur, Irene; hasta cuándo,
No te lo podré decir;
Por Dios que al verme llorando,
Ganas me dan de reir.

¡Quién creyera,
Flor de mi natal ribera,
Que si lloro á los dos pasos,
Me reiré á los tres escasos!
Esto me recuerda, Irene,

Que algun dia
Leí contigo una *Higiene*
Que decia
Que, conforme á la experiencia

De un doctor,
Es un bálsamo la ausencia
Que cura males de amor.

Ya te escribiré, mi bien,
Cuantas penas me atormenten,
Aunque, *á ojos que no ven,*
Corazones que no sienten.

¡Qué infinito

Será tu amor... *por escrito!*

Mas dice Santo Tomás

Que *ver y creer,* y no más.

Este refran no te corra,

Advirtiendo

Que *el tiempo todo lo borra,*

Y sabiendo

Que, conforme á la experiencia

De un doctor,

Es un bálsamo la ausencia

Que cura males de amor.

—¡Qué yertas son las francesas!—

Te diré todos los dias;

—¡Qué heladas!—si son inglesas,

Y si italianas,—¡qué frias!—

Y entretanto

Mil y mil serán mi encanto.

¡Ay, cubren tanta ficcion

Las alas del corazón!

Hermosa Irene, ten calma;

¿Por qué lloras?

No llores, prenda del alma,
Pues no ignoras
Que, conforme á la experiencia
De un doctor,
Es un bálsamo la ausencia
Que cura males de amor.

Parto por fin, ya amanece;
Adios, alma de los dos;
Ruega á Dios que no tropiece
Pôr esos mundos de Dios.
Si hoy te adoro
Con la obstinacion de un moro,
Tal vez me ablande mañana
El fuego de otra cristiana.
Sí, que aunque este amor es cierto,
¡Ay! presumo
Que el amor de un *ido* ó un *muerto*
Siempre es humo;
Pues, conforme á la experiencia
De un doctor,
Es un bálsamo la ausencia
Que cura males de amor.

XXVII.

EL AMOR INMORTAL.

—¡Atrás! que ya los altares
Velan las sombras profanas;
Y al vulgo de estos lugares,
Lo llaman á sus hogares
Con su oracion las campanas.

¡Atrás! y no en loco tema
Traigas, revuelta en la falda,
Símbolo de tu fé extrema,
Esa florida guirnalda
De tus amores emblema.

Torna, loca, á tu alquería,
Porque, si bien lo contemplo,
Es nécio, por vida mia,
Dejarme así cada día
Lleno de hierbas el templo.

—He de ver su sepultura,
Pese á tus iras crueles,
Pues bien nos predica el cura
Que nunca el Dios de la altura
Cierra su casa á los fieles.

—Así te azucen traidores
Alguna vez sus mastines,
Por tus ofrendas de amores,
Los dueños de los jardines
En donde robas las flores.

Y pues que en tal desierto
Sigues con cordura poca,
Quédate ahí; y ten por cierto
Que gana muy poco un muerto
Con la oracion de una loca.—

¡Cuitada, que en su quebranto
No halla en la tierra consuelo,
Lo busca en el cielo santo,
Y sordo también el cielo
Las puertas cierra á su llanto!

Huye, niña, que á esa puerta,
Entre nocturnos reflejos,

Pareces ya de una muerta
La sombra que vaga incierta
Llorando gustos añejos.

Huye, que de amor ajena,
Como á imágen de la muerte,
Llamándote *el alma en pena*,
De horror la comarca llena
Cierra las puertas al verte.

¡Pobre loca, que en su intento,
Sin que de su afán se corra,
Ama con ardor violento
Memorias que el tiempo borra,
Cenizas que lleva el viento!

¡Oh, muy loca es quien no ha oído,
Porque escarnecerla puedan,
Que en este mundo fingido
Sólo pagan con olvido
Á los que van, los que quedan!

XXVIII.

BUENAS COSAS MAL DISPUESTAS.

(EPÍSTOLA A EMILIA.)
(SÁTIRA CONTRA EL GÉNERO HUMANO.)

Verdadera miseria es vivir en la tierra. Cuanto el hombre quiere ser más espiritual, tanto le será más amarga la vida; porque siente mejor, y ve más claro los defectos de la corrupción humana.

(*Ksapis, libro I.º, capítulo XXII.*)

INTRODUCCION.

Del hombre, Emilia, las virtudes canto,
Aunque al hombre al cantar, siempre sin calma,
Cayendo está sobre mi risa el llanto.

Dicen que lleva la moral la palma
Con el físico el alma comparando;
Mas tan ruin como el cuerpo tiene el alma.

Perdonad mi opinión los que llamando
Al hombre la mejor de las conquistas,
Un culto le rendis; ¡culto nefando!

Hablo con vos, ilusos moralistas;
Con vos, factores de virtudes, hablo,
Que en el hombre mirais cosas no vistas.

Vos, alzando un aurífero retablo,
Poneis al hombre en preeminente nicho,
Siendo digno de altares como el diablo.

Vos, que le amais por bárbaro capricho,
Sois, su hipócrita instinto disculpando,
Más hipócritas que él: lo dicho, dicho.

Vos, al hombre en vosotros adorando,
Vivis, amantes de vosotros mismos,
La humanidad falaces incensando.

¡Huid, con tan revueltos silogismos,
Á la luz con que alumbro, temerario,
Del corazon los múltiples abismos!

Derrocad por pudor vuestro escenario,
Ó, agitado á mi voz el pueblo, arguyo
Que os romperá en la frente el incensario.

Mas ya de vos, sin ahuyentaros, huyo,
Porque altivo desprecio á los histriones,
Y en santa paz mi introduccion concluyo:

Cuando, cual dón de sus mejores dones,
Dios hizo al hombre, le adoptó por hijo,
Y en su afan le colmó de bendiciones.

Y en cuanto al hombre su Señor bendijo,
—Si ennobleces con esto tu existencia,
Serás mi sér más predilecto,—dijo.

Y en prueba de inmortal munificencia,
Echó á sus piés con paternal contento
La fé, el amor, la gloria, la conciencia,
El honor, la virtud, el sentimiento.

I.

EL SENTIMIENTO.

¿Qué dirás que hizo el hombre, áun inocente,
Al verse de virtudes opulento?
(No te rias, Emilia.) Lo siguiente:

Al *sentimiento* se acercó al momento,
Y echando al corazón en hora mala,
Se colocó en la *piel* el *sentimiento*.

La aprensión, vive Dios, no fué tan mala,
Porque en su alma el dolor jamás se ceba,
Pues siempre fácil por su piel resbala.

Así el dolor de la más triste nueva,
Si un aire se lo trae, cuando pasa,
Otro aire, cuando pasa, se lo lleva.

Y así el alma, en sentir, es tan escasa,
Cuando antes por la piel el *sentimiento*
Con ímpetus brutales no traspasa.

¡Ay! ¡Por eso se olvidan al momento
El muerto padre, que á llorar provoca,
La ausencia de un amigo, y de otros ciento!

Y así al alma en su fondo nunca toca,
La lumbre de unos ojos que se inflaman,
El regalado aliento de una boca.

Y por eso nunca oye á los que le aman,
Cuando, con voces de dolor gimiendo,
Del corazón contra las puertas llaman.

Y solamente con la *piel* sintiendo,
 El hombre vil con corazón vacío
 (De golpes y estocadas prescindiendo),
 Sólo le afectan el calor y el frío.

¡Lo has oído, bien mío?
 ¡Sólo le afectan el CALOR y el FRÍO!

II.

LA CONCIENCIA.

El hombre, por su infamia ó su inocencia,
 Se puso en el *estómago*, y no es broma,
 La angusta cualidad de la *conciencia*.

Por su *conciencia* el hambre á veces toma,
 Y por eso en el hombre nadie extraña
 Que su deber olvide porque coma.

¡El alma enciendo en implacable saña
 Ver la *conciencia* á la opresión expuesta
 De un atracón de trufas y Champaña!

¡En alta voz mi corazón protesta
 Contra esta rectitud del hombre fiero,
 Puesto que de él la rectitud es esta!

¿Quién espera en la fé de un caballero,
Si otro contrario regaló su panza
(Hablo siempre en metáfora) primero?

¿Quién verá sin impulsos de venganza
Que un cuarteron de... (cualquier cosa) inclina
De la justicia la inmortal balanza?

¡Mísera humanidad, á quien domina
Ya de una poma la frugal presencia,
Ya el aspecto vulgar de una sardina!

Jamás un noble escucha con paciencia
Que llame á su despensa, algun ricacho,
General tentacion de la conciencia.

¿A qué alma sin doblez no causa empacho
Ver que el hombre; honrosísimas cuestiones
Las reduce á cuestiones de gazpacho?

Digan los diplomáticos varones
Los muchos tratos que hacen y deshacen
Pechugas de perdices y pichones.

El hambre ó el interés deshacen ó hacen
Cuanto ofrece aumentar nuestra opulencia,

Pues como dicen los que pobres nacen:
 «El *hambre* es quien regula la *conciencia*.»

Añade á tu experiencia:
Que el hambre es quien regula la conciencia.

III.

EL HONOR.—LA VIRTUD.

VIRTUD y HONOR, Emilia, y no te asombre,
 Puso el hombre en la *lengua*, y por lo mismo
 De *honor* y de *virtud* tanto habla el hombre.

De su *virtud* y *honor* el heroísmo
 Pondera altivo, hablando y más hablando,
 Silogismo añadiendo á silogismo.

Siempre al hombre más vil verásle alzando
 Un pedestal donde su honor se ostente,
 Las frases con las frases combinando.

Rico ó pobre, el mortal eternamente
 Llama á su honra *el amor de sus amores*;
 ¡Maldito charlatan, y cuánto miente!

Jamás á la *virtud* faltan loores
De las doncellas en la linda boca,
Cráter que el Mayo coronó de flores.

Hay tanta lengua que el *honor* evoca,
Que, ya ofuscada mi razon, no explico
Si á risa, á llanto, ó á indignacion provoca.

Perpétuamente en expresiones rico,
¡Qué hermoso fuera el hombre si tuviese
Las entrañas tan bellas como el pico!

En general, si hay uno que os confiese
Que es la *virtud* su sólo patrimonio,
Bien podeis exclamar: "¡Qué pobre es ese!"

Ó buscad de su *honor* un testimonio;
Vereis que por dos cuartos... (y son caras)
Su *honra* y *virtud* se las vendió al demonio.

Pues como dijo el Padre Notas-Claros
(Que era un fraile muy sábio, por más mengua):
—Salvo alguna excepcion (que son muy raras),
No hay *honor* ni *virtud* más que en la lengua.—

¡Lo has entendido? ¡Oh mengua!
¡No hay *honor* ni *virtud* más que en la lengua!

IV.

EL AMOR.

¿Qué hizo el hombre,—dirás, Emilia bella,
—Con la llama de AMOR?—¡Ay!! el idiota
La torpe sangre se inflamó con ella.

Y así, de *amor* si el huracan azota,
Por sus entrañas circulando ardiente,
El torpe incendio á los sentidos brota.

Lleva el *amor* su antorcha diligente
Por aldeas, por villas y por plazas,
De nacion en nacion, de gente en gente.

Diablo es *amor* de angelicales trazas
Que, estirpes con estirpes confundiendo,
Las razas asimila con las razas.

Ora hácia el lecho conyugal corriendo,
De alta estirpe pervierte al tronco honrado
De un ruin árbol el germen ingiriendo.

Ora, en traje modesto disfrazado,
La inocencia sorprende en la cabaña,
De mirtos y de rosas coronado.

Ya con infame ardor montando en saña,
La Augusta luz de la imperial diadema
Con niebla eterna el deshonor empaña;

Y en el furor de su ilusión extrema,
Con vil incesto ignominiosamente
El santo hogar donde nacimos quema.

Pasa, gózada una pasión ardiente,
¡Oh fútil brillo de la gloria humana!
Como todos los goces, de repente.

Y hasta los fuegos que tu pecho emana,
Mañana acabarán, Emilia mía;
¡Sí, Emilia mía, acabarán mañana!

El más seguro *amor* que el cielo envía,
Entre el montón de los recuerdos vaga,
Después que pasa un día y otro día.

¡Es triste que el *amor*, que tanto halaga
Se extinga, no apagándolo, en pavesas,
O en cenizas se extinga, si se apaga!

Mas, pese á las promesas más expresas,
Muere el *amor* más tierno confundido
Entre cartas y diges y promesas.

Y á llegar fácilmente reducido
Al término infalible de la muerte,
En ceniza ó en pavesas convertido,
Fuego es *amor* que en aire se convierte.

Advierte, Emilia, advierte:
¡Fuego es amor que en aire se convierte!

V.

LA FÉ.—LA GLORIA.

La bribonada, Emilia, ó la simpleza,
Cometió el hombre de poner FÉ y GLORIA,
Donde está la locura, en la cabeza.

Por eso en nuestra mente transitoria
La *fé*, que muchos con placer veneran,
Es tan fútil cual rápida memoria.

Y aunque se indignen los que en ella esperan,
La *gloria* es sueño; ¡oh! sí, simple embeleso,
Sombra, ilusion, ó lo que ustedes quieran.

¡Á cuánto exceso arrastra, á cuánto exceso,
Ese tropel de imágenes que crea
La propiedad fosfórica del seso!

¡Por la *gloria* el mortal llegar desea
Á la inmortalidad! ¡Nombre rotundo!
¡Buen lugar para el tonto que lo crea!

Por la *fé*, en este piélago profundo,
Mil cosas aguardamos tras la losa;
¡Oh esperanza dulcísima del mundo!

Y sólo por la *gloria*, "AQUÍ REPOSA,"
Grabamos en sonoras expresiones,
—DON FULANO DE TAL, QUE FUE TAL COSA.—

Y por más que en tan vagas emociones
Su existencia malgasta con empeño
(Su destino es correr tras de ilusiones),
Gloria y fé para el hombre son un sueño.

No lo olvides, mi dueño:
¡Gloria y fé para el hombre son un sueño!

CONCLUSION.

Ya que mi atroz proligidad lamentas,
Voy, Emilia, á decir, por consiguiente,
Lo que es el hombre en resumidas cuentas:

Ahoga el *interés* primeramente
Su *honor* y su *virtud*, su *fé* y su *gloria*;
Y con *frio* y *calor* tan sólo siente.

En fin, porque ya abrumo tu memoria,
De las virtudes lloraré la ausencia,
Pues mi pasión por ellas te es notoria.

¡FÉ, SENTIMIENTO, AMOR, HONRA Y CONCIENCIA,
Pues se os desprecia, abandonad el suelo,
Ensueños de mi cándida inocencia!

¡Tornad, fuentes del bien, tornad el vuelo,
Para castigo de la humana gente,
Á vuestra patria natural, el cielo!

¡GLORIA y VIRTUD! yo os juro tiernamente
Que, al alejaros, desgarráis atroces
El corazón donde os guardé inocente.

¡Huid á mi pesar, huid veloces,
Leves emblemas del orgullo humano,
Sonoros ecos de proscritas voces!

¡Adios! Y, por dar fin, bésoos la mano,
Pues ya me llena de mortal despecho
La convicción de que predico en vano.

Que, á ahogar el hombre sus virtudes, hecho,
Sólo le han de afectar, á pesar mio
(Por Dios, que este final desgarrar el pecho),
Calor, hambre, interés, amor ó frío....

Apréndelo, bien mio:
¡CALOR, HAMBRE, INTERÉS, AMOR Ó FRÍO!...

XXIX.

¡AY DEL QUE NACE Ó MUERE!

—¡Adios por siempre, hijo del alma mía!—

Un triste anciano al espirar clamaba;

Y el tierno infante que su sien besaba,

—¡Adios por siempre!—el infeliz decia.

Vertió el viejo la lágrima postrera,

Y vertió la primera el niño en tanto;

Y confundidas última y primera,

Símbolo fueron de su igual quebranto.

¿Cuál lágrima, decid, en mal tan fuerte,

Del corazon brotó más dolorida?

¿La del que el mal primero halló en la vida,

Ó la de aquel que un bien halló en la muerte?...

XXX.

HISTORIA DE UN AMOR.

Pero, si alcanza lo que deseaba,
siente luego pesadumbre por el re-
mordimiento de la conciencia que si-
guió á su apetito...

*(Kempis: Imitacion de Cristo. Li-
bro 1.º, capitulo VI.)*

I.

DESEO.

--Roman, tu ciencia es incierta;
Me ha dicho quien bien lo sabe
Que es la pureza una llave
Que abre del cielo la puerta.

--Victoria, por Dios, ahora
De la juventud gocemos,
Porque, despues que espiremos,
Lo que ha de pasar se ignora.

—No gozo por no penar.
—Pues es igual, á mi ver,
Gozar para padecer
Que padecer por gozar.

Si Dios nos cierra su gloria,
En el infierno, algun día,
Será inmortal, alma mía,
De este placer la memoria.

Porque un recuerdo tan fuerte,
De tan grande bienandanza,
Traspasa, cual la esperanza,
Los límites de la muerte.

Hoy mis deseos coronas
Del favor más soberano,
Con esta trémula mano
Que en tu embriaguez me abandonas.

Deja que en ánsia tan loca
Una mi frente á tu frente,
Porque me ahoga el ambiente
Que no perfuma tu boca.

Pon en tu blando extravío,
Para calmar mis antojos,

Tus ojos junto á mis ojos,
Tu corazon junto al mio.

II.

PLACER.

Es imposible, Victoria,
Que haya un tormento
Que me haga olvidar la gloria
De este momento.
No; quien dicha tan cumplida
Á ver llegó,
Ni en la eternidad la olvida.
—¡Ay, no! ¡Ay, no!—

Mi sér de tu sér recibe
Mútuos placeres;
Y, pues uno en otro vive,
Nuestros dos sérs,
En tan dulce parasismo,
¿No es cierto, dí,
Que son partes de un sér mismo?
—¡Ay, sí! ¡Ay, sí!—

Si cuestan horas serenas
Penas sin cuento,

Vale un infierno de penas
 Este momento.
 Dí si en tu virtud pasada
 Tu alma encontró
 Satisfaccion más colmada.
 —¡Ay, no! ¡Ay, no!—

Modera tu ardor, querida,
 Por un instante,
 Que no hay deleite en la vida
 Más adelante...
 ¡Victoria!—¡Roman!—La muerte
 A mí—y á mí
 —Hállenos ¡ay! de esta suerte.
 —¡Ay, sí! ¡Ay, sí!—

III.

HASTÍO.

¡Pasó! La hiel de un repugnante hastío,
 Ya en tu indolencia paladeando vas;
Jamás mi fé te pagará, bien mio,
 Ese rubor que devorando estás.
 —¡Jamás!
 —¡Jamás!

¡Pasó! Yo he abierto el insondable abismo
Do tu inocencia sepultando irás:
El placer es verdugo de sí mismo;
Jamás el gusto sin dolor verás.

—¡Jamás!

—¡*Jamás!*

¡Pasó! Por culpa de un fugaz contento
Siendo ludibrio de tí misma estás:
Ya el puñal de un atroz remordimiento
¡Perdon! *jamás* lejos de tí verás.

—¡Jamás!

—¡*Jamás*, paloma sin candor, *jamás!*...

XXXI.

PORVENIR DE LAS ALMAS. (Nota XI.)

Á R..., EN LA MUERTE DE SU HIJA.

Si de vuestra hija fué estrella
Dar tan niña el alma á Dios,
¡Ay, feliz mil veces vos!
¡Dichosa mil veces ella!
Pues ya huella
Las celestiales alturas,
No halle en vos nunca lugar
El pesar,
Porque para almas tan puras
Morir es resucitar.

¡Para qué llorais perdida
Esa prenda de amor tierno,
Si por un lugar eterno
Dejó un lugar de partida!

Si es la vida
Cáos de dudas y penas,
¿Quién la muerte, al que bien quiere,
No prefiere,
Si el que vive, vive apenas,
Y resucita el que muere?

Siempre, llena de consuelo,
Viendo á un sér puro sin vida,
La multitud, de fé henchida,
Prorumpo:—¡Ángeles al cielo!—
Ni ¡á qué duelo
Es mostrar, cuando la carga
De la existencia maldita
Dios nos quita,
Si tras de una vida amarga,
Muriendo se resucita?

No dó á vuestra alma afligida
La más leve pesadumbre
Esa negra incertidumbre
Del *más allá* de la vida.
Si es mentida
La fé de ulterior solaz,
Al ménos, los que viviendo
Van gimiendo,

En otro mundo de paz
Resucitarán muriendo.

Ya habita, aunque el desconsuelo
Os haga implacable guerra,
Un *triste* ménos la tierra,
Y un *dichoso* más el cielo.

De su vuelo
Ireis vos, muriendo, en pos,
Si á Dios dais en implorar
Sin cesar,
Pues para justos cual vos
Morir es resucitar.

XXXII.

TODOS SON UNOS.

I.

Voy á contaros la historia
De una entrañable pasión,
Aunque se haga, á su memoria,
Pedazos mi corazón.

Que hay historias que, aunque pasan,
Por siempre, á nuestro despecho,
Los ojos en llanto arrasan,
Y ayes arrancan del pecho.

Pues siempre entre las pasiones
Hay una á cuyos reveses
Se agostan las ilusiones
Como al estío las mieses.

Cuento la historia querida
De esa pasión desgraciada
Que, aunque amarga nuestra vida,
Sin ella la vida es nada.

Pues tras de ese amor tan tierno,
Siempre queda en la memoria
Todo el dolor del infierno,
Todo el placer de la gloria.

No hay hombre que, afortunado,
Toda su vida, la idea
De un bienquerer mal pagado,
Su eterno dogal no sea.

Si la mujer con rigores
Paga tan tiernos quererres;
Si es tan cruda en sus amores,
Hombres, *¡lo que son mujeres!*

II.

Pues cuento de amor historias,
Copiaré letra por letra
El libro en que sus memorias
Grababa la hermosa Petra.

Despues de amar con locura,
Tuvo de morir la suerte;
Que hay males que sólo cura
El bálsamo de la muerte.

Petra, cual dije al principio,
Su historia dejó al mundo hecha,
Y en ella hasta el menor rípio
Es para el alma una flecha.

Pues no hay sensible lectora
Que, al repasar sus anales,
Si á todo llorar no llora,
No exclame:—Aquí de mis males.—

Pues llega en ella á hacer ver,
De su ciencia en testimonio,
Que es un *ángel* la mujer,
Y que es el hombre un *demonio*.

Y despues que al hombre injuria
Con frases por el estilo,
De este modo el *ángel-furia*
Coge de su historia el hilo:

—Que no hay fé en hombres contemplo—
(Prosigue la hermosa Petra),

—Y son de esto buen ejemplo,
Pablo, Juan, Luis, Diego...—etcetra.

De esta manera injuriando
Sigue nombres tras de nombres,
Y al fin concluye exclamando:
Mujeres, ¡lo que son hombres!

III.

Si á los dos sexos igualo,
Es porque infiero con pena
Que, si es el hombre *algo malo*,
Es la mujer *no muy buena*.

Donde las toman, las dan,
Asienta un refran de amor;
Y cual dice otro refran,
Á un pícaro, otro mayor.

Á buena fé, mala fé;
Á un adelante, un arredo;
Quien más mira ménos ve;
Tan bueno es Juan como Pedro.

Con cuyos versos, acaso
Probar á los hombres plugo
Que el que es *víctima* en un paso,
En otro paso es *verdugo*.

Por eso sé que, al que falso
Á una mujer asesina,
Le han de servir de cadalso
Las rejas de otra vecina.

Y la que dice—no quiero,
Cuando *amor* la canto amante,
Sé que amará á otro coplero,
Aunque *epitafios* la cante.

Porque esta es la ley más triste
Que impone amor justiciero:
"Cuando quise, no quisiste,
Y ahora que quieres, no quiero."

Pues hombre y mujer son séres
Con fé igual y varios nombres,
Hombres, *¡lo que son mujeres!*
Mujeres, *¡lo que son hombres!*...

XXXIII.

PROXIMIDAD DEL BIEN.

En el tiempo en que el mundo informe estaba,
Creó el Señor, cuando por dicha extrema
El paraíso terrenal formaba,
Un fruto que del mal era el emblema,
Y otro fruto que el bien simbolizaba.

Del miserable Adán al mismo lado
El Señor colocó del bien el fruto;
Pero Adán nunca el bien halló, ofuscado,
Porque es del hombre mísero atributo
Huir del bien, del mal siempre arrastrado.

El fruto que del mal el símbolo era
Puso Dios escondido y muy lejano;
Pero Adán lo encontraba donde quiera,

Abandonando en su falaz quimera,
Por el lejano mal, el bien cercano.

¡Ah! siempre el hombre en su ilusion maldita
Su misma dicha en despreciar se empeña,
Y al seguirla tenaz, tenaz la evita,
Y aunque en su mismo corazon palpita,
¡Lejos, muy lejos, con afan la sueña!...

XXXIV.

PLACERES TRISTES.

Que te admire no es justo,
Si á bostezar empiezas,
La turba que á admirarte vá al teatro.
¿Quién ha de ver con gusto
Que pertinaz bostezas
Una vez, y otra vez, y tres y cuatro?
¡Ay, prenda que idolatro,
Ahora sé, á pesar mio,
Que es el placer la fuente del hastío!

Si el ver tantos galanes
Tu bostezo provoca,
¿Qué harás cuando estés sola, Rosalia?
No juzné, voto á Sanes,
Tan inmensa esa boca
Que há poco me llamaba: «vida mia.»
¡Cuánta razon tenia

Quien dijo sábiamente
Que son los goces del hastío fuente!

En tus ojos serenos
 Hoy se ve una zozobra
 Que ya la bilis de tu madre exalta.
 ¿Qué echas de más ó menos?
 ¿Es tu madre quien sobra?
 ¿Soy yo (¡quíéralo Dios!) lo que te falta?
 ¿Por qué el dolor te asalta?
 ¿Será cierto, bien mio,
Que es el placer la fuente del hastío?

Desde... (ya tú me entiendes),
 Yo tambien, Rosalía,
 Con honda pena ¡ay de mí triste! lídido.
 ¡Cómo en rubor te enciendes!
 ¡Llora, sí, vida mia,
 Despues de tanto amor, tanto fastidio!
 Lloremos (pese á Ovidio),
 Aunque mi amor lo siente,
¡Que son los goces del hastío fuente!

Si el placer que gozamos
 Nuestras almas abisma

En un fiero dolor que nos devora,

Trás la virtud corramos,

Pues tan sólo á sí misma

Eternamente la virtud se adora.

¡Oh, mal haya la hora

En que aprendí, bien mio,

Que es el placer la fuente del hastío!

XXXV.

LA DICHA ES LA MUERTE. (*Nota XII.*)

¡Sarcasmo ruin de la suerte
Para el alma dolorida,
No ver hermosa la vida,
Sino al dintel de la muerte!

(E. FLORENTINO SANZ.)

I.

—¡Niño! á quien guarda el maternal cuidado,
Pues que mi pecho tras la dicha vá,
Tal vez la dicha encontraré á tu lado.

LA MADRE.

—¡Llorando el niño entre mi seno está:
Id más allá!...

II.

—¡Hermosas! sólo, en extranjera tierra,
Prestadle dicha á quien tras ella vá,
Pues tantas dichas vuestro amor encierra.

LAS HERMOSAS.

— ¡Triste del sér que idolatrando está:
Id más allá!

III.

— ¡Magnates, hoy vuestra piedad imploro;
 Loco mi pecho tras la dicha vá;
 Si el oro dá la dicha, prestadme oro.

LOS MAGNATES.

— ¡Ved que amagándoos el puñal está:
Id más allá!

IV.

— ¡Ancianos! presa de infernal batalla
 Si pecho en pos de la ventura vá,
 Ni al borde mismo de la tumba se halla?

LOS ANCIANOS.

— ¡Ni al borde mismo de la tumba está:
Id más allá!...—

DOLORAS.

SEGUNDA PARTE.

DOLORAS.

XXXVI.

LA OPINION. (*Nota XIII.*)

A MI QUERIDA PRIMA, JACINTA WHITE DE LLANO, EN LA MUERTE
DE SU HIJA.

¡Pobre Carolina mía!
¡Nunca la podré olvidar!
Ved lo que el mundo decia
Viendo el féretro pasar:

Un clérigo.—Empiece el canto.
El doctor.—¡Cesó el sufrir!
El padre.—¡Me ahoga el llanto!
La madre.—¡Quiero morir!

Un muchacho.—¡Qué adornada!

Un joven.—¡Era muy bella!

Una moza.—¡Desgraciada!

Una vieja.—¡Feliz ella!

—¡Duerme en paz! dicen los buenos.

—¡Adios! dicen los demás.

Un filósofo.—¡Uno menos!

Un poeta.—¡Un ángel más!

XXXVII.

¡QUIÉN SUPIERA ESCRIBIR! (Nota xiv.)

—Escribidme una carta, señor Cura.

—Ya sé para quién es.

—¿Sabéis quién es, porque una noche oscura
Nos visteis juntos?—Pues.

—Perdonad; mas...—No extraño ese tropiezo.

La noche... la ocasion...

Dadme pluma y papel. Gracias. Empiezo:

Mi querido Ramon:

—¿Querido?... Pero, en fin, ya lo habeis puesto...

—Si no quereis...—¡Sí, sí!

—¿Qué triste estoy! ¿No es eso?—Por supuesto.

—¿Qué triste estoy sin tí!

Una congoja, al empezar, me viene...

—¿Cómo sabeis mi mal?...

—Para un viejo, una niña siempre tiene

El pecho de cristal.

*¡Qué es sin tí el mundo! Un valle de amargura.
 ¡Y contigo! Un eden.*

—Haced la letra clara, señor Cura;
 Que lo entienda eso bien.

—*El beso aquel que de marchar á punto
 Te dió...—¡Cómo sabeis!...*

—Cuando se vá y se viene y se está junto,
 Siempre... no os afrenteis.

*Y si volver tu afecto no procura,
 Tanto me harás sufrir...*

—¡Sufrir y nada más? No, señor Cura,
 ¡Que me voy á morir!

—¡Morir? ¡Sabeis que es ofender al cielo...

—Pues, sí señor ¡morir!

—Yo no pongo *morir*.—¡Qué hombre de hielo!
 ¡Quién supiera escribir!

¡Señor Rector, señor Rector! en vano
 Me queréis complacer,
 Si no encarnan los signos de la mano
 Todo el sér de mi sér.

Escribidle, por Dios, que el alma mia
 Ya en mí no quiere estar;
 Que la pena no me ahoga cada dia...
 Porque puedo llorar.

Que mis lábios, las rosas de su aliento,
No se saben abrir;
Que olvidan de la risa el movimiento
A fuerza de sentir.

Que mis ojos, que él tiene por tan bellos,
Cargados con mi afán,
Como no tienen quien se mire en ellos,
Cerrados siempre están.

Que es, de cuantos tormentos he sufrido,
La ausencia el más atroz;
Que es un perpétuo sueño de mi oído
El eco de su voz...

Que siendo por su causa, el alma mía
¡Goza tanto en sufrir!...
Dios mío, ¡cuántas cosas le diría
Si supiera escribir!...

—Pues señor, ¡bravo amor! Copio y concluyo:
A don Ramon..... En fin;
Que es inútil saber para esto arguyo
Ni el griego ni el latin.—

XXXVIII.

AMAR AL VUELO. (Nota xv.)

A LA NIÑA ASUNCION DE ZARAGOZA Y DEL PINO.

I.

Así niña encantadora,
Porque tus gracias no roben
Las huellas que el tiempo deja,
Juega como niña ahora,
Como niña cuando jóven,
Como jóven cuando vieja.
Por mis muchos desengaños,
Te ruego, Asuncion querida,
Que ames mientras tengas vida
Como amas á los seis años.
Justamente, de ese modo;
Amando desamorada;
Así, no queriendo nada,

Esto es, quiriéndolo todo;
Anhelante y sin anhelo,
Ya resuelta, ya indecisa,
Pasa de la risa al duelo,
Pasa del duelo á la risa;
Así, de prisa, de prisa;
Todo *al vuelo*, todo *al vuelo*.

II.

Sé amorosa y nunca amante;
Lleva á la vejez tu infancia;
Sé constante en la inconstancia,
Ó en la inconstancia constante;
Que en amor creen los más duchos,
Contra los que son más locos,
Que en vez de los pocos muchos,
Valen más los muchos pocos;
Y cuando tu lábio bese,
Que formule un beso insápido,
Inerte, ostentóreo y rápido...
Pues, así, lo mismo que ese.
Nunca beses como loca,
Besa como una loquilla;
Jamás... jamás en la boca,
Siempre, siempre en la mejilla;

Ten presente que la abeja,
Queriendo entrañar la herida,
La desventurada deja
Entre la muerte la vida.

III.

¡Si! si lo mismo que hoy eres
La hermosa entre las hermosas,
Ser, mientras vivas, quisieres
Dichosa entre las dichosas,
Tal ha de ser tu divisa:
Amar muy poco y de prisa,
Como hacen las mariposas;
Aunque no importa realmente
Que ames infinitamente,
Si amas infinitas cosas.

IV.

Son tan cuerdos mis consejos,
Que me atreveré á jurarte
Por mis ojos que, aunque viejos
Aun, Asuncion, al mirarte,
Aspiran á ser espejos,

Que aplicando estos consejos
A mi vejez, todavía
Pienso curar, hija mía,
De mi corazón las llagas;
Llagas ¡ay! que no tendría,
Si yo hubiera hecho algún día
Lo que te aconsejo que hagas.

V.

Para ver si es verdadero
Lo que un apóstol revela,
—Que lo fijo es pasajero,
Que sólo es real lo que *vuela*,—
Tiende el rostro, hermosa niña,
Como ese cielo sereno,
Ya al cielo, ya á la campiña,
Y verás de una mirada
Que es lo más rico ó más bueno
Lo que *vuela* ó lo que nada,
Como la espuma en los mares,
En el cielo los fulgores,
El incienso en los altares,
En los árboles las flores,
Los celajes en el viento,
En el viento los sonidos,

La vida en nuestros sentidos,
Y en la vida el pensamiento.

VI.

Sigue el plan á que te exhorto,
Amando *al vuelo*; hazte cargo
Que el viaje es largo, ¡muy largo!...
Y el tiempo corto, ¡muy corto!...
Sé ligera, no traidora;
Sopla el fuego que no abrasa;
Quiere, como el que no quiere;
Sea siempre como ahora,
Tu llanto, nube que pasa,
Tu risa, luz que no muere;
Ama mucho, mas de modo
Que estés siempre enamorada
De un cierto todo que es nada,
De un cierto nada que es todo.
Si ries, olvida el duelo;
Si lloras, pasa á la risa;
Así... de prisa, de prisa;
Todo *al vuelo*, todo *al vuelo*.

XXXIX.

EL BESO. (*Nota XVI.*)

Mucho hace el que mucho ama.
(*Kempis, libro I.º, capitulo XV.*)

I.

Me han contado que al morir
Un hombre de corazon,
Sintió ó presumió sentir,
En Cádiz repercutir
Un beso dado en Canton.
¿Que es imposible, Asuncion?...
Veinte años hace que dí
El primer beso ¡ay de mí!
De mi primera pasion...
¡Y todavia, Asuncion,
Aquel frio que sentí,
Hace arder mi corazon!

II.

Desde la ciega atraccion,
Beso que dá el pedernal,

Subiendo hasta la oracion,
Último beso mental,
Es el beso la expansion
De esa chispa coelestial
Que inflamó la creacion,
Y que en su curso inmortal
Vá de crisol en crisol
Su intensa llama á verter
En la atmósfera del sér
Que de un beso encendió el sol.

III.

De la cuna al ataúd
Vá siendo el beso, á su vez,
Amor en la juventud,
Esperanza en la niñez,
En el adulto *virtud*,
Y *recuerdo* en la vejez.

IV.

¿Vas comprendiendo, Asuncion,
Que es el beso la expresion
De un idioma universal

Que, en inextinto raudal,
De una en otra encarnacion
Y desde una en otra edad,
En la mejilla es *bondad*,
En los ojos *ilusion*,
En la frente *majestad*,
Y entre los labios *pasion!*

V.

¿Nunca se despierta en tí
Un recuerdo, como en mí,
De un amante que se fué?...
Si me contestas que sí,
Eso es un beso, Asuncion,
Que en alas de no sé qué,
Trae la imaginacion.

VI.

¡Gloria á esa oscura señal
Del hado en incubacion,
Que es el germen inmortal
Del alma en fermentacion,
Y á veces trasunto fiel

De todo un mundo moral;
Y si no, dígalo aquel
De entre el cual y bajo el cual
Nació el alma de Platon!

VII.

¡Gloria á esa condensacion
De toda la eternidad,
Con cuya tierna efusion
Á toda la humanidad
Dá la paz, la religion;
Con la cual la caridad
Siembra en el mundo el perdon;
Himno á la perpetuidad,
Cuyo misterioso són,
Sin que lo oiga el corazon,
Saena en la posteridad!

VIII.

¡Vas comprendiendo, Asuncion?
Mas por si acaso no crees
Que el beso es el conductor
De ese fuego encantador

Con que este mundo que vos
Lo ha animado el Criador...
Prueba á besarme, y despues
Un beso verás cómo es
Esa copa del amor
Llena del vital licor
Que en el humano festin,
De una en otra boca, al fin
Llega, de afan en afan,
Á tu boca de carmin
Desde los labios de Adan.

IX.

Prueba en mí, por compasion,
Esa clara iniciacion
De un oscuro porvenir;
Y entonces, bella Asuncion,
Comprenderás, si al morir,
Un hombre de corazon,
Habrà podido sentir,
En Cádiz repercutir
Un beso dado en Canton.

XL.

LO QUE ES ETERNO.

DEDICADA AL CONDE DE SAN LUIS CON MOTIVO DE LA FUNDACION DEL
TEATRO ESPAÑOL.

I.

LA INTELIGENCIA.

Pasan un siglo y cien, el tiempo pasa
Como Escita que mata á la carrera;
Verdugo y creador, en cuanto impera,
Lo humilde encumbra, y lo soberbio arrasa.

La vida el tiempo á cuanto existe tasa,
Mas, siempre inútil, su guadaña fiera
Sobre el grande Platon, era tras era,
Con excusado afan pasa y repasa.

Y es que la idea que en los cielos flota,
Fija cual Dios, como de Dios esencia,
Del tiempo móvil la guadaña embota.

Por eso, al declinar de la existencia,
De entre las ruinas de los mundos brota,
Crisálida inmortal, la inteligencia.

II.

LA VIRTUD.

Penélope es el tiempo, que hoy se afana
En destejer la vida ayer tejida;
No hay en el mundo edad que un sol no mida,
Ni hay un sol que resista á algun mañana.

Sólo del tiempo en la extension lejana
Sobrenada de Sócrates la vida;
Que es bella espuma la virtud salida
Del Océano de la vida humana.

Y es que de la virtud el santo anhelo
Burla del tiempo la eternal victoria,
Sobre cuanto hay mortal alzando el vuelo.

Por eso, como esencia de la gloria,
Vá cual perfume embalsamando el cielo
Sagrada efflorescencia de la historia.

III.

EL TEATRO.

El tiempo, ese Saturno cuya saña
Se goza en devorar sus creaciones,
Jamás en sus sangrientas irrupciones
Tu templo arrasará, gloria de España.

No estirpará del tiempo la guadaña
Ese estadio de heróicas acciones;
No se extingue la voz de los Platones,
Ni el brillo de los Sócrates se empaña.

Cuando tu obra inmortal al mundo asombre,
Mostrando ejemplos de virtud y ciencia,
Glorioso entre ellos sonará tu nombre.

¡Ah! ¡dichoso el que adhiero su existencia
A la virtud, perpétuo bien del hombre,
Y á la eterna verdad, la inteligencial!

XLI.

FUENTE INAGOTABLE.

A MI AMIGO DON TEODORO GUERRERO.

I.

¡Amé una vez, y dos, inmensamente,
Y tres... y acaso más!

¡Del corazón la inextinguible fuente
No se agota jamás!

¡Magnífico está el baile! ¡Encantadora
Se halla prendida así!

Resúmen de la vida en una hora
Es la existencia aquí.

¡Mirad qué hermosa está! ¡Si no la miro
Siquiera en ilusión,

Falta una cosa al aire que respiro!...
¡Otra vez, corazón!

II.

Mientras bailamos ¡ay! el tiempo vuela...

Pero ¿qué hemos de hacer?

La vida humana al fin sólo es la tela

De que se hace el placer.

Allí vá. ¡No, no vá! ¡Mi pensamiento,

De su imagen en pos,

Aquí y allí, en la tierra y en el viento,

La crea, como Dios!

¡Maldito corazón, que nunca cesa

De mudar y querer;

La carne de mi espíritu es hoy esa,

Como otra ha sido ayer!

¡Ira del cielo! Como nunca tierna,

Baila con otro... ¡Oh Dios!

¡La breve vida á veces es eterna!

Ya vá un instante... dos...

¡Ni una mirada de su amor merezco!

Van cuatro... seis... ¡Pardiez!

¡Cuando ella no me mira me aborrezco!

Van ocho... nueve... diez...

¡Y once van ya! ¡la eternidad entera
Tarda tanto en pasar?...
¡Oh, cuánto gemiría, si pudiera
Gemir sin respirar!

Vamos como ella, á enloquecer con esa,
Y con esta tambien...
—¡Divino! Concepcion.—¡Bravo! Teresa.
¿Que si vas bien? ¡Muy bien!

No quisiera más dias de contento,
Mercedes, por quien soy,
Que de besos te dan de pensamiento,
Cuantos te miran hoy.—

¡Huyamos de ella, huyamos, alma mia!
¿Cómo huir, ¡maldición!
Si exceptuando su amor, todo me hastía?
¡Otra vez, corazón!

III.

¡En baile! ¡Vedla como siempre hermosa!
—¿Que estoy muy triste, Inés?
Tú no entiendes mi pena, eres dichosa.
¿Que es porque no amo? ¡Pues!

Te se ha subido, Inés, con el contento
Al rostro el corazón;
Y eso no es, vive Dios, el sentimiento;
Eso es la sensación.

—¡En baile! ¡En baile!—Tu semblante augura
Castidad y salud;
Bien dicen, Asuncion, que la hermosura
Es casi una virtud.

¿Quién hoy, responde, tus encantos labra?
¿Dices que es la pasión
Ventura que deshace una palabra?
(¡Cruel! ¡Tiene razón!)

• IV.

(¡Allí pasa otra vez! Mas no; es mi anhelo
Que se lo forja así...)
—¿Que en qué pienso, Leonor, mirando al cielo?
¿Qué he de pensar? En tí.

¿Quién besará, mi bien, lábios tan bellos?...
Mas perdona, Leonor;
Quise decir: poner el alma en ellos...
¡Bendigo tu pudor!

Cuando te ví, cruzó por mi cabeza
 Un pecado venial...
 ¿Si habrán dicho por tí que es la belleza
 Demonio temporal?

Tu pupila, esa entrada de los cielos,
 Me llena de embriaguez;
 No eres mia, Leonor, y tengo celos.
 ¿Que es envidia? Tal vez.

—¡Bella música, á fé! ¡Cuál corresponde
 Su acento á mi pasion!...
 Esto lo oí con ella no sé dónde...
 ¡Siempre *ella*, corazon!

¡Qué sufrir!—Luz, no sufras; es el modo
 De que sufran por tí;
 Una mujer que me lo cuenta todo,
 Me lo ha contado así...—

Pasó el baile y la noche. ¡Con el dia
 Ya vendrá otra embriaguez!...
 ¿Dónde la muerte está de esta agonía?...
 ¡Otra vez, corazon! ¡ay! ¡otra vez!

XLII.

¡MÁS!... ¡MÁS!...

¡Piensas satisfacer tu apetito?
Pues no lo alcanzarás.

(Kempis, libro I.º, capítulo XX.)

I.

Brindemos por Salomon,
Que con tan cuerdo saber
Nos pinta la condicion
Del alma de la mujer.
Ved, por ejemplo, á Leonor,
Que ya del Rhin á merced,
Ve girar en derredor
Los frescos de la pared,
Y cansada de gozar,
Aunque no harta de sentir,
Llena de pasión quizás,
Y sin quizás, de elixir,
Sintiéndose derrumbar
Á una postrer libacion,

¡Oh insaciable corazón!
Aún dice en sueños: ¡Más!... ¡Más!...

II.

¡Más! ¡Más! suprema explosion
Del pensar y del sentir,
Misteriosa evocacion
De un oscuro porvenir,
Prolífica emanacion
Que, entre gozar y sufrir,
En eléctrica ascension
Corre en eterna espiral
De eslabon en eslabon
Una cadena inmortal.
¡Más! divina aspiracion
Á otra trasfiguracion,
Como así nos lo hacen ver,
En perpétua evolucion,
Las gramas con germinar,
Las flores con florecer,
Los frutos con madurar,
Los árboles con crecer;
Y en su anhelo de llegar
Á más alto porvenir,
Cuando siente, con sentir,

Llega como el hombre á amar;
Y el hombre, supremo sér,
De todo infinito en pos,
Con pensar y con querer
Sube á arcángel, y además
Llega hasta embeberse en Dios.
¡Más! alma mia. ¡Más!... ¡Más!...

III.

¡Rhin! El *más*, en conclusion,
Es el anhelo eternal
De toda la creacion,
Siendo en fuerza desigual,
En la materia atraccion,
Tendencia en el vegetal,
En lo vital, sensacion,
Pensamiento en lo humanal:
Más, como alma, es religion;
Como espacio, inmensidad;
Como cuerpo, corazon;
Como tiempo, eternidad;
Y entre anar y florecer,
Entre pensar y sentir,
Á un fin aspira mejor,
Cuanto fué, y es, y ha de ser,
Ya fruto, ya árbol, ya flor.

¡Elixir! ¡Más elixir!
¡Brindis!... al *más* de Leonor.

IV.

¡*Más* de todo! ¡Venga Rhin!
¡*Más* aire! Abrid el balcon,
Y veremos la extension
De esa Australia celestial,
Cuyas islas de coral
Las piedras miliarias son,
Con que el principio sin fin
Marca la imaginacion
De ese insondable caudal,
De esa eterna sucesion,
Que no tienen fin jamás,
Tiempo y espacio, expresion
Del *más*, del último *más*!...

V.

¡Rhin! ¡*Más* en el tiempo qué es?
Contad un dia y un mes,
Luego un siglo, despues mil;
Siglos de siglos despues
Con la cabeza febril
Por siglos multiplicad;

Y despues que acumuleis
 A toda una eternidad,
 Si no amengua vuestro ardor
 Jamás, jamás y jamás,
 Aún acumular podeis
 Cien eternidades más,
 Del postrer jamás al fin...
 ¡Siempre *más!* ¡Gloria á Leonor,
 Rhin, Ganimédes, *más* Rhin!...

VI.

¡Rhin, Rhin! como en la evasion
 Del tiempo que se nos vá,
 Tambien se halla en la extension
 Ese eterno más allá.
 Sumad un mundo, dos, tres,
 Y cuatro, y mil y un millon,
 Y mil millones despues,
 Y hallareis, en conclusion,
 De vuestras sumas al fin,
 Del postrer mundo al través,
 Siempre otro mundo detrás...
 ¡Rhin, Ganimédes, *más* Rhin!...
 ¡*Más!*... ¡mucho *más!*... ¡mucho *más!!!*...

XLIII.

COSAS DEL TIEMPO.

Pasan veinte años; vuelve él,
Y al verse, exclaman él y ella:
(—¡Santo Dios! ¿y éste es aquel?...)
(—¡Dios mío! ¿y ésta es aquella?...)

XLIV.

ENGAÑOS DEL ENGAÑO.

- ¡Cuánto creía en tí, cuánto creía!
—Te juro que, aunque infiel, soy inocente.
—¿No pensabas amarme eternamente?
—Yo lo pensaba así, querida mía.

De mi error en disculpa, este letrero
Sobre mi tumba dejaré grabado:
«Perdónale al infiel que te ha engañado,
Porque á sí mismo se engañó primero.»—

XLV.

TODO ESTÁ EN EL CORAZON.

La reina que enloquecía
Por Don Felipe el Hermoso,
La tumba al ver de su esposo,
—¡Todo está allí!!—se decia.
Sus restos exhumó un día,
Mas nada allí vió; y así,
En vez del—todo está allí,—
Desde tan triste ocasion,
Señalando al corazon,
Decia:—¡Todo está aquí!—

XLVI.

¿QUÉ ES AMOR? (Voto xvii.)

Cual es cada uno en lo interior,
tal juzga lo de fuera.

(Kempis, libro II, capítulo IV.)

Dudando, Enriqueta, tu pura inocencia,
Si amor, que aún no sientes, es dicha ó dolor,
Pretendes que diga mi amarga experiencia,
¡Feliz, pues lo ignoras! ¿qué cosa es amor?

¡Alzad de las tumbas, y al par de la brisa
Cruzad, bellas sombras, dejando el no sér!
La Estuardo, Francisca, Lucrecia, Eloisa,
¡Dementes sublimes! decid, ¿qué es querer?

—Querer, un misterio,—comienza la Estuardo,
Que á dos funde en uno, partiendo uno en dos.—
¿Qué son tus amores, amor de Abelardo?
—Infierno de dichas y cielo sin Dios.

No amar siendo amada,—prosigue, *no es vida*;—
 No ser nunca amante ni amada, es *no ser*;
 Querer, el *infierno*, no siendo querida;
 Mas, siendo querida, la *gloria* es querer.—

¡Perdona, oh perpétuo pudor de la historia,
 Perdona á mi musa, si evoca en tropel
 Los nombres que fueron escándalo ó gloria:
 Cleopatra, la Cava, Teresa, Raquel!

Dejad los sepuleros, falanje divina,
 Tomando á mi acento las formas de sér:
 Elena, Artemisa, Judith, Mesalina,
 ¡Honor ó vergüenza! decid, ¿qué es querer?

Decidme si es fiebre que el alma envenena,
 Ó sólo un deleite que se une al pudor:
 Semíramis, Safo, Ninon, Magdalena,
 ¡Falsarias eternas! ¿qué cosa es amor?

Teresa la santa, más bien la divina,
 —Amor,—dice,—junta ternura y deber.
 —Amar es,—replica la vil Mesalina,—
 Hallar el descanso, cansando el placer.

—Amor pierde,—dicen la Cava y Elena,—
 La fé y patria siempre, los goces jamás.

—Es,—dice, gimiendo de amor Magdalena,—
Gozar mucho, y luego llorar mucho más.—

Y Safo, con fiebre de amor que no espera,
—Morir por quien se ama,—prorumpo—es querer.
—Es cierto,—responde Lucrecia altanera:
Morir por quien se ama, si se ama el deber.

—Vivir en la mente,—prosigue Artemisa,—
De aquel que amó mucho, y amó porque sí.
—Vivir siempre en otro,—murmura Eloisa.
Semíramis dice:—Vivir otro en mí.

—¡Hablar con el aire!—de amor satisfecha,
¡Mal haya su boca! prorumpo Ninon:—
Amores sin crímen, son sueños sin fecha;
Pasión que no afrenta, no es digna pasión.—

¡En fin! ¡halla el que ama la gloria ó el infierno!
¡Aquí las perjuras! ¡Las fieles aquí!
Decidme, en resumen, lo que es ese eterno
Deseo que miente, mintiéndose á sí.

—¡Morir!—dice Safo. Francisca,—¡el incesto!—
Teresa,—aquel místico amor del amor!—
Judith y Lucrecia,—¡gozar con lo honesto!—
Cleopatra,—¡la orgía!—Raquel,—¡el pudor!—

¡Silencio! así al mundo volvieron demente;
Aún dudan hoy locas, más locas que ayer,
Si amor dá delicias, ó si es solamente
Perder la ventura buscando el placer.

¡Huid! falsas dueñas de todos los dueños
Que el mundo anegaron en llanto por vos,
Que hacéis de la vida ya un sueño de sueños,
Que hacéis de la carne ya un mónstruo, ya un dios.

¡Amor en vosotras es todo ó no es nada,
Verdad ó mentira, virtud ó placer?
¡Odiosa falanje del mundo adorada,
Pues sois siempre un caos, ¡tornad al no sér!

¡Maldito aquelarre de diosas, que ignora
Si amor cura ó mata, si afrenta ó dá honor!
—Ya oíste, Enriqueta; si sabes, ahora
Responde tú misma: ¿qué cosa es amor!—

XLVII.

LAS DOS GRANDEZAS. (*Nota xviii.*)

Uno altivo, otro sin ley,
Así dos hablando están:
—Yo soy Alejandro el rey.
—Y yo Diógenes el can.

—Vengo á hacerte más honrada
Tu vida de caracol.
¿Qué quieres de mí?—Yo, nada;
Que no me quites el sol.

—Mi poder...—Es asombroso,
Pero á mí nada me asombra.
—Yo puedo hacerte dichoso.
—Lo sé, no haciéndome sombra

—Tendrás riquezas sin tasa,
Un palacio y un dosel.

—¿Y para qué quiero casa
Más grande que este tonel?

—Mantos reales gastarás
De oro y seda.—¡Nada, nada!
¿No ves que me abriga más
Esta capa remendada?

—Ricos manjares devoro.
—Yo con pan duro me allano.
—Bebo el Chipre en copas de oro.
—Yo bebo el agua en la mano.

—Mandaré cuanto tú mandes.
—¡Vanidad de cosas vanas!
¿Y á unas miserias tan grandes
Las llamas dichas humanas?

—Mi poder á cuantos gimen,
Vá con gloria á socorrer.
—¡La gloria! capa del crimen;
Crimen sin capa ¡el poder!

—Toda la tierra iracundo
Tengo postrada ante mí.
—¿Y eres el dueño del mundo,
No siendo dueño de tí?

—Yo sé qué, del orbe dueño,
Seré del mundo el dichoso.

—Yo sé que tu último sueño
Será tu primer reposo.

—Yo impongo á mi arbitrio leyes.
—¿Tanto de injusto blasonas?
—Llevo vencidos cien reyes.
—¡Buen bandido de coronas!

—Vivir podré aborrecido,
Mas no moriré olvidado.
—Viviré desconocido,
Mas nunca moriré odiado.

—¡Adios! pues romper no puedo
De tu cinismo el crisol.
—¡Adios! ¡Cuán dichoso quedo,
Pues no me quitas el sol!—

Y al partir, con mútuo agravio,
Uno altivo, otro implacable,
—¡Miserable! dice el sábio;
Y el Rey dice:—¡Miserable!

XLVIII.

ACHAQUES DE LA VEJEZ.

No confíes, ni estribes sobre
la caña hueca; porque toda
carne es hucio y toda su gloria
caerá, como su flor.

(Kempis, libro II, capítulo VII.)

I.

Si no me atáran los piés
La gota, y la que no lo es,
Contigo iria hasta el fin
De ese encantado jardin.
¡Rompamos la marcha, pues!
Ea, á la una, á las dos,
Á las... ¡por vida de Dios!
Tenme, no me caiga, Inés.

II.

¡Ah! ¡cómo enciende de amor
De tus ojos el color;

El mismo con que Rafael
Nos pinta la caridad!
A su dulce claridad,
Cien vueltas á este vergel
Diera de buen grado, Inés;
Mas ¡qué importa ¡maldición!
Que me arrastre el corazon,
Si me flaquean los piés!

III.

¡Bien! De nuevo tu beldad
Nueva extension dá á mi sér,
Y de mi primera edad
Ya casi siento el placer;
Inés, ¡qué felicidad
Si ahora á mi voluntad
Igualase mi poder!
Ya dí un paso. ¡Vuelve á mí,
Fuego de mi corazon,
De ese éter universal
Donde en deliquio inmortal
De expansion en expansion
Toda la vida vertí!
Otro paso. ¡Bien! ¡Muy bien!
Como el de Vénus, tambien,

Inés, tu talle español
Arrastra á cuantos lo ven,
Subiendo de sol en sol
Derechos hasta el Eden.
¿Ves? Ya me siento ascender;
Demos la vuelta hasta el fin
De este encantado jardín;
¿Á ver cómo marchó, á ver?
¿Dices que tiemblo? ¡No... no...
Es que la tierra, cual yo,
Vibra también de placer!
¿Oyes? ¡Cuán bien con su amor
Celebra ese ruiseñor
Nuestro epitalamio actual!...
Pero, por vida de tal,
Que á los tres pasos, Inés,
Del exceso del sentir
Se me van algo los piés...
Y además, al percibir
Cómo me hiela el sudor,
Ya comienzo á presentir
Que ese inocente cantor
Á la entrada del Eden,
En vez de este mútuo amor,
Acaso ¡fatalidad!
¿Está cantando más bien
Mi union con la eternidad!

IV.

¡Ay, Inés! ¡no puedo más!
Pongamos al viaje fin.
Aquí estoy bien, y además
Siempre está, donde tú estás,
El oasis del jardín.
¡Gracias, mi esposa! ¡Tú aún creés
Que este corazón senil
No es un árbol sin calor,
Cuando con tan tierno amor
Mi mano coges, Inés,
Con el mismo aire gentil
Con que se coge una flor!
¡Ay! ignora tu bondad,
Como ignoró mi ilusión,
Que es inútil la beldad
Cuando ya en el corazón
Queda sólo la razón,
Flor de la esterilidad!
Sentémonos, pues, aquí,
A las puertas del Edén;
Y mientras maldigo así
Este cuerpo baladí,
Perdona el error de quien
Se está muriendo por tí.
Muriéndome, Inés, ¡sí! ¡sí!

Por eso creyendo voy
Que evaporado ya soy
Errante espectro de mí.

V.

Mas si no alcanzo al honor
De dar dos vueltas ó tres,
No es por falta de valor,
Como tú sabes, Inés;
Tan solamente ¡oh dolor!
Por estos malditos piés,
No puedo entrar, como ves,
En el templo del amor.

Y ya que has llegado á ver
Que para poder entrar
Sólo me falta tener
Los piés que me han de llevar,
Te prometo, hermosa Inés,
Que en cuanto yo tenga piés,
En tí, por tí y para tí
Iré hasta el templo que ves,
Y alguna vez más allá...
¿Dices que ahora? ¡Ay de mí!
La voluntad está aquí;
Mas ¿y los piés? ¡Ahí está!...

XLIX.

SUFRIR ES VIVIR. (*Nota XIX.*)

A MI QUERIDO AMIGO DON EDUARDO BUSTILLO.

Maldiciendo mi dolor,
A Dios clamé de esta suerte:
—Haced que el tiempo, Señor,
Venga á arrancarme este amor
Que me está dando la muerte.—

Mis súplicas escuchando,
Su interminable camino
De orden de Dios acortando,
Corriendo, ó más bien, volando,
Como siempre el tiempo vino.

Y—voy tu mal á curar,—
Dijo; y cuando el bien que adoro
Me fué del pecho á arrancar,

Me entró un afán de llorar
Que, aún de recordarlo, lloro.

Temiendo por mi pasión
Penas sufrí tan extrañas,
Que aprendió mi corazón
Que una misma cosa son
Mis penas y mis entrañas.

Y feliz con mi dolor,
Gritó mi alma arrepentida:
—Decid al tiempo, Señor,
Que no me arranque este amor,
Que es arrancarme la vida.—

L.

LOS DOS ESPEJOS. (Nota xx.)

En el cristal de un espejo
A los cuarenta me ví,
Y hallándome feo y viejo,
De rábía el cristal rompí.

Del alma en la transparencia
Mi rostro entonces miré,
Y tal me ví en la conciencia,
Que el corazon me rasgué.

Y es que, en perdiendo el mortal
La fé, juventud y amor,
¡Se mira al espejo, y mal!
¡Se ve en el alma, y... peor!

LI.

LA FÉ Y LA RAZON.

A DON NICOMEDES MARTIN MATEOS.

I.

La Reina de Suecia un día,
Recibiendo gravemente
Lección de filosofía,
A Descartes le decía
Con gravedad lo siguiente:

—Llevais, maestro, al exceso
De mi ignorancia la fé:
PIENSO, luego SOY; no es eso:
Pienso, luego sé que sé.

Ya veis que empiezo á dudar,
Como vos, para creer.

Pero antes de comenzar,
Decidme: ¿es sér el pensar?
¿Acaso el sér es saber?

No os altereis; con paciencia
Probaré que vuestra ciencia
Puede resumirse así:
Yo *soy* lo que *es*. Consecuencia:
No hay verdad en la experiencia,
Ni dicha fuera de mí,
Pues que saca la conciencia
Fé, dicha y verdad, de sí.

¿Mi deducción no es probada?
Sin duda, pues la acomodo
A vuestra tesis sentada:
Yo *soy sólo el sér*; de modo
Que si es mi conciencia todo,
Todo lo demás es nada.

¡Oh maldito escepticismo!
¿No estais viendo, hombre inhumano,
Que con atroz ateísmo
Lanza vuestra impía mano
A Dios y al mundo á un abismo,
Siendo el pensamiento humano

De sus juicios soberano,
Y único juez de sí mismo?

¡Horrible es la ciencia, sí,
Que hasta de la fé el consuelo
Mata, pues juzgando así,
Si existe Dios en el cielo,
Sólo es porque existe en mí!

¡Maestro! vuestra opinion
Que es ilusion confesad,
Y si no es una ilusion,
Mi mente es la autoridad;
La dicha es mi corazon;
Soy lo que es, y en conclusion;
Mi verdad es la verdad,
Mi razon es la razon.—

II.

Descartes, despues de oir
Á su alumna en aquel dia,
De tristeza que tenia
Se puso el pobre á morir,
Y así muriendo decia:

—¡Ay! ¿qué puedo conocer,
 Gran Dios, si ignoro yo mismo
 Si es igual pensar y sér?
 ¿Cómo salvaré el abismo
 Que hay entre el sér y el saber?
 ¿Dónde estás, razon que adoro?
 ¡Valedme, adorada fé!
 ¿Cuál es la verdad que exploro?
 Ya sé que soy: bien, ¡y qué?
 ¡Nada! Excepto el *sé que sé*,
 Todo lo demás lo ignoro.

¡Noble razon! ¡santa fé!
 ¿Eternamente estaré
 Entre una y otra en suspenso?
 No hay duda: pienso que pienso,
 Mas lo que pienso no sé.

¿Será verdad que mi ciencia
 Vá del ateísmo en pos,
 Y que, sin fé ni experiencia,
 No existe más ley de Dios
 Que la ley de la conciencia?

¡Grande es mi error, pese á tal!
 Soy porque pienso; ¡y despues?

Despues ya no hay bien ni mal,
Pues cada hombre entonces es
Centro del mundo moral.

¿Y cómo ha de hallar el alma
En este mundo quietud,
Sin virtud que dé la calma,
Sin fé que dé la virtud?

¡Sacadme, Dios de bondad,
De esta eterna confusion!
¿Mi verdad es la verdad?
¿Mi razon es la razon?—

III.

Cuando Descartes murió,
Cristina del *sé que sé*
Las consecuencias sacó,
Y á Monaldeschi mató;
Dió á su trono un puntapié;
Su religion abjuró;
Y al fin refugio buscó
En la católica fé.
Tal fué su historia. De suerte
Que, de cuanto hay aburrída,
Yendo hácia la eterna vida

Que no muere con la muerte,
El célebre *sé que sé*
Dió al olvido, y de este modo
Halló la ciencia en la fé,
Última verdad de todo.

Y próxima ya á llegar
A aquel último momento
En que engañar el pesar
Es nuestro sólo contento,
Decia con humildad,
Pidiendo al cielo perdon:

—Recibe, Dios de bondad,
Mi postrera confesion;
Es la fé mi autoridad,
Es el mal mi corazon:
¡No es mi verdad la verdad!
¡No es mi razon la razon!—

LII.

LAS CREENCIAS.

Deja todas las cosas transitorias, busca las eternas. ¡Qué es todo lo temporal sino engañoso!
(*Kenyis, libro 3.º, capítulo I.*)

I.

Las creencias discutir
Queriendo un Rey, llama gente
De Ocaso, Sur, Norte, Oriente,
Tanto que puedo decir
Que está allí el mundo presente.

II.

BELLEZA.

El Rey su noble cabeza
Cortés inclina hacia el suelo,

Abre la sesión, y empieza:

—Se discute la *Belleza*,

Raro presente del cielo.

—Es lo negro la hermosura,—

Dice uno de negra tez.

Otro blanco:—Es la blancura.

—Lo azul,—un indio murmura;

Y un chino:—la amarillez.

—Sí tal,—clama uno.—No tal,—

Gritan otros replicando.

Dice un griego:—Es lo ideal.—

Un francés:—La gracia andando.—

Un inglés:—Lo original.—

Queda el Rey meditabundo,

Siguen los demás sus huellas,

Y piensa:—En creer me fundo

Que si hay en él cosas bellas,

No hay tipo bello en el mundo.—

Pausa. Á tan locos extremos

Calla el concurso. Y despues

Dice un sábio:—Segun vemos,

La belleza no es lo que es,

Sino que es lo que queremos.—

Fijada así la cuestion,
Pregunta otro sábio:—¿Qué es
La belleza, en conclusion,
Si lo feo en un lapon
Es lo bello de un inglés?—

Nadie á esto respuesta dá.
El gran Rey calla y suspira,
Y dice:—Acabemos ya;
La belleza sólo está
En los ojos de quien mira.—

III.

GLORIA.

Nueva expectation. Despues
Prosigue el Rey:—Discutamos
Si nuestra *Gloria* sólo es
El Gólgotha, en que dejamos
Los primeros treinta y tres.

—De Bruto es la indignacion.
—Es de César la grandeza.
—La vanidad en accion.

— Toda la humana simpleza,
Fundida en una ilusion.

— Placer de lo extraordinario.
— Humo que despide luz.
— Luz que despide un osario.
— Dicha de llevar la cruz
A la cumbre de un calvario.

— ¡Gloria! grandeza pequeña.
— Dolor que canta una trompa.
— Verdad de todo el que sueña.
— Bazar en que el hombre enseña
De su miseria la pompa.

— Espacio que un aire llena.
— Abrir tumbas con la espada.
— Morir viviendo en escena.
— Es un néctar que envenena.
— Es darlo todo por nada.—

No viendo sino locura
En duda tan espantosa,
Con la más honda amargura,
— ¡La gloria!— el gran Rey murmura,—
¡Poca cosa, poca cosa!—

IV.

JUSTICIA.

—¿Qué es justicia, y dónde se halla?—

Dice el Rey. Á nombre tal,
Se alzan grandes y canalla,
Gritando unos:—¡La metralla!—
Diciendo otros:—¡El puñal!

—La justicia es el humor.

—Lo justo es la autoridad.—

Los grandes:—Es la bondad.—

Los reyes:—Es el rigor.—

El pueblo:—Es la libertad.

—Es—dicen los escogidos—

Que al bueno el que es malo tema.—

Y exclaman los oprimidos:

—La justicia es este lema:

¡DESDICHADOS LOS VENCIDOS!—

Á tan disorde rumor

Dice alto el Rey:—¡Basta ya!—

Y en voz baja:—Pues, señor,

Todo espectáculo está
Dentro del espectador.—

V.

VIRTUD.

Sigue el Rey con emoción,
Pero con noble actitud:
—¿La virtud es ilusión?
¿Es prueba una buena acción
De que hay tipo de *virtud*?—

Y un sábio:—Hay virtud cumplida,—
Responde—si hay quien se atreva
Á obrar siempre como deba;
Mas ¿puede haber en la vida
Juicio que esté á toda prueba?

De este sábio á la opinion
Se adhiere otro sábio más:
—¿Qué es virtud, en conclusion,
Si hay puntos donde jamás
Resiste nuestra razon?

La virtud—dice un pagano—
Es el placer que vá unido

Al bello ideal humano.

—La virtud—dice un cristiano—

Es el deseo vencido.—

Y exclama la juventud:

—La virtud no es la fortuna. —

Á lo cual la multitud

Dice:—Mas, sin duda alguna,

La fortuna es la virtud.—

Y un hombre que irracional

Toma por ciencia el desden,

Dice:—Regla general:

Dudad cuando os hablen bien;

Creed cuando os hablen mal.

—Es tristeza.—Es el contento.

—Es sufrir.—Es la salud.—

Y un epicúreo opulento

Prorumpo:—¡Virtud! ¡virtud!

Cuestion de temperamento.—

Á este axioma el Rey,—No hay tal,—

Á replicar se apresura;

—La virtud es inmortal;

Si el mundo es un cenagal,

Buscadla siempre en la altura.—

VI.

RELIGION.

Una tras otra ilusion
 Mirando desvanecidas,
 —Veamos la *Religion*,—
 Dijo el gran Rey, ya caidas
 Las alas del corazon.

Uno:—Es fé.—Y otro:—Es conciencia.
 —Es lo eterno.—Es el no sér.
 —Es fuerza.—Es benevolencia.
 —Es de Confucio la ciencia.
 —Es de Mahoma el placer.

—Silencio—el gran Rey profiere,
 La religion viendo hollada;—
 Creer sólo en lo que agrada,
 Es todo lo que se quiere,
 Y lo que es todo no es nada.

¡Inútilmente traidora,
 Dardos la impiedad te lanza,
Religion, que el mundo adora,

Fuente de nuestra esperanza,
De esta virtud que no llora!

¡Nunca el alma racional
Podrá creer que eres un sueño,
Bálsamo de todo mal,
Luz á través de la cual
Todo en el mundo es pequeño!—

VII.

Calló, y á una cortesía
Que hizo al pueblo el Rey de pié,
Todo el concurso aquel día,
Creyendo lo que creía,
Por donde vino se fué.

LIII.

AMOR Y GLORIA. (*Nota XXI.*)

¡Sobre arena y sobre viento
Lo ha fundado el cielo todo!
Lo mismo el mundo del lodo,
Que el mundo del sentimiento.
De amor y gloria el cimiento
Sólo aire y arena son.
¡Torres con que la ilusion
Mundo y corazones llena,
Las del mundo sois arena,
Y aire las del corazon:

LIV.

NUNCA OLVIDA QUIEN BIEN AMA. (*Nota xxii.*)

Ya que este mundo abandono,
Antes de dar cuenta á Dios,
Aquí para entre los dos,
Mi confesion te diré:
—Con toda el alma perdono
Hasta á los que siempre he odiado;
¡Á tí, que tanto te he amado,
Nunca te perdonaré!

LV.

TODO ES UNO Y LO MISMO. (*Nota xxiii.*)*(Axioma de Schelling.)*

Á MI AMIGO EL MARQUÉS DE MOLINS.

PRIMERA PARTE.

Á LO IDEAL POR LO REAL.

I.

Juan amaba tanto á Luisa,
Como á Luis queria Juana;
Y aunque me esponga á la risa
De la multitud liviana,
Diré que su simpatía
Rayaba en tales extremos,
Cual la que tener podemos,

Tú á tu esposa, y yo á la mía.
Sí, Marqués, no os cause espanto
El que ponga frente á frente
Su encanto con nuestro encanto;
Pues podeis creer firmemente
Que, aunque no se amasen tanto,
Se amaban inmensamente.

II.

Mas la muerte, esa tirana
Que siempre el mal improvisa,
Llevándose á Juan y á Juana,
Sólos dejó á Luis y á Luisa.

III.

Llorando la mala suerte
De los dos que se murieron,
Los vivos casi estuvieron
Á las puertas de la muerte.
¡Siempre á nuestra vida humana
Es otra vida precisa!
Así Luis quedó sin Juana,
Como al perder á Juan Luisa,

Sin que nadie amenguar pueda
Las lágrimas ¡ay! que llora,
Como se queda el que queda,
Cuando al que se vá se adora.

IV.

Desde entonces, poco á poco,
Tan loca ella como él loco,
Por cuantos sitios frecuentan,
Marchan con pasos inciertos,
¡Tan tristes! ¡tan pensativos!...
Que parece que alimentan
Las almas de los dos muertos
Los cuerpos de los dos vivos.
Y al verlos tan sólo atentos
Á su ventura ilusoria,
Sombras de dos pensamientos
Que alumbran desde la gloria,
Llama la gente liviana,
Sirviendo al vulgo de risa,
—La *loca* por Juan—á Luisa,
Y á Luis—el *loco* por Juana.—

V.

¡Luisa feliz, que en un duelo
Toda su delicia encierra,
Cual ángel que por la tierra
Cruza de paso hácia el cielo!
Sueña, sueña, ángel hermoso,
En tu dicha malograda;
Porque la dicha soñada
¡Es un sueño tan dichoso!...
¡Dichoso Luis! Sus tormentos,
En su ensueño delicioso,
Trueca en bellas ilusiones;
Lo que es horrible, en hermoso;
La realidad, en visiones;
Días de angustia, en momentos...
¡Una y mil veces dichoso
Aquel que sus sensaciones
Transfigura en pensamientos!

SEGUNDA PARTE.

Á LO REAL POR LO IDEAL.

I.

Rogar con cierto misterio
En un cierto cementerio
Una sombra se divisa;
Es que por Juan reza Luisa.
Otra sombra que hay cercana,
Es Luis que ruega por Juana.
Se lamentan los dos vivos
Por sus muertos respectivos
Con corazón tan ardiente,
Que al mirarse frente á frente,
Dicen la una y el uno:
—¡Qué importuna!—¡Qué importuno!
Y Luis huyendo de Luisa,
Y Luisa de Luis huyendo,
Se marchan, casi corriendo,
Y corren, casi de prisa.

II.

En el mismo cementerio,
Y con el mismo misterio,
Se hallan los dos otro día,
Y mientras Luisa exclamaba:
—Cuando mi amante vivía,
Le hallaba donde le hallaba,
Y hoy, que en la tumba me espera,
Su sombra está donde quiera,—
Lanzando quejas amantes,
Dice Luis del mismo modo:
—Si todo estaba en tí ántes,
Ahora tú estás en todo.—
Y esta vez ménos esquivos,
Ó de agradarse más ciertos,
Después de orar por los muertos,
Se hablaron algo los vivos.

III.

Desde entonces los amantes
Dijeron, siempre con fuego,
Una larga oracion antes,

Y un corto diálogo inego;
Mas consignar bien importa
Que, despues de algunos dias,
Se fueron haciendo cargo
Que la oracion ya era corta,
Y el diálogo era ya largo.

IV.

Saliendo del cementerio,
Mas ya sin ningun misterio,
Se miraron otro dia,
Diciendo, ¡quién lo creeria!
—¡Es buen mozo!—¡Pues es bella!
—¡Pero aquel!—¡Ay! ¡Pero aquella!...—
Y ella de amor suspirando,
Y Luis aún de amores loco,
Ya no corren, van marchando;
Pero marchan poco á poco.

V.

Así el buen mozo y la bella,
Al promediar la semana,
¡Oh fidelidad humana!

—¡Se parece á Juan!—dice ella;
Y él dice:—¡Parece Juana!—
(¡Pobres Juana y Juan!) Dicho esto,
Uno con otro se junta,
Haciéndolo él, por supuesto,
En honor de la difunta;
Y ella admitiéndole al lado,
Con temor aún no fingido,
Pues si el vivo era ya amado,
Aún el muerto era querido.

VI.

Mas era tal la insistencia
De su enamorada mente
En dar á su amor presente
De su muerto amor la esencia,
Que su alma, siempre indecisa,
Piensa que mira realmente
En Luis, de Juan la presencia;
La sombra de Juana, en Luisa;
Y es que nuestro sentimiento,
Por arte de encantamiento,
Haciendo cuerpo la idea,
Y lo ya muerto existente,
Transfigura eternamente
Lo que ama en lo que desea.

VII.

En conclusion; cuando se aman
Con un amor verdadero,
Así mutuamente exclaman:
—¡Como á él y por él te quiero!
—¡Te amo como á ella y por ella!—
Y así el buen mozo y la bella,
Fingiendo vivo lo muerto,
Y haciendo falso lo cierto,
Que eran los muertos creian,
Creyendo lo que querian;
Y desde entonces, el duelo
Trocando todos en risa,
Luisa á Luis, y Luis á Luisa,
Despues de aquella semana
Se prestan mútuo consuelo;
Creyendo que Juan y Juana
Harán lo mismo en el cielo.

LVI.

EL SEXTO SENTIDO.

I.

Viendo en el mundo el Señor
Desórden por donde quiera,
Quiso darle un director
Y dijo de esta manera:

—Cinco sentidos dí al hombre,
Y no me entiende jamás.
Daré á un sér que al mundo asombre
Un sexto sentido más.

Quiero hacer al mundo dón
De un hombre de alma gigante,
Grande cual la religion,
Como la gloria brillante.

Fé y saber broten sus lábios
Cual brota el verano flores,

Más docto que los más sábios,
Más bueno que los mejores.

De la humana criatura
Cese el eclipse moral.
¡Salve á mi mejor hechural—
Dijo, y nació Blas Pascal.

II.

Al ver pasar su existencia,
Ya meditando, ya orando,
Con mucha fé y más paciencia,
Dice un hombre meditando:

—¡Oh, Dios! Cuanto más comprendo,
Ménos soy yo comprendido;
¡Qué cilicio es tan horrendo,
El dón de un sexto sentido!

Si bestia al hombre llamé,
Los ángeles murmuraron;
Cuando ángel le apellidé,
Las bestias me calumniaron.

Mi talento y su talento
No están de acuerdo jamás;

Ó quítame el pensamiento,
Ó dáselo á los demás.

Hallo sus deseos locos,
Sus pensamientos informes,
Sus remordimientos pocos,
Sus sensaciones deformes.

Con lo porvenir sostienen
De lo presente el afán;
¡Porvenir! ¡sombras que vienen!
¡Presente! ¡sombras que van!

Dá fé el hombre á su provecho,
Y cree sólo en su interés;
Y el que ve el mundo al derecho,
Dice que lo ve al revés.

¡Señor! ya á tan hondo anhelo
Mi corazón se rindió
Enfermo de mal del cielo.—
Dijo Pascal, y enfermó.

III.

Entre oracion y oracion,
Entre llorar y gemir,

Á un hombre un santo varon
Le ayuda así á bien morir:

—¡Cuántos afanes perdidos
En crear tan noble hechura!
Para los cinco sentidos,
El tener seis es locura.

De gozar, el mundo ahito,
Fijo sólo en lo presente,
Ni sospecha lo infinito,
Ni la eternidad presiente.

¡Qué condicion tan menguada!
Mezcla el hombre de alma y lodo,
Para lo infinito es nada,
Si para la nada es todo.

De orgullo y de envidia llenos,
Cual siempre, dejan atrás,
Los muchos que saben ménos,
Al uno que sabe más.

Para el mundo que sin fé,
Presume mucho y ve poco,

Es nécio el que ménos ve,
Y el que ve más es un loco.

¡Pascal! pues con santo anhelo
Te mata del cielo el mal,
Vuélvete á tu pátria el cielo!...—
Dijo, y murió Blas Pascal.

LVII.

LOS DOS PECADORES. (*Nota xxiv.*)

Tú pecas porque me adoras,
Y yo peccó por gozar;
Y en tan diverso pecar,
Yo rio cuando tú lloras.
¡Maldigo mis dulces horas,
Y bendigo tu tormento!
Podrá tu remordimiento
Llevarte á un dichoso estado:
¡Yo sí que soy desdichado,
Que peccó y no me arrepiento!

LVIII.

MUERTOS QUE VIVEN.

Á MI HERMANO POLÍTICO DON JOSÉ MARÍA VALDÉS,
EN LA MUERTE DE SU HIJA GUILLERMINA.

Con tierna melancolía
Van á una niña á enterrar,
Y el padre, al verla pasar,
Dice llorando:—;Hija mía!
;La pierdo cuando aún vivía
Con la fé de la ilusión!...—
Mas se templó su afliccion
Mirando al cortejo, y viendo
Tantos que, sin fé viviendo,
Llevan muerto el corazón.

LIX.

LAS DOS LINTERNAS. (*Nota xxv.*)

A DON GUMERSINDO LAVERDE RUIZ.

I.

Dè Diógenes compré un dia
La linterna á un mercader.
Distan la suya y la mia
Cuanto hay de ser á no ser.

Blanca la mia parece;
La suya parece negra;
La de él todo lo entristece;
La mia todo lo alegra.

Y es que en el mundo traidor
Nada hay verdad ni mentira:
Todo es segun el color
Del cristal con que se mira.

II.

—Con mi linterna—él decía
—No hallo un hombre entre los séres.—
¡Y yo, que hallo con la mía
Hombres hasta en las mujeres!

Él llamó, siempre implacable,
Fé y virtud teniendo en poco,
Á Alejandro—un miserable,—
Y al gran Sócrates—un loco.—

Y yo ¡crédulo! entretanto,
Cuando mi linterna empleo,
Miro aquí, y encuentro un *santo*;
Miro allá, y un *mártir* veo.

¡Sí! mientras la multitud
Sacrifica con paciencia
La dicha por la virtud,
Y por la fé la existencia,

Para él virtud fué—simpleza,—
El más puro amor—escoria,—
—Vana ilusion—la grandeza,
Y una—necedad—la gloria.

¡Diógenes! mientras tu celo
Sólo encuentra sin fortuna,
En Esparta algun *chicuelo*,
Y hombres en parte ninguna,

Yo te juro por mi nombre
Que, con sufrir al nacer,
Es un héroe cualquier hombre,
Y un ángel toda mujer.

III.

Como al revés contemplamos
Yo y él las obras de Dios,
Diógenes ó yo engañamos.
¿Cual mentirá de los dos?

¿Quién es, en pintar, más fiel,
Las obras que Dios crió?
El cinismo dirá que él,
La virtud dirá que yo.

Y es que en el mundo traidor
Nada hay verdad ni mentira:
Todo es segun el color
Del cristal con que se mira

LX.

EL MAYOR CASTIGO.

Cuando de Virgilio en pos
Fué el Dante al infierno á dar,
Su conciencia, hija de Dios,
Dejó á la puerta al entrar.

Despues que á salir volvió,
Su conciencia el Dante hallando,
Con ella otra vez cargó,
Mas dijo así suspirando:

—Del infierno, en lo profundo,
No ví tan atroz sentencia
Como es la de ir por el mundo
Cargado con la conciencia.—

LXI.

MÚSICAS QUE PASAN. (Nota xxvi.)

Todas las cosas pasan, y tú
con ellas,

(Kempis, libro II, capítulo I.)

Á MI QUERIDO AMIGO DON FACUNDO GOÑI.

I.

¡Música!—¡Qué aliento dan,
Y qué esperanzas sin fin,
El *re-tin-tin* del clarín,
Del tambor el *ra-ta-plan!*
¡Ya aproximándose van!
¡Tambor y clarín resuenen!
¡Cuál la esperanza entretienen!
¡Cómo el corazón abrasan!
Estas músicas que pasan,
¡Qué alegres son cuando vienen!

II.

¡Música!—¡Conforme avanza
Ya el tambor ó ya el clarin,
Causa aliento el *re-tin-tin*,
Dá el *ra-ta-plan* esperanza!
¡Se aleja... y ya en lontananza,
Más bien que gozoso afan,
Tristeza sus ecos dan!
¡No hay bien seguro en el mundo!
¡Qué lúgubres son, Facundo,
Las músicas que se van!

III.

¡Ay! ¡Ni al principio ni al fin,
Nos dan á algunos ardor
El *ra-ta-plan* del tambor,
Del clarin el *re-tin-tin*!
¡Tu esplin, Facundo, y mi esplin...
Para músicas están!
¡Poco nuestro antiguo afan
Las músicas entretienen,
Ni cuando alegres se vienen,
Ni cuando tristes se van!

LXII.

EL CAFÉ.

Á MI AMIGO DON ENRIQUE SALVEDRA, MARQUÉS DE AUÑÓN.

I.

¡Café!—Tal es la cuestion:
¿Hizo Cabanís tan mal
Al decir que es la razon
Fruto de una digestion
De la masa cerebral?
Sin ir más lejos, Marqués,
¿Cómo me podrás negar
Que el rico café que ves,
Ó es cosa que piensa, ó es
Materia que hace pensar?
¡Gloria á ese vital licor,
Espíritu material;
Ó, si os parece mejor,
Materia espiritual;

Incomprensible hacedor
De una dicha artificial;
Secreto elaborador
De un frenesí racional!
¡Yo no extrañaré, pardiez,
Que su semilla al probar
Las aves alguna vez,
En deliciosa embriaguez,
Hablen en vez de cantar!

¡Otra taza! y ¡otra!—Á fé
Que asegura con razon,
No sé quién ni sé por qué,
Ni recuerdo en qué centon,
Que en cada grano el café
Lleva un sábio en embrion...
Yo quiero ser sábio... ¿ois?
Dadme sábiamente, pues,
Una taza, y dos, y tres...
¡Marqués! ¡querido Marqués!
¿Tendrá razon Cabanis?

II.

¡Café! ¡y más café!—Vén, tu,
Á dar á mi sangre ardor,
Del sueño infalible *bú*;

Maná que oxida el dolor;
Bálsamo á cuya virtud
Mi prematura vejez
Siempre recobra otra vez
La alegría y la salud!

Admiraos y escuchad:
Por descubrir del café
El sólo la propiedad,
Sin duda tan sábio fué
El diablo en la antigüedad.
¿Decís que no?—Pues yo sé
De un sapientísimo autor
Que dice y prueba que fué
De Numa el legislador
La ninfa Egeria, el café;
Y añade poco despues,
Que fué este noble licor
De Sócrates, sábio autor,
El génio, diablo ó lo que es.
De modo, caro Marqués,
Que con este talisman,
Han vuelto el mundo al revés
Del uno al otro confín,
Sócrates, Numa y Satan,
Y cuantos brujos, en fin,
Han sido, son y serán.

Esto es lo cierto. Y si no,
¿Quién como el café marcó
De la fortuna el vaiven,
Y á Napoleon arrastró
Hoy al mal, mañana al bien?
¿Que quién tal cosa creyó?—
Todos, y á más creo yo
Que ya feliz, ya infeliz,
Acaso una gota más
Le dió el triunfo de Austerlitz,
Y una de ménos quizás
Le hizo huir en Waterló.
Y aún pienso otra cosa, y es
Que obedeciendo, Marqués,
Á la rara propiedad
De un café de calidad,
Gaje de algun holandés,
Corriendo en la inmensidad
Benito Espinosa, en pos
De una infinita verdad,
Lanzó esta inmensa impiedad:
—Dios es todo, y todo es Dios.—
¿Tengo ó no tengo razon?
Pues antes de concluir,
Todavía vais á oír
La más extraña opinion
Que muchas veces á herir

Viene mi imaginacion:
Y es que llevo á presumir,
¿Si será el café ese sér
Que en una edad y otra edad
Siempre aspira á comprender
La mísera humanidad?
¿No es cierto, padre Voltaire?
Marqués de Anñon, ¿no es verdad?

III.

¡Café! ¡café! y ¡más café!
Ahitadme de ese elixir,
Pasto de almas sin el cual
Fuera el humano existir
Casi un sueño vegetal,
Pues en eléctrico ardor,
En el sér más baladí
Hace del afecto amor,
Y del amor frenesí...
¡Ah! ¡que caiga sobre tí
Del orbe la bendicion,
Del alma sabroso pan,
Borrachera de ilusion,
Á cuya mágica accion,
Es un Etna el corazon,

Es la cabeza un volcan!
¿Y quién no honrará el poder,
Marqués de Auñón, de un licor,
Que hasta hace alegre el dolor,
Que hace más vivo el placer,
Que dá al brazo más vigor,
Á la mente inmensidad,
Á los ojos claridad,
Al corazon más amor,
Y alas á los mismos piés...
Tanto, que, como tú ves,
No echo á volar por un tris?...
¡Marqués! ¡querido Marqués!
¿Tendrá razon Cabanis?

LXIII.

DRAMAS DESCONOCIDOS.

Cuando el pueblo á Otelo vió
Que, matando á la que adora,
Dice:—Muera la traidora,
Que el alma me asesinó,—
Tu rostro el color perdió
Llorando el fin de la bella;
Yo de él pensando en la estrella,
Dije mirándote:—¡Infiel!
¡Si no te mato como él,
Me asesinaste como ella!—

LXIV.

LA METEMPSÍCOSIS. (*Nota xxvii.*)

I.

Hallé una historia, lector,
En un viejo pergamino,
Donde prueba un sábio autor,
¡Ay! que el variar de destino,
Sólo es variar de dolor.

II.

FLOR.

—Flor, primero abandonada,
Entre unas hierbas broté,
Envidiosa y no envidiada,
Sin ver sol me marchité,
Llorando y sin ser llorada.

BRUTO.

—A bravo alazan subí,
Y de victoria en victoria,
Tras mil riesgos, conseguí
Para mi dueño la gloria,
Y la muerte para mí.

PÁJARO.

—Ave despues, hasta el llanto
Dios me condenó á expresar
Con las dulzuras dél canto:
Canté, sí, mas canté tanto,
Que al fin me mató el cantar.

MUJER.

—Mujer, y hermosa, nací;
Amante, no tuve fé;
Esposa, burlada fuí;
Lo que me amó aborrecí,
Y me burló lo que amé.

SÁBIO.

—Hombre al fin, ciencia y verdad
Buscando en lid malograda,

Fué desde mi tierna edad,
Mi objeto la inmensidad,
Y mi término la nada.

DICTADOR.

—En mí, cuando César fui,
Su honor la gloria fundó.
Siempre—vine, ví y vencí;—
Adopté un hijo, ¡ay de mí!
Creció; le amé y me mató.

HOMBRE.

—La escala transmigradora
De mis cien formas y modos
Vuelvo ya á bajar; y ahora
Un hombre soy, que, cual todos,
Vive, espera, sufre y llora.—

III.

Después de saber, lector,
La historia del pergamino,
¿Qué importa ser hombre ó flo.
¡Ay! si el variar de destino
Sólo es variar de dolor?

LXV.

LAS DOS TUMBAS. (Nota xxviii.)

¡Cuán honda, oh cielos, será,
Dije, mi tumba mirando,
Que vá tragando, tragando,
Cuanto nació y nacerá!

Y huyendo del vil rincón
Donde al fin seré arrojado,
Los ojos metí espantado
Dentro de mi corazón.

Mas cuando dentro miré,
Mis ojos en él no hallaron
¡Ni un sér de los que me amaron,
Ni un sér de los que yo amé!

Si no hallo aquí una ilusión,
Y allí sólo hallo el vacío,
¡Cuál es más hondo, Dios mío,
Mi tumba, ó mi corazón?...

LXVI.

LA COMEDIA DEL SABER. (*Nota XXIX.*)

Á MI AMIGO DON TOMÁS RODRIGUEZ RUBÍ.

I.

*(Asunto, lo que es verdad.
Gradas de curiosos llenas.
Lugar de la acción, Atenas.
Época, en la antigüedad.)*

*(Gran pausa.—Escena primera.
Como el que se duerme andando,
Sale HERÁCLITO llorando,
Y dice de esta manera.)*

—¡Ay! mi ciencia es bien menguada,
Pues nada en el mundo sé;
Si sé que hay Dios, es porque
DE'NADA NO SE HACE NADA.

Respeto la autoridad,
 Que es de los intencos valla...
 —¡Falso!—(*grita la canalla*),
 (*Los nobles dicen.*)—¡Verdad!

HERÁCLITO:—Yo imagino
 Que es la autoridad de un rey
 Poder que la humana ley
 Saca del poder divino.

No hay más dicha que el deber:
 Todo aquel que hombre se llama
 Dará por honra la fama,
 Y el poder por el saber.

Dad á los buenos honores,
 Y castigo á los demás...
 (*Aquí le silban los más,*
Y le aplauden los mejores.)

Nuestra vida debe ser
 Por nuestras faltas llorar,
 Meditar y meditar,
 Creer y siempre creer.

(*Rumores.—Después quietud.*)
 HERÁCLITO:—En conclusion,

La justa moderacion
Dá saber, paz y virtud.

II.

*(Gime HERÁCLITO, y á poco
Sale DEMÓCRITO y mira,
Y al ver que el otro suspira,
Se echa á reir como un loco.)*

*(Segundo acto.—El pueblo está
Casi cortés, de callado.)*

HERÁCLITO:—¡Desgraciado!

DEMÓCRITO:—¡Já! ¡já! ¡já!

HERÁCLITO:—Es duelo todo.

DEMÓCRITO:—Todo es juego.

HERÁCLITO:—El alma es fuego.

DEMÓCRITO:—El alma es lodo.

(Calla HERÁCLITO y murmura:)
—¡Todo en la vida es miseria!
(Y DEMÓCRITO:—¡Es materia
Todo en el mundo, y locura!

Materia sin albedrío
Son Dios, el hombre y el bruto;

El átomo es lo absoluto;
Lo único real el vacío.

Filósofos, que en el mundo
Buscáis lo cierto, ¡apartad!
Si existe, está la verdad
Dentro de un pozo profundo.

Es del alma universal
Parte nuestra alma también...
(*Muchos, casi todos:*)—¡Bien!
(*Y pocos, muy pocos:*)—¡Mal!

DEMÓCRITO:—Un torbellino
De átomos en movimiento
Son Dios, la vida, el contento,
La justicia y el destino.

Cuanto existe en derredor,
De lo que existía se hace;
Y hasta el hombre crece y nace
Cual nace y crece una flor.

Y así, lo que ha de existir
Nacerá de lo existente.
¡Pueblo! goza en lo presente,
Y olvida lo porvenir.

(Risa.—Aplauso general.)

DEMÓCRITO:—En conclusion,
El alma es la sensacion:
El placer es la moral.—

—Vivir, es creer y pensar
(Dice HERÁCLITO gimiendo.)
(Y DEMÓCRITO riendo:)
—¡Vivir!... sentir y gozar.—

*(Llanto y risa.—El cielo, en tanto,
Sigue su curso imparcial,
Pues hasta el fin, le es igual
Nuestra risa ó nuestro llanto.*

*Y uno y otro concluyendo,
Queda un bando y otro bando,
Con HERÁCLITO llorando,
Con DEMÓCRITO riendo.*

*Y así, pensando en pensar
Si ha de llorar ó reír,
Ve el hombre su vida huir
Entre reír y llorar.)*

III.

*(Ruido.—Duchas.—Desencanto.
Sale en el acto tercero
SÓCRATES, cual dice Homero,
Riéndose bajo el llanto.)*

SÓCRATES:—Sin tón ni són
Riñe aquí un loco á otro loco;
¡No veis que entre mucho y poco
Está la moderacion?

La fé del uno es menguada;
Grande es del otro la fé;
Yo solo una cosa sé,
Y es que SÉ QUE NO SÉ NADA.

CONÓCETE, debe ser
De nuestra ciencia el abismo;
Quien se conozca á sí mismo
Sabrá cuanto hay que saber.

Para la ciencia, rehácias
Las plebes... *(El pueblo todo
Lo silba aquí de tal modo,
Que SÓCRATES dice:)*—¡Gracias!

Siempre el pueblo soberano
 Revela al hombre imparcial
 La presencia universal
 De un universal tirano.

(Nueva silba.—Sensacion.)

SÓCRATES:—De mi alma rey,
 Sólo obedezco á la ley
 Que Dios puso en mi razon.

(Ruge la chusma indignada.)

SÓCRATES:—Y de tal modo,
 Que el hombre es centro de todo,
 Y todo ante el hombre es nada.

Sólo hay un Dios... *(Gran rumor
 Entre la vil multitud.)*

SÓCRATES:—Dios de virtud,
 Del bien y lo bello autor.

Á un Dios sólo, fé tributa
 Un corazon como el mio...
*(Y el pueblo grita:—Á ese impío
 ¡La cicuta! ¡la cicuta!*

*(Y mientras del pueblo el celo
 Lo arrastra á tan mala suerte,*

SÓCRATES *dice*:—¡La muerte!
¡Última bondad del cielo!—

*(Y así, no alegando excusa,
No salva esta vida ruin,
Que, cual la hiel, le dá fin
Un vaso de Siracusa.*

*¡Quién mejor su juicio emplea?
¡El sábio ó el pueblo homicida!
Si el sábio, ¡gloria á la vida!
Si el pueblo, ¡maldita sea!*

IV.

*(Acto cuarto.—Se alborota
La plebe á DIÓGENES viendo
Taza y linterna trayendo,
La alforja y la capa rota.*

*Al empezar iracundo
DIÓGENES silba á los tres,
Como le silba despues
Á DIÓGENES todo el mundo.)*

DIÓGENES:—Pruebo que es vana
Toda regla de razon,
En este sueño en accion
Que llamamos vida humana,

Si á preguntaros me atrevo
¿De quién antes se origina,
El huevo de la gallina,
Ó la gallina del huevo?—

*(Todos tres su menosprecio
Le hacen á DIÓGENES ver,
Y este hace á los tres saber
Su desprecio hácia el desprecio.)*

DIÓGENES:—Nada hay formal,
Esta vida es una gresca
Tragi-cómico-burlesca,
Jocoso-sentimental.

No hay ninguna cosa cierta,
Mas que son vuestras locuras
Escenas de criaturas
Junto á una tumba entreabierta.

El pensar, creer y sentir,
No es sentir, creer ni pensar;

Eso se debe llamar
Nacer, crecer y morir.

Si aplico aquí mi linterna,
Ni con un hombre tropiezo.
¡La vida! eterno bostezo,
Si no es una falta eterna.

¡Mundo! esfuerzos sin deber;
Virtudes sin religion;
Puntos de honor sin razon,
Y crímenes sin placer.

(Los unos prorumpen:)—¡Fuera!
(Los otros exclaman:)—¡Bravo!
(Y todos gritan al cabo,
Éstos:)—¡Viva!—*(Aquellos:)*—¡Muera!—

(Yo al ver á todos, me rio,
Pues llorar no puedo ya:
¡Dónde el depósito está
De las lágrimas, Dios mio!)

V.

(El pueblo á la conclusion
Muestra, al partir tristemente,

*Aire de duda en la frente,
Y angustia en el corazón.)*

*(Dice éste al irse:—¡Á pensar!
(Y aquel murmura:—¡Á sentir!
(Uno:—¡Á reír! ¡Á reír!
(Y otro:—¡Á llorar! ¡Á llorar!—*

*(Resúmen.—¡Qué es el vivir?
—SENTIR, uno. Otro:—CREER.
Éste:—CREER Y SABER.
Y aquel:—NI CREER NI SENTIR.*

*¡Qué es el mundo?—Lo que vemos.—
¡Y el saber?—Lo que se ignora.—
¡Y qué es Dios?—Lo que se adora.—
¡Y virtud?—Lo que queremos.—*

*Y aunque más el pueblo alcanza
Con su VIRTUD-ARMONÍA,
Con su FÉ-SABIDURÍA
Y con su DIOS-ESPERANZA,*

*Los sábios al escuchar,
Ignora el pueblo qué hacer,
Si ha de dudar ó creer,
Si ha de reír ó llorar.)*

DOLORAS.

TERCERA PARTE.

DOLORAS.

LXVII.

LA VERDAD Y LAS MENTIRAS.

A FERNANDO ALVAREZ Y GUTJARRO.

Cuando por todo consuelo,
Un sacerdote, al nacer,
Nos dice en nombre del cielo:
—Polvo es, y polvo ha de ser,—

Dicen, en coro armonioso,
El pecho de gozo lleno,
La nodriza:—Será hermoso;—
Y la madre:—¡Será bueno!—

Y luego, allá en lontananza,
Gritan en acorde son:

—¡Será feliz!—la esperanza;
Y—¡será Rey!—la ambicion:

Y yendo el tiempo y viniendo,
Aquí, lo mismo que allá,
La religion vá diciendo:
—¡Polvo es, y polvo será!—

Con vanidad y codicia,
Dicen, sin reir jamás:
—¡Será un Creso!—la avaricia;
Y el orgullo:—¡Será más!—

Y exclaman con fiero acento
De todo saber en pos:
—¡Será Homero!—el sentimiento;
Y la razon:—¡Será Dios!—

Y en tanto la religion,
Al morir, como al nacer,
Repíte:—No hay remision;
¡Polvo es, y polvo ha de ser!—

LXVIII.

LA AMBICION.

À un monte una vez subí,
Y de cansado me eché;
Mas luego que lo bajé,
De confiado caí.

¡Déjame, ambicion, aquí
Hasta morir descansando!
¡Qué ganaré ambicionando,
Si cuanto más suba, entiendo
Que me he de cansar subiendo,
Y me he de caer bajando?

LXIX.

LOS GRANDES HOMBRES.

De Yuste en el santuario,
Cárlas Quinto, emperador,
Valientemente al calvario
Subiendo de su dolor,

Ver su entierro determina,
Cual resuelto capitán,
Doblado como la encina
Rota por el huracán.

Ya en el ataúd metido
Como en lecho sepulcral,
Cayó cual león herido
Que lleva el dardo mortal.

Y al tiempo en que se cayó,
Mirándole de hito en hito

Una vieja murmuró:
—¡Qué feo y qué viejecito!—

Y cuando la multitud
Cree que el grande Emperador
Está, más que en su ataúd,
Sepultado en su dolor,

El, frunciendo el entrecejo,
Y fijo en tan vana idea,
Dice:—¿Que soy feo y viejo?
¡Ella sí que es vieja y fea!—

¿Qué le importará al cuitado
Más bello ó más jóven ser,
Si esas cosas ya han pasado
Para nunca más volver?

Del *Dies iræ* el rumor
Ya consternaba el ambiente,
Y aún dice el Emperador:
—¡Habrá vieja impertinente!—

Mientras el canto bosqueja
Todo el horror de aquel día,
Al Rey la voz de la vieja
El corazón le roía.

Y es cosa particular,
No pueda un varon tan fuerte
Una burla despreciar,
Él, que desprecia la muerte.

Don Cárlos siente iracundo
El corazon hecho trizas,
Y el canto prosigue:—¡El mundo
Se convertirá en cenizas!—

La vieja, del funeral
Oye entretanto el solfeo,
Como diciendo:—Sí tal,
Muy viejecito y muy fco.—

Y airado su majestad
Sigue:—¡Bruja del infierno!—
Y el canto:—¡Por tu bondad,
Líbrame del fuego eterno!—

Calla el coro; alza el semblante
Pálido el Emperador,
Surgiendo allí semejante
Á la estatua del dolor;

Y cuando el monje imperial
Vuelve á su celda apartada,

Mostrando algo de fatal
En su frente devastada,

Por todo su sér refleja
Santa humildad, puro amor;
Tan sólo miró á la vieja
Con humos de Emperador.

LXX.

LOS RELOJES DEL REY CÁRLOS. (*Nota xxx.*)

Cárlos Quinto el esforzado
Se encuentra asaz divertido
De cien relojes rodeado,
Cuando vá, en Yuste olvidado,
Hácia el reino del olvido.

Los ve delante y detrás
Con ojos de encanto llenos,
Y les hace ir á compás,
Ni minuto más ni menos,
Ni instante menos ni más.

Si un reloj se adelantaba,
El imperial relojero
Con avidez lo paraba,
Y al retrasarlo exclamaba:
—Más despacio, ¡majadero!—

Si otro se atrasa un instante,
Vá, lo coje, lo revisa,
Y aligerando el volante,
Grita:—¡Adelante, adelante,
Majadero, más aprisa!—

Y entrando un día,—¿Qué tal?—
Le preguntó el confesor.
Y el relojero imperial
Dijo:—Yo ando bien, señor:
Pero mis relojes mal.

—Recibid mi parabien—
Siguió el noble confidente;
—Mas yo creo que tambien,
Si ellos andan malamente,
Vos, señor, no andais muy bien.

¿No fuera una ocupacion
Más digna, unir con paciencia
Otros relojes, que son,
El primero el corazon,
Y el segundo la conciencia?—

Dudó el Rey cortos momentos,
Mas pudo al fin responder:

—¡Sí! más ó ménos sangrientos,
Sólo son remordimientos
Todas mis dichas de ayer.

Yo, que agoto la paciencia
En tan nécia ocupacion,
Nunca pensé en mi existencia
En poner el corazon
De acuerdo con la conciencia.—

Y cuando esto proferia
Con su *tic-tac* lastimero,
Cada reloj que allí habia
Parece que le decia:
—¡Majadero! ¡Majadero!...

—¡Nécio!—prosiguió,—al deber
Debí unir mi sentimiento,
Despues, si no ántes, de ver
Que es una carga el poder,
La gloria un remordimiento.—

Y los relojes sin duelo
Tirando de diez en diez,
Tuvo por fin el consuelo

De ponerlos contra el suelo
De acuerdo una sola vez.

Y añadió:—Teneis razon:
Empleando mi paciencia
En más santa ocupacion,
Desde hoy pondré el corazon
De acuerdo con la conciencia.—

LXXI.

LO QUE HACE EL TIEMPO. (Nota XXXI.)

Á BLANCA ROSA DE OSMÁ.

Con mis coplas, Blanca Rosa,
Tal vez te cause cuidados,
 Por cantar
Con la voz ya temblorosa,
Y los ojos ya cansados
 De llorar.

Hoy para tí sólo hay glorias,
Y danzas y flores bellas;
 Mas despues,
Se alzarán tristes memorias,
Hasta de las mismas huellas
 De tus piés.

En tus fiestas seductoras,
¿No oyes del alma en lo interno
 Un rumor,
Que lúgubre á todas horas,

Nos dice que no es eterno
Nuestro amor?

¡Cuánto á creer se resiste
Una verdad tan odiosa
Tu bondad!
Y esto ¡fuera ménos triste,
Si no fuera, Blanca Rosa,
Tan verdad!

Te aseguro como amigo,
Que es muy raro, y no te extrañe,
Amar bien.
Siento decir lo que digo;
Pero, ¿quieres que te engañe
Yo tambien?

Pasa un viento arrebatado,
Viene amor, y á dos en uno
Funde Dios;
Sopla el desamor helado,
Y vuelve á hacer, importuno,
De uno, dos.

Que amor, de egoismo lleno,
Á su gusto se acomoda
Bien y mal;

En él hasta herir es bueno,
Se ama ó no ama, aquí está toda
Su moral.

¡Oh! ¡qué bien cumple el amante,
Cuando aún tiene la inocencia,
Su deber!
Y ¡cómo, más adelante,
Aviene con su conciencia
Su placer!

¿Y es culpable el que, sediento,
Buscando vá en nuevos lazos
Otro amor?
¡Sí! culpable como el viento
Que al pasar, hace pedazos
Una flor.

¿Verdad que es abominable
Que el corazon vagabundo
Mude así,
Sin ser por ello culpable,
Porque esto pasa en el mundo
Porque sí?

Se ama una vez sin medida,
Y aun se vuelve amar sin tino
Más de dos.

¡Cuán versátil es la vida!
¡Cuán vano es nuestro destino,
Santo Dios!

Él lleve tu lábio ayuno
A algún manantial querido
De placer,
Donde dichosa, ninguno
Te enseñe nunca el olvido
Del deber.

Siempre el destino inconstante
Nos dá cual vil usurero
Su favor:
Dá amor primero y no amante;
Después mucho amante, pero
Poco amor.

Tranquila á veces reposa,
Y otras se marcha volando
Nuestra fé.
Y esto pasa, Blanca Rosa,
Sin saber cómo, ni cuándo,
Ni por qué.

Nunca es estable el deseo,
Ni he visto jamás terneza
Siempre igual.

¿Y á qué negarlo? No creo
Ni del bien en la fijeza,
Ni del mal.

Este ir y venir sin tasa,
Y este moverse impaciente,
Pasa así,
Porque así ha pasado y pasa,
Porque sí, y ¡ay! solamente
Porque sí.

¡Cuán inútil es que huyamos
De los fáciles amores
Con horror,
Si cuanto más las pisamos,
Más nos embriagan las flores
Con su olor!

El cielo sin duda envía
La lucha á la tormentosa
Juventud;
Pues, ¿qué mérito tendría
Sin esfuerzos, Blanca Rosa,
La virtud?

¡Ay! un alma inteligente,
Siempre en nuestra alma divisa
Una flor,

Que se abre infaliblemente
Al soplo de alguna brisa
De otro amor.

Mas dirás:—¿Y en qué consiste
Que todo á mudar convida?—
¡Ay de mí!
En que la vida es muy triste...
Pero aunque triste, la vida
Es así.

Y si no es amor el vaso
Donde el sobrante se vierte
Del dolor,
Pregunto yo:—¿Es digno acaso
De ocuparnos vida y muerte
Tal amor?—

Nunca sepas, Blanca Rosa,
Que es la dicha una locura,
Cual yo sé;
Si quieres ser venturosa,
Ten mucha fé en la ventura,
Mucha fé.

Si eres feliz algun día,
¡Guay, que el recuerdo tirano
De otro amor

No se filtre en tu alegría,
Cual se desliza un gusano
Roedor!

Tú eres de las almas buenas,
Cuyos honrados amores
Siempre son
Los que bendicen sus penas,
Penas que se abren en flores
De pasión.

Con tus visiones hermosas,
Nunca de tu alma el abismo
Llenarás,
Pues la fuerza de las cosas
Puede más que Hércules mismo,
¡Mucho más!...

Si huye una vez la ventura,
Nadie despues ve las flores
Renacer
Que cubren la sepultura
De los recuerdos traidores
Del ayer.

¿Y quién es el responsable
De hacer tragar sin medida
Tanta hiel?

¡La vida! ¡esa es la culpable!
La vida, sólo es la vida
Nuestra infiel.

La vida, que desalada,
De un vértigo del infierno
Corre en pos:
Ella corre hácia la nada;
¿Quieres ir hácia lo eterno?
Vé hácia Dios.

¡Sí! corre hácia Dios, y Él haga
Que tengas siempre una vieja
Juventud.
La tumba todo lo traga,
Sólo de tragarse deja
La virtud.

LXXII.

FIN Y MORAL DE LA ILIADA.

Despues que Troya fué, severa Esparta,
Muerto su Rey, de liviandades harta,
Á Rodas sin piedad desterró á Elena,
Donde la ahorcó celosa Polixena.
Pero antes que el honor del sexo bello
Como un cisne al morir doblase el cuello,
La dijo así el verdugo:—¿Por ventura,
Quieres más que la dicha tu hermosura?
La Reina, que tu mal tanto desea,
Te dejará vivir si te haces fea;
Ponte estas hierbas sobre el rostro, hermosa,
Y siendo horrible, vivirás dichosa.
¿No vale más ser fea afortunada,
Que hermosa, y por hermosa desdichada?—
Calló el verdugo y suspiró; mas ella,
Prefiriendo el no sér á no ser bella,
Cogió el dogal, y se lo ató de suerte,
Que, á su belleza liel, se dió la muerte;
Y más que vivir fea y venturosa,
Prefirió ser ahorcada, siendo hermosa.

LXXIII.

LA CIENCIA NUEVA DE VICO.

I.

Á un cierto maestro ví
En cierto pueblo explicar
Á varios niños, á mí,
Y al sacristan del lugar;

Y recuerdo, aunque era un chico,
Que comenzó de esta suerte:
—Ved: ciencia nueva de Vico;
Nacimiento, vida y muerte.

Círculo de toda historia,
Renacer tras de acabar:
Fábula, entusiasmo, gloria,
La muerte, y vuelta á empezar.

Así, ya unida, ya rota,
Sigue esta rueda fatal,
Sin que se turbe una nota
Del concierto universal.

Allá el Egipto entreveo;
Vida, gloria, senectud,
Reyes—Pastores—Proteo.—
Cambíses; la esclavitud.

¡Ciclo de dichas y penas!
Llega la Grecia. ¡Atencion!
Los Argos—Esparta—Atenas.—
Filipo; la humillacion.

Mudando nombres y nombres,
En rápido movimiento
Rodando van pueblos y hombres
Cual hojas que arrastra el viento.

¡Fenicia! Ved á Sidon,
La reina antigua del mar.
Cartago—Pigmaleon.—
Nabuco, y vuelta á empezar.

Dioses—Héroes—Invenciones.
Así, abyectas ó gloriosas,

Van, como veis, las naciones,
Los hombres, pueblos y cosas.

¡Roma! Tras su edad divina,
Por César llega á Tiberio.
Numa—Caton—Mesalina,—
Reyes—República—Imperio.

Pasan así en raudó giro,
Y en perpétua evolucion,
Alejandro, como Ciro,
Como César, Napoleon.—

II.

Y al ver que de nuevo empieza
Su incesante torbellino,
Poniéndonos la cabeza
Cual la rueda de un molino,

—Ó vuestro Vico es un tonto,
Ó yo no sé qué pensar,—
Dijo al maestro de pronto
El sacristan del lugar.

—No es gran mérito el zurcir
 La historia de esa manera;
 Nacer, crecer y morir;
 Eso lo sabe cualquiera.

Pese á vuestros pareceres,
 ¡No valdria mucho más
 Decir á todo: *Polvo eres,*
Y en polvo te volverás!—

Mira el maestro al que cree
 Llegar de Vico á la altura,
 Como quien dice: (—Éste lee
 Los libros santos del cura.—)

Y en su silencioso afan,
 Que esto imagina se infiere:
 (—Dice bien el sacristan,
 Todo lo que nace muere.—)

Y murmuró: (—De manera
 Que mi ciencia está de más,
 Si un libro santo cualquiera
 Enseña esto y mucho más.—)

Y al fin,—¡niños!—prorumpió,
 Despues de círculos tantos,

Podreis saber más que yo
Leyendo los libros santos.

Pues hoy por ellos me explico
Cómo puede ser que sea
Mucho más sábio que Vico
El sacristan de una aldea.—

LXXIV.

LA HISTORIA DE AUGUSTO. (*Nota xxxii.*)

I.

A Ovidio empieza á leer
Su historia el Emperador,
Pues dice que quiere ser,
Cual César, autor y actor.

Hombre sin Dios y sin ley,
Que de su provecho en pos,
Pérfido antes, se hace rey,
Nécio despues, se hace Dios;

En su historia disculpaba
Sus faltas cándidamente,
Cosas que Ovidio escuchaba
Con el rubor en la frente.

—¿Verdad que al mundo hará honor
La que llamo *era Juliana!*—

Dijo á Ovidio el saltador
De la libertad romana.

Con un dictámen muy justo
Quiso Ovidio honrar su lábio;
Porque al fin perdona Augusto,
Despues que se venga Octavio.

Y—francamente, señor,—
Dijo, de modestia lleno,
—Si sois bueno como actor,
Como autor no sois tan bueno.—

—Ó,—con altivo semblante
Replicó el Emperador,
—Que soy muy buen comediante,
Pero muy mal escritor.—

Selló el Rey su augusto lábio.
Calló Ovidio, no sin susto,
Pues siempre al fin venga Octavio
Los disimulos de Augusto.

II.

Cayó Ovidio en el deslíz
De llamar, poco despues,

Á Livia, la Emperatriz,
«Ulises con guarda-piés.»

Tuvo el Rey por ofensivo
Este madrigal tan bello,
Tomando esto por motivo
Para vengarse de aquello.

Y á Ovidio desterró Augusto
De la Circasia á un rincón,
Como buen tirano, injusto;
Falso, cual buen histrion.

III.

Muriendo Octavio inmortal,
Entre grandes dignos de él,
Les pregunta así:—¿Qué tal
Representé mi papel?—

Y contesta Ovidio á Octavio
Desde la orilla del Ponto:
—Representó como un sábio
Lo que pensó como un tonto.

Murió Octavio, el iracundo;
Pereció Augusto, el sagaz;

El que dió la paz al mundo,
Ya ha dejado al mundo en paz.

Con que, *¿qué tal?* Lo repito
Con más razon que despecho:
Has hecho muy bien lo escrito,
Y escrito mal lo que has hecho.

Doy al mundo el parabien.
¡Falso! aún preguntas *¿qué tal?*
Como cómico, muy bien;
Como Emperador, muy mal.—

LXXV.

ANTINÓMIAS DEL GÉNI0.

Sentado indolentemente,
Cierta noche de verano,
Con una pluma en la mano
Y una luz frente por frente,

Está Napoleon Primero
Sumando con mucho afan,
Puesto á un lado aquel gaban,
Y á otro lado aquel sombrero.

Suma, de intento, muy mal,
Entre espantado é iracundo,
Todas las muertes que al mundo
Costó su gloria imperial.

Y cuando ya á traslucir
Elega una cifra espantosa,
Se lanza una mariposa
Sobre la luz á morir.

Su muerte próxima, al ver,
Sintió el héroe compasión;
Que al fin, aunque Napoleón,
Era un hijo de mujer;

Y con benévola calma
La separó dulcemente,
Pues los que matan la gente,
Pueden también tener alma.

Él, que *carne de cañon*
Pudo á los hombres llamar,
Ve á un insecto peligrar,
Con pena en el corazón.

Ni ella cede, ni él se pára,
Y con la intención más terca,
Cuanto más ella se acerca,
Tanto más él la separa.

Tal vez el Emperador
Llorára de sufrir tanto,
Si él pudiera tener llanto
Para el ajeno dolor.

¡Ay! una vida tan ruin,
¿No había de enternecer

Al que acababa de hacer
Del universo un botín?

¡Y luego la coalición
Dirá que no era perfecto
El que en salvar á un insecto
Funda un sueño de Colón!

Sigue la lucha emprendida
Entre él y ella, y de esta suerte,
Mientras busca ella la muerte,
Le dá Napoleon la vida.

Y así el empeño siguió
Por ambos con frenesí;
La mariposa en que sí,
Y Napoleon en que no.

La salva al fin, y—¡victoria!—
Exclama con alegría
Él que hacia y deshacia
A cañonazos la historia.

¡Victoria! ¡Victoria, pues!
¡Dios inmenso! ¡Dios inmenso!
¡De esa acción suba el incienso
Hasta tus divinos piés!

Aquella alma generosa,
Que vertió de sangre un mar,
¡Cuánto luchó por salvar
La vida á una mariposa!

¡Que alguno de tal bondad
Cuenta á la Francia la gloria,
Luego la Francia á la historia,
Y ésta á la posteridad!

Y tú, ciega multitud,
Pobre *carne de cañon*,
Dí por él:—¡Oh compasion,
Tú eres sólo la virtud!—

LXXVI.

LAS DOLORAS. (*Nota xxxiii.*)

Á DOÑA JUANA BARRERA DE CAMPOS.

¿Con que, una buena dolora
Me pides, Juana, tan llena
De candor?
Tal vez tu inocencia ignora
Que será, si es la más buena,
La peor.

¿Te he de alabar, fementido,
Desventuradas venturas
Que gocé,
Y amores que he aborrecido
É inagotables ternuras
Que agoté?

Perdona si en mis doloras,
Siempre mi pecho destila
 La ansiedad
De unas sombras vengadoras
Que asaltan mi no tranquila
 Soledad.

Jamás en ellas escrito
Dejaré, imbécil ó loco,
 El error
De que el bien es infinito,
Ni que es eterno tampoco
 El amor.

Bueno es que, aunque terrenales,
Nuestras venturas amemos;
 Pero ¡ah!
Bienes de acá son mortales.
¡La dicha y el bien supremos
 Son de allá!

¡Qué inconsolables cuidados
Dá el ver, desde la rendida
 Senectud,
Los tesoros disipados
De la por siempre perdida
 Juventud!

¡Qué manantial tan fecundo
De engañosas esperanzas
Es amor!

¡Qué doctor es tan profundo
En útiles enseñanzas
El dolor!

¡Cuán ciego, el amor, cuán ciego,
Falta al deber más sagrado!

Y es de ver
¡Cómo al amor faltan luego
Los que primero han faltado
Al deber!

¡Pérfido amor, y cuál huye
Tras los primeros momentos
Del ardor!

¡Santa amistad, que concluye
Por cumplir los juramentos
Del amor!

¡Siento á fé que esta dolora
Hiera, Juana, tu ternura!
Mas, ya ves,
Que toda dicha de ahora
Es siempre la desventura
De despues.

Por eso, olvidado, quiero
Ya sólo el eterno olvido
 Esperar,
Aunque del mundo en que espero,
Más siento el haber venido
 Que el marchar.

Hasta de mí, el pensamiento
Hastiado, y arrepentido
 Del vivir,
Huye cual remordimiento
Que del crimen cometido
 Quiere huir.

Aunque, de dolor ajenos,
La vida ven placentera
 Los demás,
Si la despreciára ménos,
Yo acaso la aborreciera
 Mucho más.

Deja ya, corazón mio,
Cuanto encuentras deleitable,
 Sin saber
Que al gozar, mueres de hastío,
Galeote miserable
 Del placer.

¡La vida! ¡Cuán fácil fuera
Sus más aciagos momentos
Soportar,
Si en el pecho se pudiera
Algunos remordimientos
Enterrar!

Mas ¡ay! Juana encantadora,
¡Cuál de espanto retrocede
Tu candor,
Al mirar que esta dolora,
Si es buena, tampoco puede
Ser peor!

Y es que derramo sincero
De mi dolor la medida
Sin querer,
Siempre que las aguas quiero
De mi soñolienta vida
Remover.

Ya, cual todo penitente
En el lodo derribado
Por su cruz,
Me agito impacientemente
Por revolverme hácia el lado
De la luz.

Yo antes vivir anhelaba,
Mas hoy morir sólo fuera
 Mi ilusion,
Si estuviese como estaba
El dia de mi primera
 Comunion.

¡Juana! el respeto adoremos
Que aún nos liga complaciente
 Al deber,
Y los lazos desatemos
Que habrá el tiempo tristemente
 De romper.

¡Á qué esperar á mañana
En dejar esto, y de aquello
 En huir,
Si aunque tú lo sientas, Juana,
Lo que no dejemos, ello
 Se ha de ir?

Al fin, de tu santo celo
Las huellas de buena gana
 Sigo fiel.
Cuando vá el perfume al cielo,
Todo lo que siente, Juana,
 Vá con él.

Ya en mi inútil existencia,
Sólo el ímpetu moderado
Del dolor,
Con paciencia y más paciencia,
Ese valor verdadero
Del valor.

Y hoy que humilde, si antes tierno,
Sus culpas el alma mía
Vá á expiar,
¡Perdóname, Dios eterno!
¡Entonces ¡ay! no sabia
Sino amar!

Ya en nada inmutable creo
Mas que en Dios Omnipotente;
Y tambien
En que engaña mi deseo
Por llevarme más elemento
Hácia el bien.

¡Sí! me lleva al bien cumplido
Que busco cual nunca, fuerte,
Pues ya sé
Que, aunque todo me ha vencido,
Hoy venceré hasta la muerte
Con la fé.

Y adios, Juana, que extasiado,
Del supremo bien que anhelo
Voy en pos.
¿Quién será el desventurado
Que sólo mirando al cielo
No hallé á Dios?...

LXXVII.

LA GRAN BABEL. (*Nota xxxiv.*)

A DON RAFAEL CABEZAS.

I.

Refiere el vulgo agorero
Que de los cantos del mundo,
El *tarará* fué el primero,
Y el *tururá* fué el segundo.

Y hay quien cree que estos sonidos
De *tururá* y *tarará*,
Son los últimos gemidos
Que una lengua al morir dá.

Oye, y al fin de esta historia,
¡Dichosos, Rafael, los dos,
Si al perder la fé en la gloria,
Aún nos queda la de Dios!

II.

Á un romano un caballero
Regaló un pájaro un día,
Que, lo mismo que un Homero,
Voces del griego sabía.

Y es fama que el pátrio idioma
Charlotecía con tal fuego,
Que al pájaro toda Roma
Le llamó el *último griego*.

Si con preguntas la gente
Le importunaba quizá,
Respondía impertinente
El pájaro:—*Tarará*.—

—¿Qué es *tarará*?—preguntó
Lleno el romano de celo.
Soñó un sábio y contestó:
—¿*Tarará*? Pátria del cielo.—

Que á un sueño, hambrienta de fama,
Se agarra la tradicion,

Como un náufrago á la rama
Frenda de su salvacion.

Despues de mucho aprender,
Ni al cabo de la jornada
Llegó el romano á saber
Que *tarará* no era nada.

Sólo por presentimiento
Pudo asegurar un dia,
Que era el pájaro del cuento
El que más griego sabia.

Y es que sin duda parece,
Cual lo mezquino tambien,
Hasta aquello que merece
De Dios y la historia bien.

III.

Pues dando á esta historia cima,
Refiere otra tradicion
Que siendo virey en Lima
Nuestro Conde de Chinchon,

Le regalaron un día
Un loro experto en historia,
El sólo eco que existía
De la peruviana gloria.

—¿Quién fué,—le pregunta el Conde,
—El primer rey del Perú?—
Habla el loro, y le responde
En ronca voz:—*Tururú*.—

—¿Sabremos qué frase es esta?—
Dice á un sábio el español.
Sueña el sábio y le contesta:
—¿*Tururú*? Pátria del sol.—

El pobre sábio aquí miente
Cual mintió iluso el de allá:
¿Quién renuncia fácilmente
Á la ilusion que se vá?

Toda lengua y toda gloria,
Cumplida ya su mision,
Se tiende sobre la historia
Como un fúnebre crespon.

Pues lo mismo aquí que allá,
En Roma y en el Perú,

Como el griego á un *tururá*,
Llegó el inca á un *tururá*.

¡Paciencia! en queriendo el cielo
Nuestras glorias eclipsar,
No nos deja más consuelo
Que el consuelo de Horar.

IV.

Muy pronto, Rafael, quizá,
Por más que de ello te espantes,
Cual Homero un *tururá*,
Será un *tururá* Cervantes.

¡Cuánto los hombres se humillan
Viendo el eclipse total
De estas estrellas que brillan
En nuestro mundo moral!

¡Ay! esta lengua en que está
Brillando un vate cual tú,
¿Dará fin en *tururá*,
Ó acabará en *tururá*?

Corre el tiempo, y confundido
Lo grande con lo pequeño,

Juntos en perpétuo olvido
Los une un perpétuo sueño.

Mas tú, cual yo, á Dios alaba,
Pues ya sabemos los dos,
Que allí donde todo acaba
Es donde comienza Dios.

LXXVIII.

TODO Y NADA.

—¡Cuánta dicha! y ¡cuánta gloria!—
Dije, entre humillado y fiero,
Leyendo una vez la historia
Del emperador Severo.

Y cuando á verlo llegué
Subir á rey desde el lodo,
—Yo en cambio,—humilde exclamé:
—No fuí nada, y nada es todo.—

Mas con humildad mayor,
Ví que al fin de la jornada
Exclamó el Emperador:
—Yo fuí todo, y todo es nada.—

LXXIX.

LOS DOS CETROS. (*Nota XXXV.*)

1860.

A S. A. R. EL PRÍNCIPE DE ASTURIAS

(D. Alfonso XII.)

I.

Vine un convento á heredar,
Y al mismo convento, anejo
Un templo á medio arruinar,
Donde hallé un santo muy viejo
Encima de un viejo altar.

Cogí un baston que tenia
De caña el santo bendito,
Y dentro un papel habia
Que, por don Pelayo escrito,
De esta manera decia:

II.

—Escucha, lector, la historia
Del postrer Rey español,
Y á los que amengüen su gloria,
Les ruego que hagan memoria
Que hay manchas hasta en el sol.

Meses anduve cumplidos
Del rey don Rodrigo en pos,
Desde el día en que, vendidos,
Fuimos en Jerez vencidos
Los del partido de Dios.

Hallé al fin al Rey de España
Al pié de este santuario,
Llevando un cetro de caña,
Sobre pastor solitario,
Rey de una pobre cabaña.

Y al verme, casi llorando,
Rodrigo habló de esta suerte:
—*Porque te estaba esperando,*
No me hallo ya descansando
En los brazos de la muerte.

*Llegué aquí desesperado,
Cuando mi trono se vió
Por traidores derribado...
¡Dios les haya perdonado
Como les perdono yo!*

*Desde entonces, entre flores,
Vagando por los oteros,
Recuerdan á mis dolores
El cetro, amigos traidores,
La caña, mansos corderos.*

*Tú, elegido por mi amor
Y mi heredero por ley,
Escoge aquí lo mejor
Entre este cetro de rey
Y esta caña de pastor.*

*Sé humilde ó grande. Yo ahora
Me quedo á ejercer contento
La virtud que el cielo adora,
Que es el arrepentimiento,
Que en la sombra reza y llora.—*

*Dijo, y siguiendo el destino
De su alegre adversidad,*

Lleno de un fervor divino,
Tomó Rodrigo el camino
De la eterna soledad.

Yo, Pelayo, os doy la historia
Del postrer rey español,
Y á los que amengüen su gloria,
Les ruego que hagan memoria
Que hay manchas hasta en el sol.

¡Dios eterno! ¿y de estas flores
He de dejar los senderos,
Recordando á mis dolores
El cetro, amigos traidores,
La caña, mansos corderos?

¡Sí! que aunque mi alma cansada
Tomaría de buen grado
El arado por la espada,
Tomo por tí, pátria amada,
La espada en vez del arado.

Parto, y lo escrito, al marchar,
Con la caña al santo dejo.—
Caña que á mí vino á dar
Cuando halló aquel santo viejo
Encima de un viejo altar.

Y hé aquí por qué suerte extraña
Del rey don Rodrigo, así
Han llegado cetro y caña,
Grande el cetro al Rey de España,
Y humilde la caña á mí.

III.

Á vos, Príncipe y Señor,
Desde de la cuna rodeado
De todo humano esplendor,
Os escribo esta, sentado
Sobre unas yerbas en flor.

Vinimos por suerte extraña
Á un Rey á heredar los dos,
Vos su cetro, y yo su caña;
Vos el cetro Real de España,
Yo el que humilde llevó Dios.

Cansancio ó tedio espantoso
El cetro os dará algún día;
Lo caña, más venturoso,
Al ménos ¡ay! os daría
En la oscuridad reposo.

Yo, en vez de Rey desdichado,
Seré un dichoso pastor,
Pues ya el mundo me ha enseñado
Que, entre el cetro y el cayado,
El cayado es lo mejor.

¡Cuánto sereis bendecido
Desde mi humilde rincón,
Cuando os lleven perseguido,
La calumnia, si vencido;
Si venceis, la adulación!

Cuando yo ande indiferente
Por el monte ó por el llano,
A vos os dirá la gente,
—¡Rey débil!—si sois clemente;
Si justiciero—¡tirano!—

¡Cuál será vuestro cuidado
Mientras que todo, Señor,
Yo lo olvidaré, olvidado,
En mi trono recostado
De humildes yerbas en flor!

Noble, cual vuestra Nación,
A vuestra Madre imitad,

En cuyo Real corazon,
Se aman justicia y perdon,
Se abrazan dicha y verdad.

Y Dios, para bien de España,
De su gracia os dé el tesoro.
Dado en mi pobre cabaña;
Yo, el rey de cetro de caña,
Á mi Rey de cetro de oro.

FIN DE LA TERCERA ÉPOCA.

DOLORAS.

CUARTA PARTE.

DOLORAS.

LXXX.

LOS DOS MIEDOS.

I.

Al comenzar la noche de aquel día,
Ella, lejos de mí,
—¿Por qué te acercas tanto?—me decía;
—¡Tengo miedo de tí!—

II.

Y despues que la noche hubo pasado,
Dijo, cerca de mí:
—¿Por qué te alejas tanto de mi lado?
¡Tengo miedo sin tí!—

LXXXI.

LA ÚLTIMA PALABRA.

Cuando yo con el alma te quería,
¿Quién presumir pudiera
Que á despreciar ¡infame! llegaría
En tí y por tí la humanidad entera?...

LXXXII.

A REY MUERTO REY PUESTO.

El principio de toda tentacion
es no ser uno constante...
(*Kempis, libro 1.º, capítulo XII.*)

Murió por tí; su entierro al otro dia
Pasar desde el balcon juntos miramos;
Y espantados tal vez de tu falsía
Tras el balcon los dos nos refugiamos.
Cerrabas con terror los ojos bellos.
El *requiescat* se oía. Al verte triste,
Yo la trenza besé de tus cabellos,
Y—¡traicion! ¡sacrilegio!,—me digiste.
Seguia el *de profundis* y gemimos...
El muerto y el terror fueron pasando...
Y al ver luego la luz, cuando salimos,
—¡Qué vergüenza!,—exclamaste suspirando.
Decias la verdad. ¡Aquel encierro!...
¡El beso aquel sobre la negra trenza!...
Después ¡la oscuridad de aquel encierro!...
¡Sacrilegio! ¡Traicion! ¡Miedo! ¡Vergüenza!

LXXXIII.

HASTÍO.

Sin el amor que encanta,
La soledad de un ermitaño espanta.
Pero es más espantosa todavía
La soledad de dos en compañía.

LXXXIV.

LAS DOS COPAS.

I.

Le dijo á Rosa un doctor:
—«Se curan de un modo igual
Las dolencias en amor,
En higiene y en moral.
«Yo, aunque el método condene,
Lo dulce en lo amargo escondo:
Esta copa es la que tiene
Dulce el borde, amargo el fondo.
«Y por si quiere esa boca
Cumplir una vez mi encargo,
Tiene esta segunda copa
Dulce el fondo, el borde amargo.
«Dios, sin duda, así lo quiso,
Y esto siempre ha sido y es:
Tomar lo amargo es preciso,
Bien antes ó bien despues.»—

II.

Rosa luego, de ansia llena,
Dice en su amoroso afán:
—«Mezclados cual dicha y pena
Lo dulce y lo amargo van.

«Merced á doctor tan sábio,
Ve, aunque tarde, mi razon,
Que aquello que es dulce al lábio
Es amargo al corazon.

«Yo, que hasta el postrer retoño
Agosté en mi edad primera,
Brotar no veré en mi otoño
Flores de mi primavera.

«Fuí dejando, por mejor,
Lo amargo para el final,
Y esto, segun el doctor,
Sabe bien, mas sienta mal.

«Cumpliré una vez su encargo:
Tú, copa segunda, ven,
Pues tomar antes lo amargo,
Si sabe mal, sienta bien.

«¡Oh, cuán sábio es el doctor
Que cura de un modo igual
Las dolencias en amor,
En higiene y en moral!»—

LXXXV.

MAL DE MUCHAS.

- ¿Qué mal, doctor, la arrebató á la vida?—
Rosaura preguntó con desconsuelo.
—Murió, dijo el doctor, de una caída.
—Pues ¿de dónde cayó?—Cayó del cielo.—
-

LXXXVI.

BODAS CELESTES.

Te ví una sola vez, solo un momento;
Mas lo que hace la brisa con las palmas
Lo hace en nosotros dos el pensamiento;
Y así son, aunque ausentes, nuestras almas
Dos palmeras casadas por el viento.

LXXXVII.

LAS DOS ESPOSAS.

Sor Luz, viendo á Rosaura cierto día
Casándose con Blas,
—¡Oh, qué esposo tan bello! se decía,
¡Pero el mio lo es más!—
Luego en la esposa del mortal miraba
La risa del amor,
Y, sin poderlo remediar, ¡lloraba
La esposa del Señor!

LXXXVIII.

CONVERSIONES.

Brotó un día en Rosaura el sentimiento
De su primer amor, y en el momento
Volando un ángel, con fervor divino,
Para guiarla al bien del cielo vino,
Mientras un diablo del infierno, ardiendo,
Para arrastrarla al mal, llegó corriendo.

Ante Rosaura bella
Ángel y diablo, enamorados de ella,
Divinizado el diablo se hizo bueno,
Y el ángel se impregnó de amor terreno;
Y al ser transfigurados de este modo,
Por voluntad del que lo puede todo,
Fué el ángel al infierno condenado,
Y el diablo al cielo fué purificado.
¿De qué gracia y malicia estará llena
Mujer que con mirar salva ó condena?

LXXXIX.

MEMORIAS DE UN SACRISTAN.

I.

Dos de Abril.—Un bautizo.—¡Hermoso día!
El nacido es mujer, sea en buen hora.
Le pusieron por nombre Rosalía.
La niña es, cual su madre, encantadora.
Ya el agua del Jordan su sien rocía;
Todos se ríen y la niña llora.
Cruza un hombre embozado el presbiterio;
Mira, jime y se aleja: aquí hay misterio.

II.

Á unirse vienen dos de amor perdidos.
El novio es muy galan, la novia es bella.
¿Serán en alma como en cuerpo unidos?
Testigos, primas de él y primos de ella.
En nombre del Señor son bendecidos.

Unce el yugo al doncel y á la doncella.
Dejan el templo, y al salir se arrima
Un primo á la mujer, y él á una prima.

III.

¡Un entierro! ¡Dichosa criatura!
¿Fué muerto, ó se murió? Todo es incierto.
Sólos estamos sacristan y cura.
¡Cuán pocos cortesanos tiene un muerto!
Nacer para morir es gran locura.
Suenan las diez. La iglesia es un desierto.
Dejo al muerto esta luz, y echo la llave.
Nacer, amar, morir: despues... ¡quién sabe!

XC.

EL ANÓNIMO.

Sobre la tumba de ella escribió un día:
—¡Por darte vida á tí, me matarial—
Y al otro día, por autor incierto,
Con lápiz al final se vió añadido:
—Si ella hubiese vivido,
Ya de hastío tal vez la hubieras muerto.—

XCI.

NUEVO TÁNTALO.

Hay un rincón maldito en el infierno
Desde el que, en vaga y celestial penumbra,
Para aumentar el sufrimiento eterno,
Otro rincón del cielo se columbra.
¿Por qué de mi alma el tenebroso invierno
La hermosa luz de tu semblante alumbra,
Si es mirarse en tus ojos retratado
Hacerle ver el cielo á un condenado?

XCII.

EL ALMEZ.

I.

Junto á este mismo almez á *Rosa* un día
Hice votos de amarla eternamente.
Se está oyendo en el aire todavía
De mi acento el rumor.
¡Por qué siento, mis votos olvidados,
Esclavo de otra fé, nuevos ardores?
Pasa el tiempo de amar y ser amados,
Mas no pasa el amor.

II.

Otro día, á *Rosaura* encantadora
Al pié del mismo almez juré lo mismo,
Y recuerdo que, entonces, como ahora,
Cantaba un risueñor.

Pasó el tiempo, y los nuevos ruiseñores
Vinieron á cantar á otra hermosura;
Porque se van amados y amadores,
Pero queda el amor.

III.

Despues, al pié de este árbol, he sentido,
Extático mirando á *Rosalía*,
Momentos de emocion, en que he perdido
Para siempre el color.
¡Ay! ¡Pasarán, como pasaron antes,
Si no el amor, las almas que lo sienten?
¡Sí! ¡que es siempre, siendo otros los amantes
Uno mismo el amor!

IV.

Almóz, á cuyo pié tanto he adorado;
De amores, que aún vendrán, altar querido;
Que enciendes, recordando mi pasado,
De mi sangre el ardor...
Tú morirás, cual muere nuestra llama,
Y otro árbol nacerá de tu semilla,
Porque, aunque es tan fugaz todo lo que ama,
Es eterno el amor.

V.

Y cuando el mundo al fin sea extinguido
Y se oiga en las regiones estrelladas
Del orbe entero el último crujido

 En inmenso fragor,
Dios de nuevo la nada bendiciendo,
De ella hará otros almeces y otros mundos,
É irá un hervor universal diciendo:

—¡Amor! ¡amor! ¡amor!...—

XCIII.

¡ASÍ!

I.

Mira hácia allá. Tu eléctrica mirada
¿Por qué se clava con ardor en mí?
¡Es mi pecho un volcan! ¡muero abrasada!
¡No me mires así!—

II.

—Mira hácia acá. Tus ojos inconstantes
Ya no se clavan con ardor en mí;
Si he de vivir, mírame *así*... como antes...
Fíjate bien: *¡así!*—

XCIV.

EL ALMA EN VENTA.

Así con Satanás Julio habló un día:

—¿Quieres comprarme el alma? —Vale poco.

—Tan solo por un beso la daría.

—Antiguo pecador, ¿le has vuelto loco?

—¿La compras?—No.—¿Por qué?—Porque ya es mía.

XCV.

EL OJO DE LA LLAVE.

No te ocupes en cosas ajenas,
ni te entremetas en las cosas
de los mayores.

(*Kempis, libro 1.º, capítulo XXI.*)

I.

Á LOS QUINCE AÑOS.

 Dos hablan dentro muy quedo;
Rosa, que á expiar comienza,
Oye lo que le dá miedo,
Ve lo que le dá vergüenza.
Pues, ¿qué hará que así le espanta
Su amiga á quien cree una santa?
No sé qué le dá sonrojo,
Mas... debe ver algo grave
 Por el ojo,
Por el ojo de la llave.

El corazon se le salta
Cuando oye hablar, y despues
Mira... mira... y casi falta
La tierra bajo sus piés.
¡Ay! si ya á vuestra inocencia
No desfloró la experiencia,
No mireis por el anteojo
Del rayo de luz que cabe
 Por el ojo,
Por el ojo de la llave.

Desde que á mirar empieza,
De un volcan la ebullicion
Sube á encender su cabeza,
Vá á inflamar su corazon.
Claro; el sér que piensa y siente,
Siempre, cual ella, en la frente,
Tendrá del pudor el rojo
Cuando de mirar acabe
 Por el ojo,
Por el ojo de la llave.

De aquel anteojo á merced
Mira más... y más... y más...
Y luego siento esa sed
Que no se apaga jamás.
Mas, ¿qué ve tras de la puerta

Que tanto su sed despierta?
 ¿Qué? Que á pesar del cerrojo,
 Ve de la vida la clave
 Por el ojo,
 Por el ojo de la llave.

Haciendo al peligro cara,
 Ve caer su ingenuidad
 La barrera que separa
 La ilusion de la verdad.
 Pero ¿qué ha visto, señor?
 Yo solo diré al lector
 Que no hallará más que enojo
 Todo el que la vista clave
 Por el ojo,
 Por el ojo de la llave.

Siguen sus ojos mirando
 Que habla un hombre á una mujer,
 Y van su cuerpo inundando
 Oléadas de placer.
 Su amiga de gracia llena,
 ¿No es muy buena? ¡ah! ¡sí, muy buena!...
 ¿Pero hay alguien cuyo arrojo
 De ser mirado se alabe
 Por el ojo,
 Por el ojo de la llave?

II.

A LOS TREINTA AÑOS.

Mas, quince años despues, Rosa ya sabe
Con ciencia harto precoz,
Que el mirar por el ojo de la llave
Es un crimen atroz.

Una noche de Abril á un hombre espera:
La humedad y el calor
Siempre son en la ardiente primavera
Cómplices del amor.

Húmeda noche tras caliente dia...
Rosa aguarda febril.
¡Cuánta virtud sobre la tierra habria
Si no fuera el Abril!

Y como ella ya sabe lo que sabe,
Despues que el hombre entró,
De hácia el frente del ojo de la llave
Cual de un espectro huyó.

Y cuando al lado de él, junto á él sentada,
En mudo frenesí

Se hablan ambos de amor, sin decir nada,
Rosa prorumpe así:

—¡El ojo de la llave está cerrado?
¡Ay hija de mi amor!
Si ella mirase, como yo he mirado...
Voy á cerrar mejor.

XCVI.

MIS LECTURAS.

Después de Job, para templar mi enojo
Leo cantos de Byron con ardor;
Pero, espantado de los dos, arrojé
Si á Job con pena, á Byron con horror.

Entre un vil muladar y un negro infierno
Me quita éste la fé, y aquel la calma;
Y al fin, entre el antiguo y el moderno,
Prefiero el Job del cuerpo al Job del alma.

XCVII.

A...

No doy los tristes pensamientos míos
Por tus sueños ligeros y rosados,
Porque, á cráneos vacíos,
Prefiero corazones disecados.

XCVIII.

LO DE SIEMPRE.

I.

Un galan la adoraba,
Y ella reia, mientras él lloraba.

II.

Despues de cierto dia,
Mientras ella lloraba, él se reia.

XCIX.

TEJER Y DESTEJER.

Gracias á tí he caído
En el horrible estado
De olvidar cuanto puedo lo pasado,
Y despreciar despues quanto no olvido.

C.

LA VIUDA Y EL FILÓSOFO.

ELLA:—Muerto mi bien me matará la pena.

ÉL:—¡Ay! ¡cuánto envidia ese dolor mi hastío!

ELLA:—¡Urna es mi corazón de polvo llena!

ÉL:—Mi pecho es un sarcófago vacío.

ELLA:—¡No hay suerte tan cruel como mi suerte!

ÉL:—¡Dichosa la que amó y ha sido amada!

ELLA:—¡Hoy en mi corazón reina la muerte!

ÉL:—¡En el mío es peor, reina la nada!

CI.

Para querer á un rico, que es un nécio,
Por pobre me entregaste al abandono.
Si ha sido por codicia, te desprecio,
Si ha sido por amor... ¡te lo perdono!

CII.

NO HAY VIDA SIN TÍ.

¿Por qué quieres saber, Ana querida,
En qué vive mi espíritu ocupado?
Después que mi cariño has despreciado,
Me ocupo sólo en despreciar la vida.

CIII.

ELLOS Y ELLAS.

Se quieren dos; y él y ella
De amor, ó de bondad, el pecho lleno,
Mientras él nos pregunta—¿es bella, es bella?—
Ella vá preguntando:—¿es bueno, es bueno?—

CIV.

EL AMOR Y LA FÉ.

AL PIÉ DEL RETRATO DE QUINTANA, EN EL ALBUM DE LA SEÑORA
CONDESA DE ANTILLON.

Jamás cantó la fé ni los placeres,
Pero probó su musa soberana .
Que no son ilusiones los deberes,
Ni el patriotismo una palabra vana.
Mas, no adorando á Dios ni á las mujeres,
¿Cómo amaba y creía el gran Quintana?
Yo, exceptuando el amor, nada deseo.
Si suprimis á Dios, en nada creo.

CV.

CUESTION DE NOMBRE.

De una hermosa pagana la existencia
Salvó un cristiano, y, con fervor divino
La pagana dió gracias al *Destino*,
Y el cristiano alabó la *Providencia*.

CVI.

EL GAITERO DE GIJÓN.

Á MI SOBRINA GUILLERMINA CAMPOAMOR Y DOMÍNGUEZ.

I.

Ya se está el baile arreglando.
Y el gaitero ¿dónde está?
—Está á su madre enterrando,
Pero en seguida vendrá.
—Y ¿vendrá?—Pues ¿qué ha de hacer?
Cumpliendo con su deber
Vedle con la gaita... pero,
¡Cómo traerá el corazón
El gaitero,
El gaitero de Gijón!

II.

¡Pobre! ¡Al pensar que en su casa
Toda dicha se ha perdido,

Un llanto oculto le abrasa
Que es cual plomó derretido!
Mas, como ganan sus manos
El pan para sus hermanos,
En gracia del panadero,
Toca con resignacion
El gaitero,
El gaitero de Gijon.

III.

¡No vió una madre mas bella
La nacion del sol poniente!...
¡Pero ya una losa, de ella
Le separa eternamente!
¡Gime y toca! ¡Horror sublime!
Mas, cuando entre dientes gime,
No bala como un cordero,
Pues ruje como un leon
El gaitero,
El gaitero de Gijon.

IV.

La niña mas bailadora,
—¡Aprisa!—le dice—¡aprisa!

Y el gaitero sopla y llora,
Poniendo cara de risa.
Y al mirar que de esta suerte
Llora á un tiempo y los divierte,
¡Silban, como Zoilo á Homero,
Algunos sin compasion
Al gaitero,
Al gaitero de Gijon!

V.

Dice el triste en su agonía,
Entre soplar y soplar:
—¡Madre mia, madre mia,
Cómo alivia el suspirar!
Y es que en sus entrañas zumba
La voz que apagó la tumba;
¡Voz que, pese al mundo entero,
Siempre la oirá el corazón
Del gaitero,
Del gaitero de Gijon!

VI.

Decid, lectoras, conmigo:
¡Cuánto gaitero hay así!

Preguntáis ¿por quién lo digo?
Por vos lo digo, y por mí.
¿No veis que al hacer, lectoras,
Doloras y más doloras,
Mientras yo de pena muero,
Vos las recitáis, al són
Del gaitero,
Del gaitero de Gijón?...

CANTARES.

QUINTA PARTE.

AMOROSOS.

1.

La amo tanto, á mi pesar,
Que, aunque yo vuelva á nacer,
La he de volver á querer
Aunque me vuelva á matar.

2.

Desde que perdí el encanto
De mi primera pasión,
No he entrado en mi corazón
Por no morirme de espanto.

3.

No esperes que una mudanza
Me dé la tranquilidad;
Que amo en tí más la esperanza,
Que en otras la realidad.

4.

Si hago al juicio una llamada,
Me responde el corazon
Que si hay juicio no hay pasion,
Y si no hay pasion no hay nada.

5.

Como no vives tú en mí,
Vivo en tí, mas no contigo;
Y hasta no vivo conmigo,
Como vivo sólo en tí.

6.

Está tu imágen, que admiro,
Tan pegada á mi deseo,
Que si al espejo me miro,
En vez de verme, te veo.

7.

Perdí media vida mia
Por cierto placer fatal,
Y la otra media daria
Por otro placer igual.

8.

Más cerca de mí te siento
Cuanto más huyo de tí,
Pues tu imágen es en mí
Sombra de mi pensamiento.

9.

Sueño ó vele, no hay respiro
Para mi ardiente deseo,
Pues sueño cuando te miro,
Y cuando sueño te veo.

10.

Prometo que te he de amar,
Pero me has de prometer
Que sólo me has de engañar
Si me dejas de querer.

11.

Tu bien es mi gran contento,
Tu mal mi mayor sufrir,
Pues siento más tu sentir
Que lo que yo mismo siento.

12.

¡Qué razon tiene mi amor
Cuando te jura y rejura
Que, aunque grande, es tu hermosura
De tus gracias la menor!

13.

¡Quién, niña, te se figura
Que amará con más verdad,
Mis sentidos tu hermosura,
Ó el corazon tu bondad?

14.

Cuantos te han tratado y tratan,
En tu amor aprender suelen,
Todos, las penas que duelen,
Yo, los dolores que matan.

15.

Aunque esté muerto de cierto,
En nombre suyo llamadme;
Si no respondo, enterradme,
Porque de cierto estoy muerto.

16.

Marcho á la luz de luna
De su sombra tan en pos,
Que no hacen más sombra que una,
Siendo nuestros cuerpos dos.

17.

Me causas tanto pesar,
Que he llegado á presumir
Que mucho me debe amar
Quien tanto me hace sufrir.

18.

Todos pagan la traición
Con el ódio y el puñal;
Yo te pagué el mismo mal
Con el amor y el perdón.

19.

Si indócil á mis consejos,
Vas de mi cariño á huir,
Yo me voy mucho más lejos,
Porque me voy á morir.

20.

Nunca, aunque estés quejumbrosa,
Tus quejas puedo escuchar,
Pues como eres tan hermosa,
No te oigo, te miro hablar.

21.

Dios, que nos crió á los dos,
Podrá hacer que yo me muera;
Pero hacer que no te quiera,
Dios podría... porque es Dios.

22.

Un día á Richmond subí,
¡Y cuán bello lo hallaría,
Que, perdóname, aquel día
Fuí feliz hasta sin tí!

23.

Las malas son esas penas
Que sin matar nos maltratan;
Las que de un golpe nos matan,
¡Esas sí que son las buenas!

24.

Ten paciencia, corazon;
Que es mejor, á lo que veo,
Deseo sin posesion,
Que posesion sin deseo.

25.

Así, en inútil porfía,
Pasa esta vida traidora:
Yo pidiéndote que *ahora*,
Tú diciendo que *otro día*.

26.

Aun dí poco por tu amor,
Aunque por él dí, constante,
Veinte años por un instante,
La dicha por un favor.

27.

Vengo á pedirte perdon;
No puedo luchar contigo,
Pues mi mayor enemigo
Es mi mismo corazon.

28.

¡Ay! ¿por qué haciendo, perjura,
Dos veces fatal mi historia,
Me arrebatas la ventura
Dejándome la memoria?

29.

Para pintarte, querida,
Mi existencia de una vez,
Lee el resúmen de mi vida:
—Una tarde en Aranjuez.—

30.

Absorto en tí mi deseo,
Tan sólo en tu amor creí;
Pero ahora en nada creo,
Desde que no creo en tí.

31.

Si en tu gracia he de creer,
Quiero tus gracias mirar,
Pues mal te podré aprender
Si no te puedo estudiar.

32.

Ir hácia Atocha la ví;
La seguí, miré, miró;
Y no vine, ví y vencí;
Yo vine, ví, y me venció.

33.

Es tanta mi ceguedad,
Que te amo, aunque estoy seguro
Que con amarte aventuro
Mi dicha en la eternidad.

34.

Tú presumes, y no es cierto,
Que yo te oculto una cosa;
Y sólo te oculto, hermosa,
El llanto que por tí vierto.

35.

Porque en dulce confianza
Contigo una vez hablé,
Toda la vida pasé
Hablando con mi esperanza.

36.

Vuélvemelo hoy á decir,
Pues, embelesado, ayer
Te escuchaba sin oír,
Y te miraba sin ver.

37.

En la fiesta de San Blas
Reíste tanto con él,
Que desde entonces ¡infiel!
No he vuelto á reír jamás.

38.

Mientras bebí descuidado
El filtro de sus amores,
Me mató, cual los traidores,
Al descuido *con cuidado*.

39.

Tus perfecciones al ver,
Suelen los hombres decir:
—Sólo por verla, nacer;
Después de verla, morir.—

40.

Tras tí cruzar un bulto
Ví por la alfombra;
Ciego el puñal sepulto...
Y era tu sombra.

¡Cuánto, insensato,
Te amo, que hasta de celos
Tu sombra mato!

41.

Que es matarme, confieso,
El olvidarme;
Aborréceme, que eso
Ya es recordarme.

Por Dios te pido
Que me entregues al ódio,
Mas no al olvido.

EPIGRAMÁTICOS.

1.

Que me vendiste se cuenta,
Y añaden, para tu daño,
Que te dieron por mi venta
Monedas de desengaño.

2.

Que es corto sastre preveo,
Para el hombre la mujer,
Pues siempre corta el placer
Estrecho para el deseo.

3.

Siempre se rinde mejor
La fuerza de tu conciencia
Á un grano de violencia
Que á cien quintales de amor.

4.

Porque esté más escondido,
De tal modo te lo cuento,
Que entre mi boca y tu oído
No quiero que esté ni el viento.

5.

El mismo amor ellas tienen
Que la muerte á quien las ama;
Vienen si no se las llama,
Si se las llama, no vienen.

6.

Sin antifaz te veía,
Y una vez con él te ví;
Sin él no te conocía,
Mas con él te conocí.

7.

Ni te tengo que pagar,
Ni me quedas á deber;
Si yo te enseñé á querer,
Tú me enseñaste á olvidar.

8.

A un mármol Pigmalion
Le dió de mujer el sér,
Y en mí cambió una mujer
En mármol mi corazón.

9.

Si te ha absuelto el confesor
De aquello del Cabañal,
Ó tú te confiesas mal,
Ó él te confiesa peor.

10.

Por mucho que el tren corria,
Corre tanto un—yo te adoro,—
Que era tuyo en Valdemoro,
Y en Aranjuez ya eras mia.

11.

¡Qué bien supiste aprender
Lo que dice cierto autor:
Que suele en lances de amor
Ser la mentira un deber!

12.

¡Que no me conoce, ayer
Juró por no sé qué santo!
¿Cómo me ha de conocer
Si yo la conozco tanto?...

13.

Mira que ya el mundo advierte
Que, al mirarnos de pasada,
Tú te pones colorada,
Yo pálido cual la muerte.

14.

Cuando pasas por mi lado
Sin tenderme una mirada,
¿No te acuerdas de mí nada,
Ó te acuerdas demasiado?

15.

Aunque al salir tú del puerto
Quedé más muerto que vivo,
Verás, por ésta que escribo,
Que, con efecto, no he muerto.

16.

Levanta ese rostro inquieto
Y el mirarme no te asombre;
Que, aunque agraviado, soy hombre
Que muero con mi secreto.

17.

Yo no soy como aquel santo
Que dió media capa á un pobre;
Ten de mi amor todo el manto,
Y si te sobra, que sobre.

18.

Es el amor un galan
Que ni hambre ni hartura quiere,
Pues lo mata el mucho pan,
Y con poco pan se muere.

19.

Con desden me has molestado,
Y hoy con celos me molestas,
Y más bostezos me cuestas
Que suspiros me has costado.

20.

No engañarias, á fé,
Su fé con tan buenos modos,
Si éste, y aquel, y ese, y todos
Supieran lo que yo sé.

21.

Cual vil cazador me trata
La cazadora á quien amo:
Se esconde, saca el reclamo,
Vá la perdiz, y la mata.

22.

Testigo de eterno amor,
Le dí una flor á mi amante;
Mi suerte fué que la flor
Tan sólo duró un instante.

23.

Quisiera al jardin volver
De tu cariñoso amor,
Si se pudiera coger
Dos veces la misma flor.

24.

Pues yo la perdiz anhelo,
El mochuelo es para tí;
Ó bien para tí el mochuelo,
Y la perdiz para mí.

25.

Como en la iglesia te ví
Despues de lo de la fiesta,
Me santigüé y prorumpí:
—¿Quién dirá que aquella es ésta?—

26.

Sin saber decir por qué es,
Para los malos amantes,
Todas son discretas antes,
Y todas tontas despues.

27.

Con tanto placer cruzamos
El túnel de Elda los dos,
Que al salir de él exclamamos:
—¿No habrá otro túnel, gran Dios?—

28.

Lo recuerdo de tal modo,
Que aún creo que estoy mirando
Cómo fuiste colocando
Mano, pié, cabeza y todo.

29.

Cuando cobrar una de uno
Quiere prenda que aún no dió,
Esa una vendió á alguno
Lo que alguno no pagó.

30.

Ya sé que aunque perdi en ello,
He perdido tu amistad,
Desde que hablando de aquello,
Te dije aquella verdad.

31.

Por más que sobre árbol bueno
Otro mejor he ingertado,
Nunca hay fruta en mi cercado
Como en el cercado ageno.

32.

No hay quien en suerte te venza,
Pues aún crec la multitud
Que es pudor de tu virtud
El rubor de tu vergüenza.

33.

En vano al pié de un retablo
Le juras á Dios ser fiel;
Despues que fuiste de aquel,
Sólo puedes ser del diablo.

34.

De noche, sólo y á pié,
Voy á tu lado, me acuesto,
Me vuelvo, y nadie me ve...
Todo en sueños por supuesto.

35.

Casi te lo agradecí
Cuando el engaño toqué,
Pues si loco me acosté,
Filósofo amanecí.

36.

Loca por mí te figuras,
Mas ya ven los que te advierten,
Que nunca haces más locuras
Que aquellas que te divierten.

37.

No inquieras con tal constancia
Si soy ó no soy leal;
Que toda dicha cabal
Nace de alguna ignorancia.

38.

Te pintaré en un cantar
La rueda de la existencia:
Pecar, hacer penitencia,
Y luego vuelta á empezar.

39.

¡Cuántos deseos cautivos
Te manda mi corazón
Volados en la expresión
De estos puntos suspensivos!...

40.

Entonces, con el deseo,
Sin mirarte te veía;
Pasó algun tiempo; y hoy día,
Si te miro, no te veo.

41.

Diciéndolo, no diré
Lo que aquel pinar esconde;
Allí, ya recuerdas dónde,
Nos pasó, ya sabes qué.

42.

Pensando que he de morir
Á tal desventura llego,
Que como un muerto me entrego
A la dicha de vivir.

43.

Si es fácil una hermosa,
Voy y la dejo;
Si es difícil la cosa,
Tambien me alejo.

Niñas, cuidad
De amar siempre con fácil
Dificultad.

FILOSÓFICO-MORALES.

1.

Por más contento que esté,
Una pena en mí se esconde
Que la siento no sé dónde
Y nace de no sé qué.

2.

Fuí un día á la ciudad,
Y me volví al otro día,
Pues mi mejor compañía
Es la mayor soledad.

3.

La vida es dulce ó amarga;
Lo corta ó larga ¿qué importa?
El que goza la halla corta,
Y el que sufre la halla larga.

4.

Dejándome en paz sufrir,
Puedes, ventura, pasar,
Pues como te has de marchar,
No gozo en verte venir.

5.

Cuando las penas ajenas
Mido por las penas mías,
¡Quién me diera á mí sus penas
Para hacer mis alegrías!

6.

Menor el tormento fuera
De esta duda en que me muero,
Si, cual sé lo que no quiero,
Lo que yo quiero supiera.

7.

Decía yo, de amor loco:
—¡Penar tan poco por tanto!—
Y dije, al perder mi encanto:
—¡Penar tanto por tan poco!—

8.

Con tantos pesares lidia
Mi corazón en el mundo,
Que cuando ve á un moribundo,
Casi se muere de envidia.

9.

¡Qué divagar infinito
Es esto en que el hombre vive,
Que siente, piensa y escribe,
Y luego borra lo escrito!

10.

Mal hizo el que hizo el encargo
De hacer las cosas al gusto;
Todo es corto ó todo es largo,
Y nada nos viene justo.

11.

Para divertir su afán
Cantaba á su reja un loco:
—Unos estamos por poco,
Y otros por poco no están.—

12.

Tanto suelen mi sufrir
Las desdichas apurar,
Que á veces me echo á reir
Por no poderlas llorar.

13.

Corro de aquí para allí
Sin que halle mi afan parada,
Y no es porque busco nada,
Es que ando huyendo de mí.

14.

Siembre penas ó contento,
Me nacen á manos llenas,
Por cada placer cien penas,
Por cada pena otras ciento.

15.

El tiempo á todos consuela,
Sólo mi mal acibara,
Pues si estoy triste se pára,
Y si soy dichoso vuela.

16.

Como asegura un autor,
La muerte es un grande sueño;
Si es bueno el sueño pequeño,
El grande será mejor.

17.

¡Cómo cansan, cómo cansan
Las horas que van pasando,
Y el no descansar, pensando
Cómo los demás descansan!

18.

Pasa un día, y sabe Dios
Que mi atroz melancolía
No siente que pase un día,
Sino que no pasen dos.

19.

Mi deseo es desear,
Más que alcanzar lo que quiero;
Y mejor que lo que espero,
Lo que quiero es esperar.

20.

Cuando más desesperado
Voy del cielo á maldecir...
¡Bendigo á Dios, que me ha dado
La esperanza de morir!

21.

Con más fé se soportara
La vida, si se pudiera
Llorar cuando se anhelara,
Morir cuando se quisiera.

22.

Ya lo gozado y sufrido
Se ha pasado, y claro está
Que si pasó lo venido,
Lo que venga pasará.

23.

Si ayer tropecé bastante,
Hoy tropiezo mucho más;
Antes mirando adelante,
Despues mirando hácia atrás.

24.

La tumba es al lecho igual;
Pero bien sabido ten
Que en uno se duerme mal,
Y en otra se duerme bien.

25.

Sufro poco, al recordar
Que ha de acabar mi sufrir;
Ni gozo cuando, al gozar,
Recuerdo que he de morir.

26.

Si como se sabe ya,
El que *espera desespera*,
Quien, como yo, nada espera,
¡Cuál se desesperará!

27.

Si entre no haber sido y ser
Hubiera el hombre elegido,
Claro es que hubiera escogido
El no poder escoger.

28.

Del mundo entré en el bazar;
Mas ¡cuánto he sufrido al ver
Que ya es costumbre vender
Cuanto se quiere comprar!

29.

Tengo un consuelo fatal
En medio de mi dolor,
Y es, que hallándome tan mal,
Nunca podré estar peor.

30.

Nunca he podido olvidar
Lo que me dijo al partir:
—Tú piensa para decir,
Mas no hables para pensar.—

31.

Tarde ví lo inútil que es
Dar gusto á nuestra esperanza,
Pues cuando una cosa alcanza,
Quiere otra cosa despues.

32.

Con permiso del Eterno
Dudo cuál será mayor,
Si aquel dolor del infierno,
Ó este infierno de dolor.

33.

Ya ni por saber trabajo,
Que es este mundo de prueba;
Quien sabe por qué me trajo,
Ya sabrá por qué me lleva.

34.

Yo no siento que la suerte
Me abrutine cada vez más;
Lo que siento es que la muerte
No llega á tiempo jamás.

35.

La dicha es una ilusion,
Pues se puede, en mi sentir,
Una tragedia escribir
Del más feliz corazon.

36.

Ya de sentimiento llena,
Siente en falso el alma mia,
Pues lo alegre me dá pena,
Y lo que es triste alegría.

37.

No vengas, falso contento,
Llamando á mi corazon,
Pues traes en la ilusion
Envuelto el remordimiento.

38.

Dame la vida, ¡oh dolor!
Compañero eterno mio,
Pues si no fuera tu amor,
Ya hubiera muerto de hastío.

39.

Despues que ya se ha agotado
Todo humano sufrimiento,
Siempre hay un nuevo tormento
Para un viejo atormentado.

40.

Llorar de placer se suele,
Y es que en nuestro corazon
Hay siempre una vibracion,
Que, aun con el placer, nos duele.

41.

Mucho sabria, en verdad,
Si supiera la razon
Dónde acaba la ilusion
Y empieza la realidad.

42.

¡Infeliz del que en la tierra
Las ilusiones perdió,
Y está además, como yo,
Con sus recuerdos en guerra!

43.

Llaman vida á ir de esta suerte
Hasta que el cuerpo sucumba,
En agonías sin muerte,
Y en una muerte sin tumba.

44.

Ayer sudé por ganar
Lo que hoy me causa desgana,
Y hoy sudo por alcanzar
Lo que me aburra mañana.

45.

Cuando con fé inextinguible
Pretendas dichoso ser,
Lo primero que has de hacer,
Es discutir *si es posible*.

46.

Piensa con ojos serenos
Cómo y cuándo morirás;
Que siendo el morir lo más,
El cómo y cuándo es lo ménos.

47.

Mi madre, que me amaba
Con desvarío,
Siempre al verme exclamaba:
—¡Consuelo mio!—
¡Y hoy, santo cielo,
Quién consolar pudiera
A aquel consuelo!

48.

Te enseñó, pues quisiste,
Toda su ciencia,
¡Y hoy le preguntas ¡triste!
Por tu inocencia?
 ¡Cómo ¡imprudente!
Querías, siendo sábia,
Ser inocente?

NOTAS.

ADVERTENCIA SOBRE LAS NOTAS.

La estimacion por el poeta, el amor al arte, la novedad del género, las vivas controversias que ha suscitado, y otros motivos, han sido causa de que nos decidiésemos á tomar la pluma para poner notas críticas á la presente coleccion; método, á nuestro juicio, tan útil y oportuno en este caso, como una disertacion dogmático-crítica, que no seria más que una de tantas, inferior, sin duda, en mérito á las publicadas hasta el dia, y mucho más á la de mi excelente amigo Aguilera, tan competente en esta materia, y con que vá encabezado el libro.

Las dificultades habidas en el desempeño fueron mayores de lo que en un principio pudimos figurarnos. Seducidos por el ejemplo del ilustre Quintana, no alcanzamos al pronto la diferencia que hay entre juzgar cincuenta y seis poetas de índole, estudios y tendencias tan diversas, eslabonados en el largo periodo de cuatro siglos, y anotar á éste, de carácter ceñido y concreto, en una sóla de sus manifestaciones. De aquí lo laborioso del juicio, la monotonía y las repeticiones enfadosas á cada paso, que impiden toda variedad; razon por la cual, si hubiéramos de perfeccionar este trabajo, no acabaríamos,

ni quedáramos nunca satisfechos, y más tratándose de un escritor que tanto refleja su tiempo, pues en él están encarnados el realismo y el escepticismo de la época, el espiritualismo cristiano y el panteísmo moderno, la fé y la duda, el pesar y la alegría, la exaltación y el abatimiento.

Como la dolora, lleve ó no tal nombre, si bien alguno ha de tener, y nadie más respetable que su autor para ponerle, es realmente un género nuevo, sin filiación bien notoria en nuestra literatura pátria, pareciéndonos oportuno, con las citadas notas, tratar de escudarle contra todo extravío en que pudieran dar los imitadores, exajerando los pecados veniales de que adolece, sin desarrollar sus bellezas, como ha sucedido con Góngora.

El lector no debe considerarlas como un trabajo completo hasta en sus detalles; no ha sido, ni debía ser, este tal propósito; porque, de serlo, pecaríamos de enfadosos y pesados, partiendo del supuesto de una ignorancia completa en el que leyere. Queda, por lo tanto, que estudiar bastante sobre el mérito de la rima, la variedad de la combinacion de metros y de estrofas, la belleza de la versificación, el uso de tropos y figuras, la correccion del estilo; en general, la filiación de algunas doloras con otras en que á veces se sigue un pensamiento fijo, hasta agotarle bajo puntos de vista diversos en composiciones sucesivas.

Es Campoamor un poeta de mucha variedad, pero poco propenso por carácter á la morbidez y á la blandura; describe con exactitud y concision, narra con naturalidad, y dialoga con energía; pocas veces peca por el argumento cuando no se inclina á la paradoja; en la invencion y composicion es sóbrio, y sus cuadros tienen una

terminacion feliz y bien graduada: el estilo es á menudo más nervioso que fluido, severo y cortado más que dulce y rítmico, y sus períodos, concisos en demasía á veces, le quitan riqueza, abundancia y número; pero si los versos no alcanzan siempre todas estas cualidades, sobresalen, en cambio, por el brio y por la sentencia.

Confesamos, en fin, haber dicho poco sobre el arte de componer y presentar sus asuntos, porque es una de las cosas que más le caracterizan, puesto que tiene una *manera propia*, verdadera causa de dificultad para imitarle, y en que se correrá riesgo de seguirle, haciéndolo sin el estudio ni la meditacion conveniente. Queda tambien otra cuestion, que nace de la lectura de las doloras; la de saber si el octosílabo es su mejor forma de expresion popular, y del género que el endecasílabo, como lo parece indicar la insistencia del poeta en el uso del metro corto.

Puntos son todos estos que, perteneciendo más á la belleza extrínseca ó plástica que á la intrínseca ó filosófica, puede el lector examinar por sí con poco esfuerzo; y el no consignarlos con minuciosidad descarga la critica de una muchedumbre de observaciones, que á la altura á que ha llegado hoy la educacion parecerían impertinentes y acaso pueriles.

En la eleccion de las doloras escogidas para ser anotadas, no ha habido un rigor extremado; se han incluido algunas doloras más de lo que quizá se debiera, porque esto ofrece ventajas al estudio y á la comparacion, pues señalados el mérito de las unas y las imperfecciones de las otras, se ve con más relieve el contraste, y la enseñanza puede ser eficaz y práctica.

Nada más tengo que decir de un trabajo delicado y espinoso, que estoy seguro no satisfará á los doctos. No

fué este mi ánimo, puesto que he tenido presente á la generacion que viene, y no á la generacion que pasa, dándole en tan corto estudio el pequeño caudal de mis conocimientos; amargo fruto del árbol de la experiencia, adquirido con los sinsabores de la vida, los placeres del estudio y el triste privilegio de los años.

Madrid 31 de Mayo de 1864.

D. M. RAYON.

Nota I.—Dolora 1.^a

COSAS DE LA EDAD.

Damos comienzo por esta dolora, una de las primeras que han salido de la pluma del autor. En ella están contenidas en embrion muchas de las calidades que andando los años desplegó el poeta. Su *manera* de componer, la forma dramática, la intención social y filosófica, la abundancia de refranes y sentencias como tésis y como conclusiones de sus poesías, la estructura y distribución ordenada por partes de sus cuadros, la pintura real de los caracteres, la abundancia, variedad y riqueza de situaciones que escoge para sus asuntos, como se irá viendo, todo está aquí de un modo latente.

En esta composición, un argumento sencillo y un pensamiento trascendental se unen á un desempeño fácil y de efecto seguro. El interés del diálogo nace del contraste de dos edades tan difíciles de comprenderse. Los raciocinios de la abuela son concluyentes; sin embargo, la nieta no se enmienda, contesta, y al contestar es el intérprete de toda la posteridad, que será, como ha sido en este caso, incorregible; de aquí parte el poderoso resorte de la dolora, que dá la clave de la historia de la vida. ¡Cómo habla la cabeza y cómo responde el corazón! El tema está bien planteado y queda sin resolver, porque no tiene solución posible en esta situación en que cada uno obedece al influjo de su edad, probando la abuela y la nieta que la generación que pasa es y será siempre un problema para la generación que viene. El contraste que resulta de las edades respectivas y de las situaciones y profesiones de la vida es, como tendrá ocasión de ir notando el lector, uno de los buenos recursos del poeta para el artificio y éxito de sus composiciones.

Esta dolora, como otras muchas, permite que puedan ser representadas con feliz éxito, siempre que se hallen intérpretes que comprendan bien al autor, lo cual no sería uno de los entretenimientos ménos agradables en las largas veladas del invierno. Podrá hallarse la nieta maliciosa que quiera hacer su papel; pero ¿se encontrará con tanta facilidad la abuela descargada que quiera encargarse del suyo?

Nota II.—Dolora 2.^a

GLORIAS DE LA VIDA.

Esta dolora es digna de un pincel. El cuadro es sóbrio, completo y acabado en todos sus detalles; la ejecución esmerada, fácil y correcta. El poeta, triste y desesperado, arroja al fuego las cartas de sus novias, y aquellos dulces rasgos de amor vuelan en pavesas al impulso de la devoradora llama. Ocúrresele entonces que *¿humo las glorias de la vida son!* El pensamiento es poético, de gran melancolía y de un carácter general, porque es la faz dominante de nuestra naturaleza en cierta época de la vida; por eso esta dolora vivirá siempre, y tendrá una aplicación diaria en las mutuas relaciones de ambos sexos. Una duda, sin embargo, se nos ocurre. ¿Tenía motivos razonables el poeta para quejarse con tanta amargura, siendo él tan fácil en querer á tantas? Creemos que no: por eso vemos aquí un proceso general del amor, más que un caso de desdicha particular, lo cual debilita el concepto y dá á la obra un tono satírico contra el bello sexo. El poeta debe tener razón siempre en sus pasiones, y quien ha amado á muchas deja de tenerla. Por esto aseguramos sería de un mérito superior esta poesía si, en vez de muchas, fuesen de una sola las cartas, deduciendo de un desengaño particular que son humo todas las glorias de amor. Hemos insistido en esto, por creerlo importante para la mayor perfección de una obra tan acabada y tan bella como lo es esta dolora.

Nota III.—Dolora 3.^a

VENTAJAS DE LA INCONSTANCIA.

Dolora del género de las festivas. Su forma, su composición y hasta la rima le dan fisonomía propia. Muchos moralistas de la literatura han vituperado esta y otras de igual índole. Tienen razón; pero el arte ¿es siempre un sermón? La pintura de la realidad de la vida ¿no moderna? ¿no corrige? Esta dolora, contra las falsas y coquetas, es de

una grande enseñanza, pues predica muy alto que debe haber lealtad en los compromisos, porque, de lo contrario ¡adiós amor! pasión la más bella y noble de nuestro ser. Aquí, como en otras composiciones del mismo género, el poeta parece escéptico, y no obstante, sería aventurado calificarle de tal, teniendo á la vista otros lugares del mismo; y aun cuando otra cosa fuera, ¿sería esto una verdadera contradicción? De ninguna manera; y por qué? Porque el arte abraza todos ó muchos particulares de la vida, de géneros y órdenes diversos, ya armónicos entre sí, ya contradictorios. Pintar el bien y el mal dentro de sus propias condiciones es una ley á que obedece el poeta, á quien en muchos casos no se le puede exigir entera responsabilidad, porque no sabemos si piensa lo que pinta, ó pinta lo que siente. Aquí un tunante engaña á una jóven, y viéndose á su vez burlado por ella, se consuela, en desquite, con que la ha faltado antes. Ambos salen castigados, cumpliendo el refrán: *á un pícaro otro mayor*. ¿No hay aquí enseñanza? Después de leída esta poesía, lo primero que se ocurre es obrar con sinceridad y mucha cautela en un negocio de los más espinosos de la vida, y la dolor es una voz de alerta contra las falsas y la mala fé emboscadas. Firma el poeta en su pueblo natal, con lo que nos dá también á entender que fechorías de esa índole pasan lo mismo en la ciudad que en el campo, en lo cual anda acertado, pues la humanidad, en este caso, es igual en todas partes, á pesar de las santidades pastoriles tan celebradas por nuestros mayores.

Permitáscenos decir dos palabras sobre el autor del epigrafe, asunto de la composición. Inteligencia clara, fina y cultivada; dedicó los cortos años de su juventud al estudio del derecho, hermanándole en sus días con el cultivo de las humanidades y de las bellas artes, en cuyos ramos dejó muestras de sus felices disposiciones, buen ingenio y exquisito gusto. Quizá algun día demos á luz sus poesías, como testimonio de tierno cariño por un hermano tan querido, arrebatado á la vida en 1855, á los treinta y cuatro años de edad. Campoamor le consagra aquí un recuerdo de la amistad que profesó siempre al que había sido desde la infancia su compañero querido por aquellos pueblecillos de Vega, Andrés, Piñera, Anleo, Oter y márgenes del río Navia; testigos todos de las primeras ó inefables impresiones de ambos, traducidas más tarde en hermosas poesías.

Nota IV.—Dolora 6.^a

LAS DOS ALMAS.

Esta composición, tierna y delicada, es de las que pertenecen á los buenos tiempos del autor, en que la lectura, la instrucción y la filosofía no habían dado aún á sus versos una dirección más calculada y razonadora.

Nota V.—Dolora 7.^a

NO HAY DICHA EN LA TIERRA.

Si no hay dicha de niño, de joven, ni de viejo, ¿dónde la habrá? En la muerte. Véase, pues, la dolora que sigue, de la cual ésta no es más que una premisa. La composición es agradable por la tristeza y la inquietud que reina en toda ella, por la poética expresión de las tres edades cardinales de la vida, y por los hermosos versos con que termina:

"Tomo á la muerte, y la muerte
Todos los males consuela."

Nota VI.—Dolora 11.

VANIDAD DE LA HERMOSURA.

Cuadro completo y conciso, con arte pensado y con habilidad y sentimiento desempeñado. El realismo de la belleza y del amor no es más que *aire, sombras é ilusiones*. Sin embargo, la interlocutora no comprende esta verdad, y se muestra incrédula, según se colige de sus maliciosas preguntas, ¡Cuán pronto la edad y los desengaños habrán puesto á la pobre Octavia en consonancia con las opiniones del poeta!

Nota VII.—Dolora 15.

LA COMPASION.

Excusado nos parece decir nada sobre el mérito de la composición, que se recomienda por sí sola. El lector gozará con la lectura de esta leyenda, de un desempeño y carácter *arromanzados*, que la hacen muy agradable.

Nota VIII.—Dolora 18.

EL CONCIERTO DE LAS CAMPANAS.

Este instrumento de la cristiandad, que llama á los fieles á la oración en los templos, y habla siempre en todas las ceremonias alegres ó tristes de la Iglesia, ha servido de tema constante á la inspiración de los poetas. Campoamor nos dá aquí, en forma y ejecución sencillas, *Benas de armonía imitativa, una muestra del efecto que produce en su ánimo el eco triste del melancólico tañido de las campanas en dos opuestas situaciones, y que le trae á la memoria el vano afán de las cosas de la vida.*

Esta y Métricas que pasan son doloras de un mérito particular, á que no será ciertamente insensible el lector más frío.

Nota IX.—Dolora 22.

VAGUEDAD DEL PLACER.

Bajo la hermosa y poética alegoría del arco Iris, perseguido por unos niños, se describe lo que es la felicidad y todo el cortejo de venturas que soñamos, los cuales, unas veces nos parece que han pasado, y otras que están por venir. Esta poesía es rica por su colorido poético, animada por la narración, dramática por el diálogo, pintoresca por las descripciones y feliz por la conclusión que la resume.

Nota X.—Dolora 25.

ADIOS PARA SIEMPRE.

Hermosa composición. Modelo de sobriedad, de suavidad y de ternura. Es una de las doloras más perfectas por el conjunto, la ejecución y sencillez del plan. El poeta vá á explicar los motivos que tiene para decir *Adios para siempre* á Carolina, y lo hace con una concisión, verdad y naturalidad que encanta, envolviendo al mismo tiempo una delicada lisonja á Carolina en los dos primeros versos del segundo cuarteto.

Un adios con más belleza poética expresado, de seguro que no lo habrá oído ninguna Carolina, ni llevado consigo á su partida una impresión más grata.

Nota XI.—Dolora 31.

PORVENIR DE LAS ALMAS.

El consuelo que el poeta procura á su hermana por la muerte de su hija es natural, nace del fondo mismo de las creencias religiosas, se desenvuelve y termina con sencillez y sin artificios extraños y no aducidos. *Morir es resucitar*: hé aquí la tesis cristiana; y como una niña resucita para la bienaventuranza eterna, hé aquí su felicidad y el consuelo para la afligida madre. Nótese los razonamientos que emplea el poeta para convencer, y se verá con qué naturalidad están hechos. No quisiéramos, sin embargo, ver en la penúltima estrofa un pensamiento que debilita la base de la dolora, pues implica duda y hasta contradicción, toda vez que la poesía estriba en el fundamento de la fé.

Si esta composición en su pensamiento y en el arreglo del plan es buena, no nos parece igual en la pureza del desempeño. Hay algunos versos duros, como el primero, y demasiado asonancias y consonancias en *eo* y en *ia*, que siempre deben evitarse en cortas composiciones.

Nota XII.—Dolora 35.

LA DICHA ES LA MUERTE.

Pertenece esta dolora á uno de los móviles más pronunciados en el autor, muy dado á tratar y resolver estas tesis filosóficas, que han sido y serán el eje sobre que giren las ideas y los sentimientos de la humanidad y del individuo. El poeta afirma, resuelto, que la dicha es la muerte; ¿y por qué? Porque se ha dirigido á diversas clases y edades y todas á la vez le responden con acento de dolor que el sufrimiento es la condición ineludible de sus respectivos estados. De aquí deduce que no hay dicha en la vida, y que es preciso atravesar el triste pórtico de la tumba para alcanzar en otras mansiones de eterna bienandanza, la ventura que se niega á los mortales en esta región de penas y desolaciones.

Esta composición, como se ve, es altamente espiritual y cristiana; afirma en la creencia de la inmortalidad del alma, y en que las penas y sufrimientos de este mundo servirán de expiación para alcanzar la dicha en la otra vida, que es lo que piadosamente debemos pensar de nuestros hermanos. Aparte de lo dicho, y de la vigorosa dialéctica empleada por el poeta, tememos que predique en vano, pues dudamos que los magnates, los ancianos, las hermosas, ni nadie, crea que la dicha es la muerte. ¡Tan poderoso es el sentimiento de la vida! Y sin embargo, no por eso será ménos cierto el tema.

Más bella por la idea y el arreglo de su plan que por la riqueza de su poesía, tiene, sin embargo, esta dolora una de las supremas condiciones del arte, la melancolía; por eso simpatizaremos todos siempre, á su lectura, con aquel Judío Errante de la felicidad, que vá por todas partes, preso de infernal batalla.

Nota XIII.—Dolora 36.

LA OPINION.

La concrecion más posible de una idea, la reduccion más completa de un pensamiento, y el menor desarrollo alcanzado en el plan y dimensiones de la obra, son facultades en que campea y de que hace

alarde este poeta en un tiempo en que la poesía tiende, y es con frecuencia exuberante y gárrula hasta el fastidio. En el arte todos los extremos son vituperables, si bien es preferible la extremada concisión á la dilución fatigante de la obra. El asunto de ésta es difícil y vago; tema de disertaciones y diatribas en pró ó en contra, ha sido y es un palenque donde combatan plumas hábiles. ¿Qué es, sin embargo, la opinión en el hecho más natural de la vida? ¿Es la uniformidad del juicio? No; pues entonces no hay singular para esta palabra. Sabemos cómo el poeta piensa en este asunto, cuando nos ha afirmado resueltamente en una dolora que la dicha es la muerte. Ahora vamos á ver qué piensa la generalidad sobre la misma cuestión. Una niña se muere y la llevan á enterrar. Á su paso por delante de las gentes, cada uno exclama de diverso modo, pero perfectamente adecuado. ¿Qué se deduce al fin? Que la opinión no puede ser una, sino la resultante de las variadísimas condiciones de la vida, de la edad, del sexo, de la educación, de las profesiones, etc. Conclusión veraz y que nos conduce, como por la mano, de lo particular á lo general, para saber lo que es la opinión, según los tiempos, las personas y las circunstancias.

¿Nos atreveríamos á indicar que, á pesar del mérito de esta composición, aun dado el género, se echa de ménos la armonía rítmica, que tanto poder tiene siempre sobre nuestra organizacion?

Nota XIV.—Dolora 37.

¡QUIÉN SUPIERA ESCRIBIR!

Composicion bien sentida, diálogo animado con reticencias maliciosas y llenas de gracia. Aunque el protagonista es una mujer vulgar, que ni aun sabe escribir, nótese la conveniencia del lenguaje, que no se aparta de la naturalidad, aun en medio de una pasión ardiente al par que tierna. Nótese tambien cómo circula el fuego por toda ella, y cómo desde la estrofa octava, parte creciendo en ardor, en violencia y en colorido. Al leer esta y otras composiciones del autor, se advierte pronto un sagaz conocimiento del corazón y sus flaquezas, como tambien el arte muy meditado de saberlas exponer con verdad y sencillez. La elección del amanuense, sobre ser natural para

una aldeana, está bien calculada, por cuanto suministra grandes medios de contraste, y hace posible el desempeño del asunto; posible en lo que cabe, pues no acertando á ser el rápido ni exacto intérprete de aquel corazón apasionado, prorrupe la hermosa aldeana en la preciosa arena de lo que hubiera de poner si supiera escribir.

Nota XV.—Dolora 38.

AMAR AL VUELO.

¿Qué diremos del arte y desempeño de esta composición? ¿Qué armonía, qué versificación tan fácil, tan ligera y encadenada desde el principio al fin! Nos parece difícil hacer más en rima libre, sin sujeción á ley alguna, más que las del tacto y el buen gusto. El carácter de la dolora es adecuado al de la edad de la niña, y de aquí su recíproca consonancia y cadencia. Recomendamos el estudio de estas irregulares estrofas, que tan buen efecto producen en el oído, y que tienen la ventaja de no caer en el martilleo ó monotonía, á que propenden las regulares y compasadas.

Del fondo de esta composición no podemos decir otro tanto. Hay una gran amargura bajo apariencias dulces, y abundan las sentencias veraces y desoladoras, producto del desencanto que trae consigo la edad, y que viene á parar á esta terrible conclusión: *el amor no existe*. Verdad es que penetrando un poco en el sentido íntimo, asoma la influencia de cierto panteísmo, que podríamos llamar amoroso.

¿Qué quiere decir esto:

Aunque no importa realmente
Que ames infinitamente,
Si amas infinitas cosas.

.....
.....
Ama mucho, más de modo
Que estés siempre enamorada
De un cierto todo que es nada,
De un cierto nada que es todo!

Si el amor no existe, ó existe en esta forma, toda niña oirá como quien oye llover, semejante desatino; y en fin, si la mariposa, como si-

mil de amor, es uno de los temas constantes de los poetas, no es méuós cierto que la pertinaz y oscura ostra le ha seguido de cerca para bien de los verdaderos amantes.

Nota XVI.—Dolora 39.

EL BESO.

Esta composición no es lo que aparece á primera vista, pues no se trata de un hecho particular, sino general. Aquí se canta el amor universal de ambos sexos en una de sus manifestaciones más poéticas; en una palabra, la totalidad de la vida del amor, en cuyo caso la humanidad es la resultante de la armonía de un beso general en todos los tiempos desde Adán hasta nuestros días, como indica el autor. Éste nos define con exactitud las diversas clases de besos que hay, y que no son otra cosa que *la expresión de un idioma universal*. La rima tiene novedad, es de difícil manejo, y su éxito pende del buen gusto del autor; pero la dolora se distingue más por el pensamiento que por la forma, pues siendo tan vasto aquel, se diluye algo ésta, y no impresiona con viveza el ánimo. Hay además en ella, aunque con deliberado modo, demasiadas consonancias y asonancias, que dan monotonía al conjunto. Las estrofas 3.^a, 4.^a y 7.^a sobre todo, son, sin duda, las mejores. También debemos notar que no faltan aquí pensamientos alambicados y conceptuosos, á que es dado á veces el escritor, y que son lunares con que empaña de cuando en cuando sus hermosos cuadros. Esto, que nace del fondo filosófico ó subjetivo de su propia *manera*, tiene graves riesgos en los imitadores, pues volveríamos desgraciadamente á los tiempos de la poesía culta.

Nota XVII.—Dolora 46.

¿QUÉ ES AMOR?

No siempre el poeta subyuga ni fascina. *Alitquando bonus dormitat Homerus*. Si esto nacació á tan grande ingenio, ¿cómo no ha de su-

ceder á los demás? Una niña hermosa, con la ingenuidad propia de sus años, le pregunta quées amor. El interlocutor no puede ser más bello, ni la pregunta más natural ó inocente; ¡hermosa situación! y sin embargo, el poeta no ha atinado con la respuesta, que, sobre ser cradita, conceptuosa y no pertinente por su poco acierto, es débil y vaga, con ribetes de atea en sus conclusiones. Añádese á esto el empleo de una metrificacion poco elástica y de enfadoso martilleo.

El amor: idealismo puro, ó puro realismo, es, por consiguiente, todo lo sublime y todo lo vulgar, todo lo grande y todo lo pequeño, todo lo hermoso y todo lo prosaico: esto lo sabemos muy bien; por tanto esperábamos una respuesta más acabada de quien escribió *Vivir es sufrir*. Otro modo mejor de desempeño, ya que el poeta no quiso dar su opinion, seria, en nuestro sentir, la exposicion de lo que han dicho los más levantados pensadores y artistas con que se honra la humanidad, lo cual valdria más que la mayor parte de los protagonistas citados. Entretanto, ¡sombras, adorables siempre, de Marcella, de Inés de Castro y de Macías, perdonad á este poeta un momento de mal humor!

Nota XVIII.—Dolora 47.

LAS DOS GRANDEZAS.

Esta leyenda griega de la entrevista de Alejandro con Diógenes, transmitida por Plutarco y otros escritores de la antigüedad, fué objeto siempre de comentarios, porque implica la pregunta de quién de los dos es más grande? La humanidad, sin embargo, se ha ido con Alejandro, no por vanagloria, sino por razones poderosas, que no son de este lugar. Cualquiera que fuese el mérito de Diógenes, no podemos dudar que éste era un hombre excéntrico, si no extravagante, segun las cortas noticias que han llegado hasta nosotros, y por tal tenido entre sus conciudadanos. Rousseau, que es su semejante en nuestros tiempos, le lleva gran ventaja, porque es el iniciador más poderoso de la libertad moderna, y una de las protestas más fuertes del espiritualismo y del sentimiento contra el grosero materialismo de los enciclopedistas, como se vé en muchas de sus elocuentes páginas. Herida la imaginacion del poeta, como lo ha sido la de otros muchos, por

la singularidad del caso, le pinta dramáticamente en esta escena conforme á la tradición, procurando ser fiel á la verdad moral de ambos caracteres, y pareciendo quizá inclinar nuestro ánimo á que la gloria militar, como la científica, son dos grandes miserias, que nunca habrán de comprenderse ni hacerse mútua justicia.

Dos extremos tan fuertemente acentuados como Alejandro y Diógenes, son imposibles de conciliar; y la humanidad sería muy desgraciada marchando exclusivamente por cualquiera de los dos caminos. No obstante que el poeta se mantiene neutral, al parecer, entre ambos y sólo como mero narrador, sin indicarnos siquiera cuál es su concepción de la vida, le vemos simpatizar con Diógenes, puesto que en su boca están las réplicas más acertadas y las sentencias más enérgicas y profundas, hasta el punto de parecernos débil y pequeña la figura de Alejandro.

En cuanto á la forma, observaremos que la elección del metro no ha sido la más oportuna, teniendo en cuenta el asunto y los protagonistas. La redondilla no dá, según pensamos, nobleza suficiente, y hace mezuquina la forma de ciertas composiciones serias: verdad es que el poeta ha sacado todo el partido posible, y mostrado en algunas un vigor, una concisión y energía notables, enseñando cuánto se puede hacer aún con las más humildes combinaciones de la rima castellana.

Nota XLIX.—*Dolora* 49.

SUFRIR ES VIVIR.

El tema de esta *dolora* no es una paradoja, está fundado en el verdadero conocimiento de la naturaleza humana. Si se necesitase una prueba fisiológica y razonada á la vez de que *sufrir es vivir*, esta composición bastaría por sí sola para convencernos: tal es el arte singular con que está concebida y ejecutada, debiendo considerársela como una apoteosis de la fé y del amor, que triunfa de los sufrimientos que le acompañan en esta vida. El asunto ha sido tratado en todos tiempos, y sin embargo, cuánta novedad se advierte aquí! Con los medios más sencillos y triviales el poeta sabe remontarse á la más alta concepción de la vida; ¿qué es ésta sin el amor, su forma universal? Nada. Además, ¡qué moralidad! Un poeta vulgar hubiera pedido

y consumado el suicidio, con escándalo de la razón y de las gentes de buen vivir; éste, al contrario, comprendiendo mejor las exquisitas fuentes de la vida, y cuál es la naturaleza humana, termina por el arranque magnífico de un corazón realmente apasionado:

"Decid al tiempo, Señor,
Que no me arranque este amor,
Que es arrancarme la vida."

Mucho más pudieramos decir sobre esta preciosa dolora, pero lo indicado basta para que el lector, con sus propios conocimientos, pueda apreciar verso por verso todas sus bellezas de fondo y de forma.

Nota XX.—Dolora 50.

LOS DOS ESPEJOS.

La forma por sí constituye una gran parte de la belleza. En poesía como en pintura y escultura, debe haber ciertas leyes de proporcionalidad si se aspira á conseguir en la obra un carácter grandioso. Ni la estatua de la Baviera de Raach ó el coloso de Rodas, ni las graciosas figuritas de Pradier son el verdadero arte escultural, como tampoco el Prometeo de Rivera, ni los diminutos cuadros ó miniaturas son la expresión genuina de la pintura. Esto por regla general; mas las Parcas y las Niobes, la Vénus de Milo y el Apolo de Belvedere, el Pásmo de Sicilia y la Toma de Breda serán siempre tipos de composición, basados sobre los más perfectos modelos de nuestra propia naturaleza. Verdad es que la poesía lírica, aunque parecida á las anteriores, no tiene un punto de partida tan preciso y seguro para determinar la debida y armónica proporción de sus obras; sin embargo, cuando se estudia atentamente á Horacio, Fr. Luis de León y otros grandes maestros que admiramos todos cada vez más, á pesar de los siglos, transcurridos, vemos el tino con que procedieron dejándonos modelos acabados en la ponderación conveniente de las formas; pues parece que, como guiados por su exquisito gusto, acertaron con la ley ó regla de proporcionalidad que deben tener en su desarrollo los géneros más selectos de la poesía lírica.

Estas sucintas observaciones son aplicables aquí al poeta. El nos

presenta buenos modelos de lo que debe ser una dolora, como puede verse en *Glorias de la vida*.—*Adiós para siempre*.—*Porvenir de las almas*.—*Vivir es sufrir*, etc.; mas no así en *La Comedia del saber*.—*Todo es uno y lo mismo*.—y otras faltas de elegancia, á nuestro parecer, por su demasiada extension, que atenta al equilibrado conjunto de la forma, usufructuando la composicion á otros géneros que tienen su categoria especial y formal; llámense elegia, sátrica ó epístola. Por otro extremo, y en contraposicion á las citadas, hallamos: *Cosas del tiempo*.—*Todo está en el corazon*.—*Amor y gloria*.—*Muertos que viven*.—*El mayor castigo*.—*Los celos causan olvido*.—*Los dos pecadores*.—*Nunca olvida quien bien ama*, que pueden considerarse más como apotegmas ó epigramas que como doloras.

Nota XXI.—Dolora 53.

AMOR Y GLORIA.

No aceptamos el pensamiento. Esto será llevar el despecho ó el escepticismo hasta sus últimas consecuencias. El amor y la gloria son los móviles más poderosos á que obedecemos, y por consiguiente, los generadores de cuanto grande hay en la vida, cuando estas dos pasiones van noblemente enlazadas. El arte, pues, debe tender siempre á fomentar y levantar las más bellas porciones de nuestro espíritu y de nuestros sentimientos. Este es su rico venero; lo contrario sería matar la poesía. Aparte de esto, ¡qué dición tan épica, por decirlo así, y cómo trae á la memoria el estilo grandioso de Calderón!

Nota XXII.—Dolora 54.

NUNCA OLVIDA QUIEN BIEN AMA.

Feliz conclusion: no es posible un pensamiento más apasionado, más triste, más desgraciado. Perdonar á todo el mundo menos á la que se ama, es una idea bella, expresada con una concision y energía

admirables. ¡Qué conocimiento del corazón humano y de nuestra flaca naturaleza! Para un alma cristiana podrá ser esta confesión motivo de escándalo, y sin embargo, ¡cuántos, víctimas de una pasión en lo más florido de su edad, habrán hecho lo mismo! No sé qué hay de singular en esta conclusión, que, á pesar de la amenaza, el cariño vá á ser más profundo y perfiado en la otra vida. Á pesar de tanta belleza en el pensamiento, repetimos lo dicho en *Los dos espejos*.

Nota XXIII.—Dolora 55.

TODO ES UNO Y LO MISMO.

En esta composición, como en otras, habrá notado el lector el empeño en hacer pasar al dominio de la poesía ciertas conclusiones de la filosofía alemana de Hegel, y de Fichte sobre todo. No aplaudimos tal propósito, el cual, si hubiera de imitarse, daría malos resultados para el arte, encaminado por esta senda, más bien á probar tesis difíciles de metafísica, que á levantar nuestros más nobilísimos sentimientos y pasiones hácia un ideal puro de perfección y de grandezza. El arte prueba de diverso modo que la filosofía. Siendo el fin uno, los medios difieren mucho, ó son, cuando ménos, muy poco perceptibles sus analogías para la mayor parte de los lectores. En fin, con estos ensayos la filosofía no progresa y la poesía padece. Tal es nuestro modo de ver en la materia. Aparte de esto, se puede gustar aquí la gracia y eliste de la exposición, lo acertado y malicioso de las reflexiones y sentencias, y en general, la facilidad y tersura de la rima.

Nota XXIV.—Dolora 57.

LOS DOS PECADORES.

Insistimos en que la dolora no se debe llevar hasta una décima; forma estrecha, si no mezoquina, para el desarrollo y justas proporciones de una obra de arte. Prescindiendo de esto, el pensamiento y la

ejecucion corren aquí parejas, sin subordinacion ninguna entre ambos. Recomendamos el sutil ingenio con que está expuesto y desempeñado el asunto, algo paradójico á nuestro parecer, y la valentia de los dos versos finales.

Nota XXV.—Dolora 59.

LAS DOS LINTERNAS.

Segun se deduce de varios pasajes, el carácter de Diógenes ha ejercido alguna influencia en el autor, lo cual no podemos explicar, siendo ambos tan diferentes. Podríamos penetrar, no obstante, en esta cuestion fisiológica, y rastrear algo del cómo se dejan infundir á veces las imaginaciones vivas sin darse cuenta razonada; pero no es de este lugar disertacion semejante. La creencia en el poeta de que su linterna es blanca, no pasa de ser una ilusion suya, pues aunque con distintos modos, tan negra es como la del otro. ¿No son en su mayor parte las doloras de un fondo triste, melancólico y hasta sombrío? ¿No ha buscado el amor, la ciencia, la felicidad, la gloria y la fortuna, y no las ha encontrado en ninguna parte? ¡Ah! ¿Cómo nos engañamos! ¡Y luego nos asegura que su literatura es blanca! Mi amigo, el ilustrado catedrático Laverde Ruiz, no debe estar muy convencido de la tesis aquí sostenida, por ser inexacta. ¿No hay sobre las gafas particulares el telescopio y el microscopio, que penetran y descubren los dos polos ó regiones del mundo, visible é invisible? ¿No está sobre lo particular lo general? ¡Ah! ¡Obre humanidad, si todo fuera nada mas que segun el color propio del cristal de cada uno!

Nota XXVI.—Dolora 61.

MÚSICAS QUE PASAN.

Si fuera necesario fijar qué fondo, qué forma y qué desempeño debe tener toda composicion lírica para agradar é ser perfecta, nunca

nos entenderíamos, ni conseguiríamos nuestro deseo. La retórica y la poética no resuelven la cuestión, y eso que somos los primeros en estimar su importancia y utilidad. Lo vago, lo indeterminado, un no sé qué singular, que se siente y no puede explicarse por las reglas más comunes de la crítica, constituyen ó componen á veces una obra de arte. Tal acontece á esta *dolora*, que participa de los modos secretos y misteriosas penumbras de la música. Puede asegurarse que no hay aquí, en rigor, pensamiento deliberado, ni plan, ni fin concreto; y sin embargo ¡qué alegría, qué movimiento, qué tristeza! ¡y por qué! Porque las músicas vienen y se van! "¡Qué tontería!" dirán algunos; "¡qué belleza!" dirán los más. Para mí es claro el sentido de esta *dolora*, pues representa el drama entero de la vida. Los años vienen, los años se van, las ilusiones se acercan... ¡cuán rápidas huyen! Un mundo de flores que avanza á nosotros, es yermo de abrojos que queda detrás. Toda, toda la vida es una música inefable de armonía cuando viene, y un triste concierto de melancólicas y discordantes notas cuando se va. Mi amigo Gouli, organización delicada y por demás impresionable y triste, ¡cómo habrá sentido el efecto de esta composición, de una belleza vaga y de una melancolía inexplicable!

Nota XXVII.—*Dolora* 64.

LA METEMPSÍCOSIS.

El pensamiento de esta composición tiene, como es sabido, su raíz en la India, de donde lo importó á su manera Pitágoras en Grecia. Considérese como quiera tal sistema, no es más que un imperfecto embrión de la idea de inmortalidad. Estas metamórfosis tenían un término de purificación, el cual cumplido, se pasaba á gozar de un descanso ó bien superior. El poeta es aquí más duro; pues nada nos dice del término de reposo y felicidad, y acepta, al parecer, una metempsicosis continua y eterna, en la cual, variar de destino, *solo es variar de dolor*. ¡Terrible conclusión en el sentido moral, y no cierta, considerada literalmente!

El *Cosmos* es una soberbia armenta en su conjunto, y en sus detalles un compuesto de placeres y de dolores, de dichas y de desespo-

raciones; así que la permanencia constante de la pena en la totalidad de la vida no es dable ni posible; ¿y por qué? Porque aquí es una idea absoluta, y como tal, no cabe en casos concretos y particulares. Cuando habla el hombre (humanidad acaso), en la penúltima y hermosa quintilla, ¿no ha llevado consigo la reminiscencia de ningún goce? No puede ser. Hay un tiempo en todos los infinitos particulares de la vida, indefectiblemente señalado para la felicidad, como hay otro para las penas, y esto constituye la sucesión alternada del bien y del mal. El egoísmo nos hace señalar una felicidad perecible, sin reflexionar que pedimos su propia destrucción, porque ¿de dónde nos viene la idea de dicha, sino de la de su opuesto, desgracia? Si es verdad que en toda la escala transmigradora hay dolor, también hay placer; de consiguiente, falta aquí un término absoluto de felicidad superior al que referir el ideal existente en la conciencia como fin de la vida; pues lo contrario es proclamar sin esperanza una desesperación eterna. Por tales razones se alegrará que estos asuntos inmensos, abordados directamente, son un escollo insuperable para el buen éxito; así, pues, opinamos que no están de más estas breves observaciones, que puede muy bien ampliar el lector, cuando el poeta se remonta atrevidamente á las regiones más escabrosas de la filosofía, y trata nada ménos que de la predestinación universal.

Si no estamos conformes respecto del orden interno de la dolera, en cuanto á la forma no podemos sino alabar el estro, la energía y variedad de tonos, ya fuertes, ya dulces, empleados en las quintillas, y la dición poética que hace á algunas, como la 6.^a y 8.^a, tan levantadas y poéticas.

Nota XXVIII.—Dolora 65.

LAS DOS TUMBAS.

Es verdad: la vida sin una idea, sin ilusión, sin amor, es un sepulcro. Cuando el corazón y la cabeza llegan á cierto estado, no contienen más que el vacío, y tanto monta ser como no ser. Huyendo del uno, se busca asilo en el otro, y como nada hay, se persigue fatigosamente una sombra; porque el hombre entonces no es realidad, sino sombra de realidad. Véase para el contraste la dolera de *Sufrir es vivir*.

Nota XXXIX.—Dolores 66.

LA COMEDIA DEL SABER.

Cuadro sencillo de los principales sistemas filosóficos de Grecia, en que, bajo la forma dramática, se expone el juego de ideas por las cuales viene luchando, con nuevas integrantes siempre, la humanidad sábia contra la multitud ignorante, para sacarla de la servidumbre y del error, y conducirla, por la vía del progreso y del bien, á las mejores fines y felicidad posible, por más que se extravíe en ocasiones, prestándose á ciegos á bastardos intereses, hasta el extremo de pedir la cuenta para Sócrates y la cruz para el Nazareno.

Desde luego notamos que el título es pedregoso, y que el poeta se vale del divino arte de la poesía para ridiculizar, al parecer, las sectas filosóficas. El medio es ya antiguo. La pintura y la escultura le han copiado también. Sin embargo, la humanidad marcha á un destino más perfecto, sin cesarse de estos *humorismos* particulares. Nada sentinos tanto como ver el arte y la ciencia al servicio de malas causas, pues sobre no adelantar nada, no se adquiere respetabilidad en la augusta asamblea de los gónios que empujan la sociedad hácia fines más rectos. ¡Ja filosofía una mentira! Pues entonces, ¿por qué van triunfando, si bien lentamente, por esa vereda tortuosa de la vida, las más nobles porciones del espíritu humano? ¡La lucha existe, porque es inevitable, dada nuestra naturaleza, y hé aquí el drama sobre que gira la historia. Desde el japon y el esquimal hasta el francés y el español, ¿qué marcha viene siguiendo el hombre? Desde los pueblos autóctonos hasta nuestros días, ¿qué progresos se van realizando? Muchos, si ha sido obstáculo la extravagancia ó el error sincero de algunos filósofos? No, ¿por qué? Porque la individualidad es la expresión formal de la totalidad, no la expresión esencial; pues aspirando ésta á un mejoramiento indefinido y constante dentro de sus propias condiciones, en vano intentará torcer su curso la idiosincrasia de algunos escritores sometidos á un particularismo pequeño y mezquino, como lo es el individuo con relación al todo.

En cuanto á la cuestión de forma, ya hemos establecido en otra parte nuestra doctrina respecto de las dolores cortas como de las que pudiéramos llamar largas, y repetimos aquí de nuevo que toda obra, para ser perfecta, ha de tener indispensablemente cierta ponderación

de formas internas y externas, de las cuales resulte la armonía y la unidad, uno de los grandes fines del arte, para que sea eficaz y obre como tal en nuestra limitada naturaleza. Á pesar de estos defectos, se nos preguntará por qué hemos analizado la presente composición, careciendo de las dotes de una verdadera dolera. Á lo cual responderemos sin titubear: que por lo mismo; pues sólo de este modo pueden señalarse con claridad los peligros en que incurriría todo imitador que quiera seguir esta senda; porque debe tenerse entendido que la filosofía y la erudición *per se* no son el arte, ni cuadros tan extensos guarden las proporciones del género, y por más que se pulan y perfeccionen, las poesías de que se trata serán siempre de árduo empeño y poco fáciles á la memoria.

No simpatizamos con ciertos metros para el estilo elevado; pero notará el lector cuán aficionado es Camposamor á la redondilla, y es preciso convenir en que en este, como en otros pasajes suyos, algunas son bellas, retundas y hasta grandiosas. Ningun suanto, por severo que sea, le arredra para usarlas; y en general están bien construidas y llenas de noblezas, y exentas del carácter vulgar y coplazo que suelen tener.

Nota XXX. — Dolera 70.

LOS RELOJES DEL REY CÁRLOS.

Es el rey Carlos Primero de España, Quinto emperador á la vez del mismo nombre en Alemania, uno de los hombres más simpáticos de la época del Renacimiento. Cumplido caballero, esforzado é invicto capitán, basta él solo para dar gloria á la vez á un gran pueblo y á un gran siglo. Como persona y como monarca, fuéronle sin duda inferiores cuantos figuraron en su tiempo, en aquel vasto teatro de acontecimientos europeos. Á sus sentimientos religiosos, encarnados en el pueblo español, que acababa de sostener, con sin par constancia, una lucha de siete siglos en defensa de la fé, se debe el sosten de la gran causa católica, que era entonces el empeño de honor nacional contra poderosos enemigos, que supo Carlos tener siempre á raya, sacando inóclume sobre toda clase de intereses egoístas y comerciales, dos grandes principios, tan culminantes siempre: la autoridad y la unidad.

En este concierto, pues; y otros muchos, ajenos de este lugar, pa-

réenos que el pensamiento fundamental de esta composicion falsea algo el carácter de este grande hombre; pues en él, más que en otro alguno, se encuentra la verdadera ponderacion entre su cabeza y sus sentimientos, ó entre su corazon y su conciencia: antinómia que sólo es dado resolver á las organizaciones privilegiadas, á los grandes génius de la guerra y de la política, en el arte dificilísimo de gobernar la sociedad. Otros grandes génius han sido más atormentados que Cárlos por el dualismo del carácter, funesta siempre para los pueblos.

En cierto modo son también aplicables á la *Dolora* anterior estas observaciones; pero con una diferencia notable. En aquella se echa de ver un concepto general, de modo que Cárlos no es más que el *medium* elegido para exponer el pensamiento de que los grandes hombres tienen flaquezas hasta ridículas á veces. Esta opinion la confirma el título, perfectamente elegido. No están fuera de lugar estas observaciones, porque es ley de perfeccion que á la belleza externa corresponda la verdad interna, que asimila y vigoriza el mágico poder de la forma.—En ésta, ambas son ricas de ingenio y dición poética, sobre todo la anterior, *Los grandes hombres*, solemne y grave en su exposicion y marcha hasta su hermoso final. El *inóvil* escogido para contraste está astutamente elegido, por más que á la primera lectura se quede el lector extrañamente desconcertado.

Nota XXXI.—Dolora 71.

LO QUE HACE EL TIEMPO.

Lindas son estas coplas, dedicadas á Blanca Rosa, hermoso nombre, que convida á unas variaciones sobre el inagotable tema del amor. El poeta aquí, *sin plan preconcebido*, arrebatado ante la contemplacion de la vida y el amor, en sus múltiples relaciones, se entrega á la espontaneidad poética del sentimiento, y por todas partes fluye la inspiracion, la belleza, la dulzura y la suavidad. Sin embargo, no se crea que autorizamos con esto algunos conceptos, que pecan de oscuros ó alambicados, y estrofas que, comparadas con otras de esta hermosa poesia, carecen de dición poética y correccion suficiente. No sabemos, por último, si Blanca Rosa habrá quedado satisfecha

con la lectura de esta dolora, que deja en el alma un sabor triste y amargo.

Nota XXXII.—Dolora 74.

LA HISTORIA DE AUGUSTO.

Ni el título ni el asunto están bien escogidos. Si se tratara de una falta particular del hombre, paso; pero pretender que esta dolora determine el carácter general de este personaje, no puede ser. No vemos, pues, aquí más que una sátira política, sangrienta, contra quien gobernó sabiamente con especial juicio y cordura, casi medio siglo, ciento cuarenta millones de súbditos; que fundó el poder civil en Roma sobre el insuperable militarismo de su siglo, y echó las bases de una administración inteligente; que moderó harto las rapiñas de los procónsules y gobernadores de la ya corrompida república; que puso término á las sangrientas matanzas, comenzadas en tiempo de Mario y Sila. Hombre débil, enfermizo, apocado y hasta tímido, mal podía ser un tirano saltador de la libertad romana, él, que no alcanzó el poder precedido de la gloria militar. Y mal podía ser un tirano, en el rigor de la palabra, quien no tenía más recursos que los del carácter y la inteligencia para mantener á devoción supra generales, literatos, artistas y poetas insignes, como Virgilio y Horacio, por quienes la lengua latina no perecerá jamás. Por sus cualidades en el gobierno y artes de la paz dió nombre á su siglo, y la apoteosis de su persona, hecha, según aquí se dá á entender, por los aduladores de su tiempo, fué ampliamente confirmada por toda la posteridad hasta nuestros días. Ciegos y vengativas pasiones políticas ponen en duda, por razones de hoy, el mérito de entonces. El poeta es aquí intérprete de una escuela histórica, que peca siempre de parcial é injusta. Si Augusto ha sido astuto, sagaz y ladino, que bien lo había menester en su época, eso mismo prueba que su dominación no estaba fundada sobre la fuerza bruta de los ejércitos, á los cuales temía, sino sobre los recursos de su propia inteligencia, dotes de carácter y amor de los pueblos, que le protegían contra las decisiones de aquel senado egoísta y duro. Sin ir más allá, la inscripción de Ancyra basta para colocar á Augusto entre los bienhechores de la humanidad.—Como el arte

sirve á la historia, y ésta al arte, creemos de toda oportunidad estas reflexiones, puesto que una poesía lanzada por un gran poeta es muchas veces más mortífera que un libro, y es deber del crítico procurar que una cosa tan bella como es la poesía no destruya ó rebaje lo grande, lo noble y lo digno.—Ovidio será siempre simpático á la posteridad, porque se ignora la verdadera causa de su infortunio; pero, ya sea un castigo político ó civil, por una falta privada, cometida en el seno de la familia de Augusto, cierto es que por un hecho particular del hombre no se puede condenar toda su razón de estado. Y poderoso debió ser una ú otra, pues ni Tiberio, sucesor de Augusto, le alzó el destierro, impetrado por los amigos del poeta.

Si Campoamor toma aquí la acalorada defensa de un compañero, abogando por la independencia del escritor, en su concepto inocente, contra una disposición tiránica del poder, no es causa bastante para rebajar á Augusto á la clase de mero histrion, y perseguirle hasta el borde de la tumba, suponiendo aquella écnica pregunta á sus cortesanos al tiempo de morir.

Dolora 75.

ANTINÓMIAS DEL GÉNERO.

Esta dolora como la de *Los relojes del rey Cárlos y Los grandes hombres*, pertenece á un género que el poeta explota con feliz éxito. No es de este lugar discutir si hay exactitud en los personajes retratados; la posibilidad es suficiente, y si no son estas las manías ó los caprichos, pueden serlo otros quizá más ridículos, porque la tesis se evidencia por sí misma; de que los grandes hombres adolecen como los demás, de debilidades y extravagancias á veces. Este género de bastante novedad por cierto, en la manera de exponerle el poeta, tiene mucho atractivo sin duda; pero, como toda sátira, es ocasionado á riesgos, pues que intenta rebajar por medio del ridículo las grandes figuras de la historia al nivel del vulgo; atentado que cometen, en su ceguedad, las pasiones políticas, y á veces el arte, con gran pesar nuestro; porque hacemos de él un culto, puesto que, después de la religión, es lo que más consuelo nos presta en las tristezas de la vida real. La exposición y narración están ejecutadas con sencillez, gracia

y nervio. Se rivaliza aquí en fáciles redondillas con los buenos romances. Hay expresiones felices, como la de *aquel* sombrero y gabán enciñento que todos conocemos.

Nota XXXIII.—Dolora 76.

LAS DOLORAS.

Bajo este epigrafe el poeta trata de explicar á una dama distinguida su vida y su conducta en las composiciones llamadas *Doloras*. Los desencantos de amor y el hastío de la vida son objeto de esta composición, y es singular que el poeta se haya olvidado de que en esta forma de poesía ha tratado muchas veces con feliz éxito levantados asuntos de filosofía, de religión, de historia, etc.; asuntos que no pesan ménos que las composiciones críticas en la balanza del mérito. Discreta reserva quizá, no hablará una señora sino de los negocios de su casa, el corazón, que tan bien comprenden las mujeres. En ésta como en la otra dedicada á Blanca Rosa, ha hecho revivir Campaamor con feliz éxito las antiguas coplas del arte de Castilla, medio olvidadas desde los tiempos de Jorge Manrique, en las celebradas y de todos conocidas á la muerte de su padre el Condestable, que tanto caracterizan el verdadero arte nacional, y tan superiores son en vigor y otras calidades á sus rivales, las lemosinas, tan ponderadas y de moda hoy entre los vates catalanes.

Nota XXXIV.—Dolora 77.

LA GRAN BABEL.

Esta composición es digna de un estudio muy meditado bajo cualquier aspecto que se la considere. Su ideal fundamental es sorprendente, y parece como desajada del gran libro del *Apocalipsi*, no remontándose á menor altura con jaezios más sencillos de forma y de exposición. Cuanto puede adelantarse sin esfuerzo, sin tortura, sin

violencia de algun género, está conseguido aquí con una sencilla encantadora.—Dos sonidos indeterminados expresan el aniquilamiento total en el tiempo de toda gloria humana, y como ante el ir y venir de los siglos ícán pareciendo los hombres, las civilizaciones, las razas, las lenguas y todo el vasto concierto de las civilizaciones ante Dios, autor y creador de todas las cosas.—Con el gracioso episodio de dos pájaros, se expone idea tan grande con toda la singularidad, gracia y novedad que sabe imprimir este poeta á la mayoría de sus cuadros.— ¡Qué valiente es la parte IV, en la cual dice á Rafael que perecerá la lengua en que expresa sus inspiraciones, y que Dios comienza donde todo acaba.—Persona ilustrada, apasionado por la literatura, don Rafael Cabezas, subsecretario del ministerio de Hacienda, y que sabe descansar de las rudas tareas de su cargo con los solaces de la poesía y de los estudios amenos, puede apreciar el mérito y las bellezas que tanto abundan en *La gran Babel*; bellezas que durarán larga fecha, pues nos parece muy remoto aún el tiempo en que la rica habla de Castilla

Dé por fin en tarará,
Ó remate en tururá.

Nota XXXV.—*Dolora 79.*

LOS DOS CEIROS.

Fray Luis de Leon, en su inmortal *Profecía del Tajo*, dejó al último rey de la monarquía goda vencido en Guadalete, y bajo el peso de una acusación terrible.—Campeador, con gran nobleza de sentimientos, no menciona la falta particular del monarca; se remonta á mayor altura, y considerando la naturaleza humana, prorrumpe:

Y á los que amengüen su gloria
Les ruego que hagan memoria
Que hay manchas hasta en el sol.

Las causas que condujeron á la nación goda á su ruina no están aún muy claras; pero, ya fuesen de larga fecha unas, ya particulares del Rey ó otras, lo cierto es que la defensa del esforzado caudillo infortunado Rodrigo en aquella memorable catástrofe, que nos costó siete siglos de sangre, no se ha hecho hasta hoy con mayor elevación de

juicio y de sentimiento.—Fr. Luis de Leon pintó un gran castigo; Camposamor, un gran remordimiento.

Composicion es ésta muy agradable. Pertenece al género legendario, en el cual es tan rica nuestra lengua en el romance, su genuina forma; y sin embargo, estando esta dolera escrita en quintillas, no es inferior á ninguno en narracion, sencillez, naturalidad y precision. El asunto ó invencion de esta poesia es peregrino, la exposicion seductora, y el artificio lleno de ingenio y muy simpático. La dedicatoria al Príncipe de Asturias dignisima, solemne y llena de filosofia cristiana. ¡Qué contraste entre el rey de cetro de oro y el rey de cetro de caña! ¡Qué disyuntiva tan terrible para quien ha de llevar una corona! ¡Qué problema sobre la felicidad humana.—Mucho diríamos si hubiéramos de extendernos sobre esta hermosa dedicatoria, cuyas magistrales advertencias no puede comprender hoy, en su hermosa edad, nuestro querido Príncipe, á cuyos vórgos oídos no llegarán quizás nunca más nobles y levantados acentos.

Terminado queda este trabajo. Por él habrá visto el lector nuestra imparcialidad, y formado su juicio sobre el mérito del poeta, uno de los primeros en la brillante pléyade de nuestros contemporáneos, y el que más popularidad ha conseguido quizá en todas las clases sociales; prueba inequívoca de sus facultades, y de que supo agradar, por la instruccion y el buen gusto á las clases cultas y elevadas, por el sentimiento á los que sufren, por el ingenio y la gracia á las damas y gentes de buen humor, por los refranes, sentencias y estrébillos al pueblo, y por sus condiciones poéticas á todos. Si estas notas han servido de alguna utilidad, nos damos por muy satisfechos, como superior recompensa á su corto mérito; de lo contrario, morirán, si esto fuera posible, acompañando á un libro á quien aguardan largas edades, como sinceramente creemos, y por afecto y amistad personal hácia su autor deseamos.

ÍNDICE.

	Páginas.
PAÓLOGO	VII

DOLORAS.

PRIMERA PARTE.

DE 1838 Á 1843.

Cosas de la edad	3
Glorias de la vida	8
Ventajas de la inconstancia	10
Los sollozos	13
Quien vive olvida	14
Las dos almas	17
No hay dicha en la tierra	20
La virtud del egoísmo	22
Propósitos vanos	24
La ciencia de la vida	28
Vanidad de la hermosura	30
Vivir es dudar	32
Poder de la belleza	34
Todo se pierde	39
La compasión	41
Corta es la vida	46
Virtud de la hipocresía	48

	Páginas.
El concierto de las campanas.....	51
Glorias póstumas.....	52
Vivir muriendo.....	55
Nada de nada.—Nada por nada.....	59
Vaguedad del placer.....	61
Últimas abjuraciones.....	65
Quien más pone pierde más.....	68
Adios para siempre.....	71
Beneficios de la ausencia.....	72
El amor inmortal.....	75
Buenas cosas mal dispuestas.....	78
¡Ay del que nace ó muere!.....	92
Historia de un amor.....	93
Porvenir de las almas.....	98
Todos son unos.....	101
Proximidad del bien.....	106
Placeres tristes.....	108
La dicha es la muerte.....	111

DOLORAS.

SEGUNDA PARTE.

La opinion.....	115
¡Quién supiera escribir!.....	117
Amar al vuelo.....	120
El beso.....	125
Lo que es eterno.....	130
Fuente inagotable.....	133
¡Más!... ¡Más!.....	138
Cosas del tiempo.....	143

	Pá.
Engaños del engaño.....	
Todo está en el corazón.....	
¿Qué es amor?.....	
Las dos grandezas.....	
Achaques de la vejez.....	
Sufrir es vivir.....	
Los dos espejos.....	
La fé y la razón.....	
Las creencias.....	
Amor y gloria.....	
Nunca olvida quien bien ama.....	
Todo es uno y lo mismo.....	
El sexto sentido.....	
Los dos pecadores.....	
Muertos que viven.....	
Las dos linternas.....	
El mayor castigo.....	
Músicas que pasan.....	
El café.....	
Dramas desconocidos.....	
La metempsicosis.....	
Las dos tumbas.....	
La comedia del saber.....	

DOLORAS.

TERCERA PARTE.

La verdad y las mentiras.....	
La ambición.....	
Los grandes hombres.....	

	<u>Páginas.</u>
Los relojes del rey Carlos.....	232
Lo que hace el tiempo.....	236
Fin y moral de la <i>Ilíada</i>	244
La ciencia nueva de Vico.....	245
La historia de Augusto.....	250
Antoninías del génio.....	254
Las Doloras.....	258
La gran Babel.....	266
Todo y nada.....	272
Los dos cetros.....	273

DOLORAS.

CUARTA PARTE.

Los dos miedos.....	283
La última palabra.....	284
A rey muerto rey puesto.....	285
Hastío.....	286
Las dos copas.....	287
Mal de muchas.....	289
Bodas celestes.....	290
Las dos esposas.....	291
Conversiones.....	292
Memorias de un sacristán.....	293
El anónimo.....	295
Nuevo Tántalo.....	296
El alméz.....	297
¡Así!.....	300
El alma en venta.....	301
El ojo de la llave.....	302

INDICE.

Mis lecturas.....
A.....
Lo de siempre.....
Tejer y destejer.....
La viuda y el filósofo.....
.....
No hay vida sin tí.....
Ellos y ellas.....
El amor y la fé.....
Cuestion de nombre.....
El gaitero de Gijón.....

CANTARES.

QUINTA PARTE.

Amorosos.....
Epigramáticos.....
Filosófico-morales.....
Notas.....
Índice.....

FIN DEL INDICE.

LIBRERIA DE VICTORIANO SUAREZ, JACOMETREZO, 72, MADRID.

HOMENAJE POÉTICO

Á S. M. EL REY D. ALFONSO XII

EN SU ADVENIMIENTO AL TRONO DE SUS MAYORES.

De esta elegante obra, formada por 36 ingénios de los más célebres de España, con el retrato de S. M., se han hecho tres ediciones.

La primera en papel de hilo, de gran lujo, para regalo á S. M., Ministros, Autores, Bibliotecas y Academias. Se vende á 60 rs. Madrid y 64 provincias.

La segunda en papel continuo, del mismo tamaño y tipos que la primera, á 30 rs. Madrid y 34 provincias.

Y la tercera forma un elegante tomo en 8.^o mayor, buen papel y esmerada impresion, y su precio solo es de 8 rs. en toda España.